

R. P. Miguel Sanchez Astudillo

# AMERICA



107

QUITO - ECUADOR

1964

A M E R I C A

# AMERICA

PUBLICACION DEL  
GRUPO AMERICA

DIRECTORES:

DARIO GUEVARA  
HUGO MONCAYO

Diciembre de 1964

QUITO - ECUADOR

AÑO XXXIV

Nº 107

---

TALLERES GRAFICOS NACIONALES

**GRUPO AMERICA**

Casilla N° 75

Quito - Ecuador



Sr. Dn. Genzalo Zaldumbide

## AÑO DEL HOMENAJE

En este año de 1964 cumplieron el octogésimo aniversario de su nacimiento, dos eminentes miembros del Grupo América: Don Gonzalo Zaldumbide y Don Isaac J. Barrera. Este, periodista y polígrafo de larga y acentuada perpetuidad; aquél, eximio literato de castigada alcurnia y madurado estilo en la flor de la idea.

Ambos, académicos de la Lengua cervantina y montálvica. Ambos, caballeros de esa estirpe que dialoga con el pensamiento y siembra la semilla noble de las buenas letras, en el espíritu de renovadas generaciones.

Zaldumbide y Barrera, octogenarios en la meta de sus propias obras, recibieron el más cálido homenaje de las instituciones públicas y privadas del país. Y en tal circunstancia, el Grupo América tributó el suyo, en sendos actos solemnes. Fueron exégetas del hombre y la obra, en cada caso y en su orden, Humberto Toscano y José Alfredo Llerena.

Ya al término del año y con ocasión de reunirse en Quito el Quinto Congreso Indigenista Interamericano, otro prominente miembro del Grupo América —el Doctor Pío Jaramillo Alvarado— recibió una alta Condecoración del Gobierno, por su larga y fecunda labor indigenista en el Ecuador. Pues Jaramillo Alvarado es, aparte de su extensa y ma-

dura obra de escritor y sociólogo, el iniciador y vigoroso exponente de esa noble cruzada que viene bregando en favor de nuestros indios.

Pero este mismo año de gracia que puso la corona de la apoteosis sobre las testas de nuestros ilustres amigos, nos golpeó también con la muerte de algunos miembros del Grupo América. Para estos caros compañeros que duermen en la paz de sus tumbas, nuestra promesa de perpetuarlos en nuestro corazón y en la obra que dejaron para honra y gloria de la Institución y de la Patria.

**D. G.**

## HOMENAJE A DON GONZALO ZALDUMBIDE

Al celebrarse el 80º aniversario de su natalicio, el Grupo América celebró una sesión en homenaje al ilustre escritor ecuatoriano, su respetado consocio, y le dedica estas páginas, en prueba de su afecto y profunda admiración.

Discurso pronunciado por el Académico de la Lengua y socio del Grupo, Profesor don Humberto Toscano, en el homenaje a Don Gonzalo.

### DISCURSO DE OFRECIMIENTO

Don Gonzalo,

Señor Presidente del Grupo América,

Excelentísimos señores Embajadores,

Señores, Señoras:

A todos nos es dado alguna vez conocer al hombre superior, a aquel que se impone, no por su linaje o su peculio, ni siquiera por sus talentos, sino por una manera de ser hombre que es a un tiempo señera y cotidiana, exenta de postizos reflectores, con el alma sin maquillar. Quien ame la moderación griega, o la simplicidad castellana de los tiempos de Isabel, o la llana grandeza de los que hicieron este continente a su imagen y semejanza, no puede dejarse encandilar por los hombres que suelen parecer grandes a fuerza de aspavientos, de gesticulaciones, de actitudes funambulescas, de artes de prestidigitación.



Cierto día uno habló con Paul Claudel, en París; otro día, en Chamartín, conversó con don Ramón Menéndez Pidal; una tarde de verano visitó a don Pío Baroja, que hablaba de cosas triviales, ajustándose de rato en rato una corbata vieja que malsujetaba sus pantalones. En esos hombres se veía— más allá de leyenda o de la literatura— lo que es la grandeza humana, tranquila, cotidiana, sin tensión ni intención, ni desafiante ni esquivia.

Y fue en Salamanca, donde el aula de Fray Luis nos da una soberana lección de sencillez, con sus asientos que no son sino vigas apenas desvastadas, donde sentí ese choque eléctrico ante la presencia de otro grande hombre. Era Gonzalo Zaldumbide, a quien hasta entonces solo había leído con transeúnte atención, entre otras razones porque casi no había manera de leerle.

Hasta hace diez años— ¡quién pudiera creerlo!— Zaldumbide estaba casi inédito. Sus primeros libros, su *Barbusse* o su *D'Annunzio*, estaban agotados, y era hazaña de bibliófilos conseguirlos. Su *Egloga* no era más que unos papeles amarillentos, olvidados en cualquier desván y que corrían el riesgo de perderse para siempre. Discursos o ensayos suyos, de la calidad de las *Vicisitudes del descastamiento* o *El significado de España en América*, circularon en ediciones de pocos amigos.

Mientras en el Ecuador se editaban y se reeditaban cosas que quizá nunca merecieron ir a la imprenta, a nadie, si no es al P. Aurelio Espinosa, se le había ocurrido publicar algo de Zaldumbide. El, por su parte, con un desprendimiento, despego o pudor que no tiene justificación, seguía tan tranquilo dejando que quien quisiese leer un cuento suyo primoroso tuviera que ir en pos de un número de *'El Día'*, de Quito, de allá por el año 1913. Quién iba a buscar una aguja en un pajar.

En Salamanca leyó Zaldumbide dos discursos. Los ecuatorianos presentes nos pavoneábamos a su vera, porque sentíamos que uno de nosotros podía decir palabras que consonaban con la solera dorada de la prócer y sabia ciudad.

Cuando pude de veras leer a don Gonzalo Zaldumbide, mi admiración literaria— como es muy natural— fué creciendo, y creciendo, pero, además, el trato frecuente me hizo sentirme cada día más subyugado por el hombre, ya que en esto no me había engañado el primer contacto personal, en los claustros del palacio de Anaya. Era un hombre ágil y grave, melancólico y afable, familiar y distante; sabía buscar y hallar— o inventar, si era preciso— los méritos del interlocutor, y parecía—él, tan penetrante— ciego ante los defectos. Tenía siempre pronta la palabra de estímulo y tardo el reproche. Después, leyendo su obra, he visto que sólo una vez— cuando se

sintió herido en lo más íntimo de su amor a la patria— montó en cólera, una cólera jupiterina, aplastante, en que cada palabra se volvía dardo, de modo que el ofensor incauto quedó como un acerico, atravesado de parte a parte por todos los costados.

Y es que Zaldumbide no ha practicado nunca el patriotismo barato, de cara a la galería, sino un patriotismo realista, insatisfecho, exigente. Desde su primera mocedad— ya en el discurso De Ariel— sentía a su patria como es, más como una posibilidad, una faena y una promesa, que como una realidad hecha y un pasado pleno. "Fácil es observar— decía entonces— que no tenemos aún los ecuatorianos, ni le tienen acaso los demás pueblos latinoamericanos, un carácter nacional distintivo, una personalidad social definida y segura; fácil observar que hasta hoy, de las inseguridades y vacilaciones, de los ensayos pueriles de nuestra vida política, del vano alarde y lamentable empleo que hacemos de nuestras libertades democráticas, nada hemos logrado en firme para base de nuestra nacionalidad, desdibujada e informe aún, y, a medida que anhelos crecen y necesidades apremian, más incierto es su rumbo".

En algún lugar de su obra, en Egloga Trágica, comentando una de nuestras viejas revoluciones que manchaban "la serenidad de esta tierra idílica" con "matanzas imbéciles", dijo con pesar que su suelo era todavía "sin prestigio y sin voz profunda, desnudo de gloria". Y de esos "regeneradores" que nuestra patria ha tenido que sufrir con tanta frecuencia, dijo lo siguiente. "Ayer azules, hoy rojos, eran siempre de la misma taifa de malandrines quienes partían en guerra azuzados por caudillos lugareños".

Para hallarle grandeza a su tierra, Segismundo, tenía que verle "el alma antigua, cargada de bella historia".

"Habíanla hollado tribus guerreras y salvajes, dominándola conquistadores fieros, soliviándola ejércitos libertadores. Ahora manchábanla sólo revueltas misérrimas".

Las "Vicisitudes del descastamiento" resumen ese patriotismo insatisfecho, ese patriotismo clarividente y constructivo que ya practicaba Feijoo en el siglo XVIII, el que practicó Rocafuerte en nuestro siglo XIX, el que ha practicado en su país Larra, Ortega o Azorín.

Como en las "Vicisitudes del descastamiento" faltaba el patriotismo huero y declamador, la beata complacencia que desmesura lo bueno e ignora lo malo, alguien creyó que en ese ensayo medular— que por suerte ya no podría repetirse literalmente a esta altura del siglo XX—faltaba amor a la patria. Lo que se hubiera deseado habría sido algo así como una ree-

dición de palabras como las que pronunció una vez Castelar en su país: "Yo quiero ser español y solo español; yo quiero hablar el idioma de Cervantes; quiero recitar los versos de Calderón; quiero teñir mi fantasía en los matices que llevan disueltos en sus paletas Murilo y Velásquez; quiero considerar como mis pergaminos de nobleza la historia de Viriato y del Cid; quiero llevar en el escudo de mi patria las naves de los catalanes que conquistaron a Oriente y las naves que descubrieron el Occidente; quiero ser de toda esta tierra, que aún me parece estrecha, sí; de toda esta tierra tendida entre los riscos de los montes Pirineos y las olas del gaditano mar; de toda esta tierra redimida, rescatada del extranjero y de sus codicias por el heroísmo y el martirio de nuestros inmortales abuelos" .....

Ortega y Gasset comentó de esta suerte las altisonantes palabras de Castelar: "¿Puede aplaudirse ese estado de espíritu? ¿Es aprovechable para alguna labor de alta costura? ¿Aumentan esas palabras la densidad y la pureza de la sangre española? ¿No son un poco grotescos esos sentimientos familiares con que Castelar se aproxima a Viriato?".

Aquí también solemos acercarnos solo a nuestros Viriatos, renegando a veces de uno de los troncos vitales de nuestro ser nacional. Gonzalo Zaldumbide, una y otra vez, se ha empeñado a lo largo de su obra en verificar para nuestra historia las gestas de los descubridores y conquistadores, la labor oscura y paciente de los colonizadores, el legado de nuestros libertadores.

Lejos de la declamación narcisista, el patriotismo de Zaldumbide se ha manifestado— y me refiero solo a su obra literaria— en el esfuerzo por analizar nuestras virtudes y nuestros defectos, labor que ha desarrollado de casa adentro. Y en lo que toca a labor externa, se ha ocupado largamente en exaltar y difundir nuestras glorias nacionales. Villarroel, Aguirre, Montalvo, Crespo Toral, Medardo Angel Siva ..... Ni siquiera nosotros mismos conoceríamos como es debido a estos insignes escritores nacionales, sin Gonzalo Zaldumbide.

Y ahora un dato quizá poco conocido. En 1910— cuando un inminente riesgo de guerra se cernía sobre la patria, Gonzalo Zaldumbide se hizo presente, como buen ciudadano. En Junio de ese año, en el Teatro Sucre pronunció un discurso en que se refirió a la "vieja raza pobre y magnífica, que, en medio de descuidadas riquezas, ha cultivado ante todo la altivez". Os recomiendo leer esa hermosa pieza literaria, publicada en "El Comercio" de Quito, del 13 de Junio de 1910. Ahora en el otoño de su vida, como puede verse en un discurso de agradecimiento al homenaje que le tributó la Academia de

lo Lengua con ocasión de sus ochenta años, la mas dolorosa perplejidad le embarga, como ciudadano, avizorando el porvenir inmediato de la patria.

No soy sin duda el más indicado para estudiar esa faceta de la obra de Gonzalo Zaldumbide, pero diré al menos que en sus escritos y en sus conversaciones he aprendido —como sólo he podido hacerlo en Feijoo, en Ortega o en Azorín— lo que es verdadero patriotismo.

Lo que quizá puede esperarse de mí —y lo que a mí me encantaría hacer alguna vez— es un estudio de la lengua de Gonzalo Zaldumbide, lengua que es una de las más sápidas y ricas de la literatura española de nuestro siglo.

Pero aquí hemos de detenernos ante la orilla de misterio que es siempre un estilo. Los cultores de la estilística, los filólogos, en el momento de saborear de veras un estilo, tienen que exclamar como Dámaso Alonso, el insigne maestro Dámaso Alonso, al estudiar a Garcilaso: "¡Tiremos toda nuestra inútil estilística! Tiremos toda la pedantería filológica! No nos sirven para nada!" Al cabo, por ejemplo, tratándose de la Egloga, hay que decir como dicen centenares y centenares de personas que han leído esa obra: ¡Cómo dan ganas de volver a leerla! Y así es, en efecto. La lengua, el estilo de Zaldumbide, son una golosina, a la que hay que volver una y otra vez, y no a saborearla a pedacitos, como la demasiado almibarada prosa de Miró, sino largamente, con persistente regodeo.

¿Cómo estudiar un estilo? Ahora suele estudiarse como un libro de cuentas, partida por partida. Se rastrean los procedimientos y las técnicas con un cuidado contable y estadístico. Aunque, al final, el sistema tenga que enmudecer y declararse insuficiente, no hay duda de que en algo contribuye a hacernos conocer mejor a un autor. Y por eso he estado tentado —y alguna vez espero contar con el ocio indispensable para ceder a la tentación— de realizar esa labor de quipocamayo con la prosa de Zaldumbide.

Lo que ahora puedo presentar no es sino un pequeño anticipo de lo que querría hacer, una muestra incompleta, har-to inconexa y provisional, como que los materiales han sido recogidos sin la pausa necesaria y hurtando el tiempo a pe- rentorios quehaceres.

Todos consideramos a Zaldumbide un clásico de nuestra literatura. Su estilo tiene una magia que a nadie se oculta, aunque no sea fácil decir en qué consiste. Y, por supuesto, tampoco puede reducirse a receta, por la sencilla razón de que el autor mismo nunca escribió con receta. Zaldumbide es —casi podría decirse— un escritor intuitivo. Su primera o-

bra, su discurso de Ariel, revela ya al gran artista, aunque todavía no ha podido liberarse del todo de una ingenua grandilocuencia que en seguida abandonará. En Ariel se ve muy cercano el modelo —Rodó— y se ven los usos de nuestra tierra, que aquí siguen todavía vigentes como si estuviésemos en el siglo XIX.

De la grandilocuencia moceril pasará inmediatamente Zaldumbide, mozo todavía, a un estilo más conciso y esencial. Hallado el camino, no lo abandonará nunca.

Sólo en De Ariel es Gonzalo Zaldumbide un escritor del siglo XIX. En todo lo demás de su obra es realmente un hombre del "medio siglo de oro" que los tratadistas están usando ya para referirse a los grandes autores que nuestra lengua ha producido en la primera mitad del siglo XX. Tanto España como América conocen en el siglo XX una renovación total de la prosa. Adiós al estilo retórico, al período excesivamente caudaloso, adiós al rigor de la preceptiva. El siglo XIX no fue sino una prolongación del neoclasicismo del XVIII en lo que toca a la sumisión estricta a los viejos cánones heredados del idioma. Los buenos escritores del XX ciertamente no hacen tabla rasa de las viejas normas, pero no las convierten en hormas, saben que una lengua que no evoluciona es una lengua muerta, buscan —como lo ha hecho la pintura de nuestro tiempo— nuevos modos expresivos, recrean cada día el idioma. Y por eso no se han detenido ante la creación de palabras nuevas. En lo que va del siglo XX el vocabulario vital castellano se ha enriquecido enormemente por desgracia no puede decirse lo mismo de los diccionarios.— Cierto es que en la sintaxis también ha habido notable evolución, que más bien podríamos llamar liberalización, porque se ha dado carta de ciudadanía a giros que durante siglos pugnaron por imponerse, y que al fin lo han logrado, prohijados por los mejores. Pero sobre todo se ha enriquecido y ha evolucionado el vocabulario. Claro que hay riesgos. Como apunta —refiriéndose al francés— René Georjin, en nuestro tiempo, un "público ávido de novedad se deja seducir por términos presuntuosamente largos", lo cual a menudo viene en mengua de los viejos términos más cortos, menos "transparentes" quizá en cuanto a su etimología, pero también más sabrosos.

El cultismo neológico es ciertamente una amenaza para el casticismo. Felizmente en nuestro siglo ha habido escritores señeros que lo mismo han acudido al cultismo —como lo hizo Góngora en su tiempo—, pero que también han sabido conservar y aun resucitar los viejos vocablos castizos. Entre los innovadores quizá había que poner en primera línea a Ortega

y Gasset, pero entre los conservadores y resucitadores tenemos un Azorín. Gonzalo Zaldumbide resume las dos tendencias. No huye del cultismo. A las veces quizá los crea: iludir inmemore, inmensificar, memoroso, ilimitar..... Pero en su prosa abundan las viejas palabras del idioma, las que han venido diciéndose en castellano desde los tiempos del jocundo poeta del Libro de Buen Amor.

He oído decir más de una vez que Zaldumbide es un escritor francés. ¿En qué sentido? Bien puede serlo en el sentido de que habla Ortega en algún lugar de sus obras: que para escribir prosa moderna los escritores de lengua española han tenido que leer francés. Y en esto no hay que olvidar que la tradicional hermandad y contigüidad de las dos lenguas ha hecho —con paradoja y todo— que el galicismo sea lo más castizo del castellano, ya que los primeros galicismos que encontramos en nuestra lengua aparecen... en el Poema del Cid. Pero galicismo del burdo, ese no lo hallaremos en Zaldumbide, porque tiene un sentido lingüístico que asombra a quienes nos pasamos los días y las noches estudiando el idioma y no llegaremos nunca a lo que él. Porque otros nos ponemos a buscar si esta palabra estará bien o no, si tendrá antecedentes en el idioma, si será necesaria, si esto y si aquello. El procede de un modo más expedito: esto me suena bien o esto me suena mal. Y siempre acierta.

Otro punto importante: Se nota en la prosa de Zaldumbide que se trata de un autor ecuatoriano, americano? También lo he visto puesto en tela de juicio. Claro está que la lengua es como una supranacionalidad que no podemos menos que bendecir, y que por supuesto Zaldumbide pertenece a la Literatura española. ¡Bueno hubiera sido que habiendo recibido el don de una lengua universal, nos pusiéramos a disparatar en "patois"! Pero es natural que a la lengua general el escritor da y debe dar el sello de su solar nativo. ¿Acaso no se ve que Unamuno era vasco, y que los Quintero eran andaluces, y que Berceo era de la Rioja y que el poeta del Mio Cid era de la región de Medinaceli?.

Pues claro que Zaldumbide deja ver su americanismo y su ecuatorianidad. Naturalmente que esta ecuatorianía ha de aparecer ante todo en el caudal de cosas o seres que no tienen nombre en la lengua general, sino sólo en nuestra habla: el viracchuro y el zumbador, el licuango, el cholán (¡y qué líneas maravillosas escribe para dar en rada a "cholán" en la más limpia prosa castellana!), el huasipungo, etc., etc. Pero también hay otros términos y giros que son ecuatorianos o americanos (aunque algunos de ellos puedan llamarse en rigor arcaísmos españoles que América conserva). Sin deseo

de cansaros con menudas explicaciones —que pueden dejarse para Vivián— he aquí algunos de los ecuatorianismos y americanismos que se encuentran en la sola Egloga: vertiente, entrar a, cuartito faltriquero, socorva, rondador, silgado, mulllo, pellón de chivo, hostigar, gualca, ojeo, caballerango, encauchado, acial, moquillo, velorio, pondo, sacudón, sentón, arranchar, media agua, mortecina, lengua de inga, cobijas, lagartija, milico, montuvio, aladear, huando, incanaio, quipe, runa, tiesto, doña, traspatio, pampa, totoral, bajío, mate, interandino, engatillarse (el caballo) sunfo, vacona, entrecerrar, guango, servicia, longa.....

Aunque ya he dicho que cada una de estas palabras requeriría una explicación (los nombres de americanismos o ecuatorianismos son totalmente imprecisos y por lo mismo insuficientes y engañosos), debo insistir que uso aquí las palabras americanismo y ecuatorianismo sujetándome a la catalogación académica, y por lo mismo no se excluye en estos casos un noble casticismo español, puesto que buen número de pretendidos americanismos son de la más rancia solera castellana.

Y ahora pasemos a algo que es peculiar de toda buena prosa, y que por lo mismo brilla en la de Zaldumbide: su adjetivación. En líneas generales, puede decirse que el epíteto en Gonzalo Zaldumbide es el epíteto de la generación modernista, y aun diría que es uno de los más altos ejemplares de esa generación.

El patriarca de ese tipo de adjetivación es Rubén Darío, y por cierto que aquí otra vez hallamos galicismo del mejor. Darío realiza —como dice Sobejano en un reciente estudio— “un trasplante sabio de formas, recursos, maneras expresivas e ideología poética al desecado tronco de la lírica española finisecular”. Lo que hace Darío y harán otros en el verso, hacen Valle— Inclán y Zaldumbide en la prosa, como quizá nadie más que ellos. Hay en estos escritores una elusión del adjetivo corriente y desgastado para sustituirlos por epítetos nuevos, brillantes, inéditos o resucitados. Abunda el epíteto culto, y el epíteto clásico, y también el epíteto corriente y moliente, pero usado con una transposición semántica que la confiere un hechizante relieve.

La adjetivación de Gonzalo Zaldumbide ya es notable en su juvenil discurso de Ariel. Pero más tarde esa virtud se manifiesta con una maestría que a ratos parece demoníaca de puro justa y casi teoremática. Porque leemos el adjetivo que Zaldumbide escogió, y tenemos que convenir en que ese era el adjetivo que hacía falta. De la adjetivación de Zaldumbide dije una vez —y ahora lo repito— que da para pensar

si la literatura no será a ratos una ciencia exacta. Y, de paso digamos, no solo le sirve el adjetivo a Zaldumbide para peraltar y precisar el sustantivo, sino que es como cauce de la armonía de su prosa. Aunque por el momento no puedo detenerme a probarlo —para ello haría falta una más paciente labor de quipocamayo—, yo diría que la musicalidad de la prosa de Zaldumbide se sostiene grandemente en su adjetivación.

Hablen los ejemplos: “aquel ambiente amoroso incitaba, persuadía a gozar de la hora breve en el paisaje cómplice”.

“De la vida risueña a la vida heroica, recorrió en ritmo alterno todos los grados y modos, desde el tono familiar y noble de la amistad y el rudo y sávido del vivac, hasta el tono sublime del genio”.

“Esperábame Juan José de pié, gigante, a la puerta del patio sonoro”. (“Sonoro”, nada más, pero cómo basta este simple adjetivo para evocar nuestros viejos patios empedrados sobre los que las herraduras de los caballos tocaban súbitas músicas wagnerianas!).

“Abracé a todos, sintiendo venir a mí bueno y tardo, su cariño rústico”.

“Sobre los campos desiertos, altísimos, vertiginosos de soledad palpitaba el cielo; pasaban como voces, entre los árboles, ráfagas de un viento incierto; en las sombras de las lejanías se inmensificaba un misterio vago”.

“Quedámonos un rato oyendo la presurosa masticación que llenaba todo el recinto de un rumor aplicado e igual”. (¿Se puede decir esto mejor?)

“A medida que el rondador se alejaba, la quejumbre de su melodía volvíase más patética. Aunábase a la tristeza crepuscular de aquella tarde cansada en el paisaje árido”.

“Y así la vida iba fluyendo, insignificante y grata”.

“La brasa, urgida por el soplo insistente de la vieja inclinada sobre el fogón, soflamaba a reflejos la penumbra cálida”.

Y he aquí, por último, una deliciosa colección de adjetivos, todos en su sitio, como piel natural de los seres:

El vario verdeguear de los cañaverales en las cañadas profundas; la mancha sombría de las huertas y los cafetales; el bermejear de los trigales maduros en los declives de la serranía; los algodonales que blanquean en los recuestos más cálidos, mientras en las mesetas se enternece el verde jugoso de las dehesas, donde rebaños patriarcales pastan en manadas libres; caserías con sus arboledas, modestas, plácidas en el despejo de la atmósfera clemente; y por todas partes una paz arcadia”.

Algo que requiere un estudio espacial en la prosa de Zaldumbide es la colocación del adjetivo. Suele decirse que el



adjetivo antepuesto es el adjetivo poético. Zaldumbide logra sus mejores aciertos expresivos con el adjetivo en su sitio natural, después del nombre.

Y añadiré también que a menudo el valor del adjetivo en Zaldumbide está en usarlo en su sentido etimológico. A veces coge un adjetivo viejo y gastado por el uso, y le da brillo de medalla recién acuñada con solo resucitar el primitivo sentido: férvidos manantiales, testa testaruda, arduos montes... (el atrevido epíteto **testa testaruda**, recuerda la expresión de Darío, "unicornio cuerno").

En los ejemplos vistos, y en otros que podríamos multiplicar, se nota el "frisson nouveau", la nueva sensibilidad, sensoria ante todo, que empapa la literatura a principios de este siglo.

Sobre todo es notable el epíteto cromático, pero también abundan el olfativo, el táctil, a veces transpuesto, en epítesis sinestésica.

Se podría hacer una historia del color en la literatura, y veríamos cómo el epíteto del color llega a su culmen en nuestra lengua con el modernismo. Las literaturas arcaicas, como las lenguas primitivas, carecen del sentido de percepción del color. A Homero le interesaba más la luz que el color. Como les pasa hasta ahora a los indios quichuas de nuestro Oriente, que llaman con el mismo nombre al azul y al verde, Homero no tenía una palabra especial para el verde. Podemos recorrer páginas y páginas del Cantar del Mio Cid sin hallar referencias cromáticas. Alguna vez dice el poeta que el Cid "vistió camisa de ranzal tan blanca como el sol" y las hijas del Cid aparecen "tan blancas como el sol", y en otro lugar nos habla de la "tierra negra"..... Berceo con una sensibilidad menos primitiva que el autor del Cantar, no es por ello mucho más rico en la descripción cromática. En Góngora, quien lo creyera, el color es también pobre, y es, sobre todo para la mentalidad de ahora, trivial: verde juncia, blanco cisne, verde fresno, blanco copo, blanco chopo, manos blancas, verde llano.... Leamos cualquier página de Zaldumbide, y allí estará el color, un color fulgurante o pálido, siempre matizado, percibido con ojo de vidriero medieval. Un solo ejemplo, entre mil: "Corre de lado y lado un desfile dealconadas lomas. Algunas de un rojizo fusco, otras pardas, de color tedioso, casi todas incultas, agrietadas, rotas por cárcavas que parecen desgarraduras".....

Y aquí, de paso, puede verse el epíteto sinestésico, tan modernista, "color tedioso".....

---

El rico léxico de Zaldumbide, y un conocimiento etimológico, instintivo o aprendido, le facilitan cien industrias que añaden gracia y elegancia a su estilo, aunque alguna vez confirman con el conceptismo. Juega con las palabras —le encanta hacerlo—, las pone muy cercanas en acepciones distintas, acude a la paranomasia, a la aliteración y al retruécano, y en esto nos recuerda a Baltazar Gracián. He aquí algunas muestras de esta maestría verbal: “aunque nuestra costa es fresca en comparación con las zonas que abrasa y abraza la línea ecuatorial”.

“La Pampa se cubrió de pompa sólo gracias al hombre blanco”.

“Sin reclamo importante ni importuno”.

“Es más fácil abstenerse que obstinarse”.

“Tiene para mí el encanto de recuerdos, no vividos, pero  
vivididos”.

“Amorosas y morosas lecturas”.

“Desde que los Goncourt llamaron *écriture artiste* a cierto estilo preciso no precioso”.

“Su aspecto, para mí nuevo y antiguo”.....

“Pensaba, sin pensar en ella”

“Corazón memoroso y olvidadizo”

“La delicia continúa deseclima elisio”.

“Me tenía hundido en un fluído y blanco reposo, y como prostrado de bienestar en la hamaca”.

“La anónima sepultura, improvisada y definitiva”.....

“Nada anormal debió haber sido en Dolores la normal seducción del extranjero”.....

“Aliviada del peso muerto de la muerta”.....

“Me trajo a conocer su obra de ingeniosa ingeniería”.

“Veía la inocencia de su corazón que con una palabra mía, con una caricia mía o una mirada, me era ya fácil turbar. Y me conturbé”.

“Sus abusiones son borrosas, adulteradas por las nuevas creencias que, al suplantarlas se han adulterado a su contacto”.

Alguna rarísima vez el lector queda como enlazado en el juego de palabras y le cuesta trabajo desenredarse: “Don Gerónimo no volvió a pisar su casa, no volvió a ver a su hija, no la perdonó ni al inocente vástago, vástago de su propia sangre, por un lado, y por otro, de la sangre por él derramada, para lavar con sangre la ofensa a su sangre”.

Y ahora hagamos una pequeña incursión en el campo de las metáforas de Zaldumbide.

Espero por lo menos ahora, no cansaros mucho, ya que voy a tratar de callar lo más posible para hacer hablar al autor.

La renovación de la metáfora es una de las cosas propias de la prosa de hoy. Todas las metáforas que la lengua había guardado desde los siglos de oro, del XVI y del XVII, muchas de las cuales no eran otra cosa que herencia de las literaturas griegas y romana, han corrido la suerte que corren siempre las metáforas: gastarse, lexicarizarse, como decimos en la jerga filológica. Nada tan triste como una metáfora gastada. Lo más que se puede hacer con ella, —en el mejor de los casos— es darle vuelta, cosa que hacen las lenguas más de una vez. (Los griegos llamaban "Krústallos" al hielo. Por una metáfora se llamó "Krústallos" al vidrio, hasta que se gastó y olvidó la metáfora, y mas bien es para nosotros metáfora llamar "cristal" al hielo).

La metáfora moderna se esmera en unimismar hombres, animales, cosas animadas e inanimadas. Las cosas ejecutan acciones humanas y a los hombres les acontecen vicisitudes que antes se consideraban privativas de las cosas.

Esto puede verse en Ortega (aunque él parece preferir a menudo una metáfora científica: "El idioma penetra en un estuario geométrico").

"La isleña audacia de los ingleses prepara el corrosivo intensísimo decapitando a un rey".

"El alma nítida de Voltaire iba a caer, gota a gota, sobre el clasicismo francés" ).

He aquí unos ejemplos de la metáfora y de la comparación en Zaldumbide; en ellos puede verse como a menudo nuestro autor sabe asir una metáfora, exprimirla —si se perdona la expresión— y explotarla hasta el meollo, haciéndole dar todo de sí:

"Y cuando ví la arboleda oscura, y el caserío rojizo y blanco entre la arboleda, la onda que me venía llenando el pecho afloró a mis ojos y un velo tenue tembló entre mi alma y el rincón amado".

"Vi alargarse por encima de los escuetos cerros de Oriente los primeros rayos, que escarmenaban y deshacían los girones de niebla quedados como velos del alba fugitiva en los matorrales de las laderas".

"No sentía rozarle la frente con el ala membranosa en vuelo temblón e incierto de murciélagos, los terrores que revoloteaban ante los ojos de la extraviada".

"La vieja piromántica atizaba los carbones, excitaba el avispero de chispas que salían volando. Irritadas y chisporroteando, las llamas, rasgándose a su soplo, trazaban en las paredes extraños jeroglíficos".

"Por el estrecho sendero iba yo detrás de Martha admirando como el primer día la sierpe de oro y tentación de sus cabellos, enroscada sobre la nuca como en un nido".

"El grito cayó en la cavidad, como una piedra en el agua, y el silencio onduló propagando la pulsación de los ecos".

"De entre el lino y las blondas de la manga, el antebrazo emergía como un tallo que llevase a su extremidad un rosado lirio, abierto en cinco delgados pétalos".

"El lago de Como azuleaba, moaré, al pie de la terraza, y más allá escintilaba como azogado. En el agua límpida los pueblos ribereños se reflejaban plácidamente: de tiempo en tiempo, el paso de las embarcaciones quebraba el líquido espejo: el ilusorio pueblo acuático se derrumbaba entonces y los reflejos flotaban despedazados como restos de un naufragio".

"De vez en cuando los vapores mugían y se respondían como ballenas en celo, mientras los esbeltos barcos de vela se deslizaban sin ruido, semejando con sus dos velas blancas encorvadas por la brisa, enormes cisnes con la alas abiertas".

Cuando Juan José y Segismundo, en la Egioga, deciden recomenzar los trabajos de riego iniciados por sus antepasados, el autor nos dice: "recogeríamos la espada rota en las peñas de la altura del páramo, volveríamos a tajar otra larga herida en las mismas lomas y les traspasaríamos el corazón para hacerlas verter toda su sangre. Porque el agua es la sangre de la tierra".

En no pocos de estos ejemplos hemos podido advertir la peculiaridad anímica del escritor, que consueña casi exacerbadamente, con lo que es característica de la prosa del siglo veinte: no hay límite entre lo yerto y lo vivo. Es frecuentísima la personificación o prosopopeya —que dicen los manuales de perceptiva—, y también la figura inversa. Nada más natural en Zaldumbide para escribir: "De la blanca casa a quien yo veía sonreír entre los árboles, salió a mi encuentro Juan José". Los guabos son para él "magnánimos" y el follaje del cafeto es "acrinolinado"; el rayo de luz penetra como una "mirada"; sobre los campos desiertos "palpita, altísimo y vertiginoso de soledad, el cielo"; un sillón tiene tal "fidelidad" para su dueño que resulta incómodo para cualquier otro ocupante.....

Y he aquí la metáfora corriente vuelta al revés: "dos bueyes están ya dentro del cercado, rumiando como quien se acuerda".....

Las arrugas de un hombre pueden ser cárcavas de una roca: "Por la abertura de un poncho puesto de través sobre los hombros lasos, emergía el cuello apergaminado, cuyas arrugas como surcos áridos, se habían agrietado, llenándose de tierra, de vejez, de olvido".....

Y a su vez la tierra tiene un "aspecto leproso" y la niebla es la "visible respiración de la tierra que duerme un perpetuo sueño invernal". La gente puede dormir "como una recua cansada", y el agua que estaba prisionera comienza a correr y "se desliza sumisa y ágil como una esclava", aunque esa docilidad le hace perder "la voz con que cantaba al cascadear sobre los peñascos".

La lagunilla de Cunro es un "ojo ovalado, viscoso, entre sus pestañas de totora", y la luz del sol levante, puede "sonrosar las cimas lejanas, ya despiertas". Donde se puede ver este sentido pánico del escritor es también en ese maravilloso lugar de la Egloga en que nos habla de la faena de unos leñadores que derriban un árbol, el árbol que aplastará a un niño.

¡Y cómo sabe describir este hombre! ¿Ha tenido acaso el paisaje ecuatoriano un cantor más elocuente? ¿Quién ha visto el páramo como él? Bien conocidas son las descripciones de Zaldumbide, porque ya corren en las antologías nacionales, y un día estarán en todas las antologías del idioma. Os hago gracia de ellas, porque las conocéis casi de memoria. Sólo llamaré vuestra atención hacia algunos procedimientos analíticos, azorinianos, que tiene a veces el autor. Cuando la india muele el morocho, nos presenta esta precisa miniatura: "Todo el busto seguía el vaivén de los brazos sobre el mortero, una piedra baja, ancha, lisa, de toscos bordes" (como para definición de buen diccionario), y luego: "Los perlados granos pasaban y repasaban requebrándose bajo la piedra oblonga que iba y venía sobre los añicos hasta pulverizarlos".

Y ahora veamos un vuelo de cóndores: "Bajo el cielo de añil, en el aire profundo como un mar traslúcido, dos cóndores navegaban. Majestuosos, enormes, raudos, volaban haciendo tornos, seguidos de una parvada de gallinazos, en silente cortejo".

Las cosas descritas pueden ser simples y humildes, pero el escritor las embellece con la expresión inolvidable: "En hondos platos de madera fue repartiendo un caldo ojoso, oscuro, en que se ahogaban pedazos de carne, huesos, cebollas y ajos".....

Y por último otra preciosa miniatura, que por desgracia ya no podría escribirse en el tiempo del "bikini": el pie de la amada. Martha "se sentó en la hamaca, y sonriendo de inocente felicidad, comenzó a columpiarse dando el impulso ella misma con el breve pie colgante. Al mecerse, descubría el empeine, y a través del calado de la media, la piel rosada parecía mirar entre las mallas. El pie parecía un travieso animalito familiar que se escondiese bajo la falda jugando al ir y venir con el ritmo y la sorpresa del vaivén".

Don Gonzalo, amigos todos: Cuando el Grupo América me encargó hablar en esta sesión, me consideré muy honrado, aunque ya temía que me sería muy difícil escribir lo que me habría gustado, un estudio bien hecho, reposado, una obra de buen quipocamayo. Pero me ha salido lo que me ha salido, un centón de apuntes provisionales, escritos casi con urgencia periodística. Vosotros me sabréis perdonar. De don Gonzalo no digo nada, porque él está acostumbrado a ser indulgente.

## DISCURSO DE AGRADECIMIENTO

Señores:

Buen número de veces, a lo largo de varios años, he tenido el placentero honor de subir a esta amistosa tribuna.

Los discursos que en tal o cual circunstancia he pronunciado aquí, me exonerarían de uno más.

En tal virtud estas cuartillas no serán un discurso. Serán sencilla expresión de agradecimiento al homenaje que habéis querido tributar a un antiguo socio vuestro.

Bien podría limitarme a desearos larga vida, proficua longevidad. Pero ello sonaría a modo de un adiós, cuando todavía me llamais a participar en vuestros afanes de cultura.

Dar a esta sesión honorífica visos de despedida, sería no corresponder debidamente a vuestra gentileza.

Me habeis llamado en gracia de mi fidelidad a vuestra empresa de perseverancia en el culto de las letras. Si ya no asisto a vuestras sesiones de trámite, os acompaño todavía en vuestro anhelo.

He llegado entre vosotros a una etapa de decanato honorario atento a vuestras tareas. Felizmente, entre vuestros antiguos socios, los hay que son todavía entusiastas y activos que aseguran vuestro porvenir.

Vuestro actual Director es prenda de ello.

Meritísimo hombre de letras y hombre de acción, adicto a buenas causas, ferviente en empeños de cultura, que entre nosotros languidecen pronto, Gustavo Vásconez supo antes y sabrá de nuevo infundir vigor a vuestra actividad intelectual.

Gracias le doy por sus palabras de amistad y elogio, y por la organización de este homenaje, que he aceptado no sólo por mí, sino también como señal de un renovado propósito de estimular a los nuevos en la perseverancia de la dedicación literaria, para firmeza de su vocación.

No le ha bastado a Gustavo Vásconez con dar el ejemplo de su vocación en consecutivas muestras que prometen nuevos triunfos a sus dones. Ha querido otro ejemplo, premiado con este lauro, nó mi distraída e intermitente labor, sino mi constancia en el culto desinteresado de las letras.

En cuanto a este otro querido y bien probado amigo Humberto Toscano, ¿qué decirle? Acabáis de oírle. Acabáis de ver cómo, este *scholar*, este especialista en la ciencia del lenguaje, sabe extender su campo de filólogo al vario campo de otras curiosidades selectas.

Humberto Toscano reaviva castizamente entre nosotros la clásica contextura del "discreto", como se denominó en tiempos de Gracián al tipe de ingenio que los franceses del siglo XVII llamaban el *honnête-homme*, esto es, el hombre que todo lo comprende, que sabe lo esencial, y no se jacta de nada.

Toscano acaba de poner en plena luz mi íntimo sentido de nuestra nacionalidad en su todavía confuso jadeo de gestación, en su entrañado trabajo de fundir viejas herencias e ímpetus nuevos.

En la primera parte de su disertación, ha querido hablar, y lo ha hecho amena y brevemente como suele, de mi sentido de patria.

Insólito, y agradable, ha resultado, para mí, oírle discutir acerca de mi callado patriotismo.

A quien, como yo, nunca asumió el histriónico papel de patriotero, y ni siquiera el más flexible del político de oficio, no podía menos de placerle esa tranquila manera de analizar y exponer mis nativos sentires de suelo, historia y porvenir, inherentes al concepto de nación.

Hallándonos en el seno de una asociación puramente literaria cual es el "Grupo América", comentaré este aspecto, —desarrollado por Toscano—, únicamente en su relación con la literatura, en cuanto el ingénito sentimiento patrio influye, inspira o dirige la elección de tópicos nacionales.

En realidad, mi deferencia, mi respeto al prestigio de una patria en formación, que bien necesita de estímulos, de aliento, de confianza en su porvenir, me llevó espontáneamente, instintivamente, a ensayos casi ditirámicos en honor de algunas de sus figuras más preclaras, rehuyendo tratar de hombres y cosas que a la postre le habrían moralmente deprimido y desesperanzado.

Bien es verdad que la verdad, aun la más cruda, es saludable: contiene un tónico, o un revulsivo, que hace bien a la salud del espíritu. Los organismos robustos asimilan ese buen veneno. Pero los débiles lo repelen como injuria.

No ignoráis cómo, y por qué, se me ha llamado —más generosa que adecuadamente— crítico de nuestros valores literarios. Crítico de ellos, no lo he sido. He sido más bien su panegirista.



Sin falsear su realidad y naturaleza, abultando acaso sus méritos, he dejado en la sombra sus defectos, y nó porque no los viese, sino porque no estaba en mi propósito hacer alarde de perspicacia en desmedro de un prestigio que halagaba el orgullo patrio y entonaba el sentimiento de nacionalidad.

Así compuse un Montalvo tomando por lo alto lo más alto que en él había de egregio, sin apenas aludir o mencionar sus altibajos ni menos sus descensos, tanto en lo propiamente literario de su estilo, como en lo personal de su carácter, o en lo político o en lo polémico. Quise esculpir un medallón. No quise regatear el **haber** frente al **debe**, como un Agente fiscal hurga en los recovecos cual un Inquisidor, para exprimir la yesca que podría quedarle a la víctima del **castigo** a la renta.

Asimismo, con espíritu de comprensión por lo alto y llevado por la más viva simpatía, hice el elogio de nuestro Fray Gaspar. Y encontré y encumbré a Aguirre; y fuí a Cuenca a rendir parias a Crespo Toral, pleitesia aun entonces rara de parte de un joven ante un hombre provector. Asimismo lancé a la notoriedad, antes que nadie lo intentase, al desvalido muchacho Medardo Angel Silva.

De nada de ello me vanaglorio. Simple forma del patriotismo aquí descrito por Toscano. Lo conceptuaba yo como un deber, gratuito pero satisfactorio, derivado del puesto que ocupaba. Pues hallándome en París, de diplomático —subalterno primeramente, jefe de misión después—, me creía obligado a exaltar, desde aquel centro de difusión, las glorias nacionales, pretéritas o presentes, que parecían darnos puesto entre los pueblos civilizados.

En cambio, reprimía largamente las ganas que me venían, a mí también, como a cualquiera, de derribar falsos ídolos, **idola fori**, de reventar inflaciones, de sacudir sandeces, de salir del atolladero de los lugares comunes. Y hasta una confesión os haré: más de una vez me tentó el placer perverso de hacer trizas el espejo en que más a gusto se remiraban nuestras sistemáticas y huertas, dogmáticas y falsas, admiraciones, repetidas hasta la saciedad para alimento de la vanidad colectiva.

Os confieso que me divertía ferozmente la fastidiosísima lectura del **Nuevo Luciano** de nuestro famosísimo Dr. Dn. Francisco Eugenio de Santacruz y Espejo y Apéstegui y Perrochena, nuestro "Precursor" por antonomasia, invención multilateral de toda especie de atributos, colgados, como ex-votos tras un milagro, en la imagen ilusoria de un mito.

Pues bien: precisamente por ser un mito, pero un mito bienhechor, me abstuve de tocar la fimbria de su manto, y

en vez de querer derrocarlo de su altar aprendí de los otros a respetarlo, a desear que prosiga la misión que sus fieles le atribuyen. Todo pueblo, y más un pueblo joven, —que, como joven, no ha llegado a la edad de la crítica y se mantiene feliz en la de la ilusión—, tiene necesidad imperiosa de latrias, necesidad sagrada que vuelve sagradas sus idolatrias.

Triste papel el de hacer alarde de inteligencia crítica despiadada, frente a mitos bienhechores siendo así, que son bienhechores por ser mitos. Además, la leyenda vence siempre a la verdad y a la lógica.

Todo pueblo necesita tener en qué creer, en quién fiar, en quién adorar, para llenar el vacío suspendido como una interrogación, como un vértigo, sobre su destino.

A la crítica no le faltan más adecuados dominios.

Libro de crítica propiamente dicha, no he escrito sino uno, mi D'Anunzio. Ese es mi único libro de crítica. Y aún en él, el tono de admiración se desplegaba, se exaltaba donde cabía darse el placer de tomar vuelo hacia lo excelso. Pero el análisis tenía que ser, y fue, exigente y firme en el discrimen de los defectos, inclusive los inherentes a sus cualidades.

Acaso por extensión pudiera llamársele también estudio crítico —por sus reparos—, a mi libro sobre Rodó, pese a su propósito un tanto apologético.

Mis demás estudios, —sobre todo los dedicados a nuestros hombres de pro en las letras—, que bien los necesitamos, no son de crítica. Son placer de realizar, de ir instintivamente a poner de relieve lo mejor de cada cual; satisfacción de ponerlos en simpatía comunicativa con el lector.

No por laudatorios esos estudios son falsos. Aun en donde la loanza aparezca un tanto cuanto exagerada, tiene su fundamento objetivo, lealmente buscado, sinceramente expuesto.

Del crítico de profesión se exige rebusco de zahorí. Del ensayista, sobrevuelos de altura.

Así Toscano ha planeado a grandes alas sobre montículos de mi obra y nos ha dado una rápida visión.

La distancia a veces embellece.

Agradecemosle más, si, por complacernos, se ha equivocado, de buena fe, o si ha exagerado con exquisita cortesía.

Sin duda se ha excedido en el elogio. Porque Toscano es hombre bueno.

Es, además, un artista en su género, pues es hablista inteligente.

Los filólogos de oficio son por lo general gente seca, enteca. No así Toscano.

Paladea con una especie de voluptuosidad el sabor añejo de tal o cual bella palabra antigua, o el picor todavía un poco

ácido de un neologismo bien formado y bien lanzado a la circulación.

Mira y remira la pátina venerable y todavía reluciente de los viejos vocablos que expresaron de antiguo lo que hasta hoy expresan inmejorablemente. No los deja caer en desuso. Le dejan en los labios el regosto de repetirlos.

Los gramáticos no son amigos de giros singulares que los clásicos usaron por elegancia y donaire: en vez de prescribirlos los proscriben. Toscano los saborea y quiere se mantengan.

De ahí la simpatía con que él descubre el genio de la lengua en escritores que lo poseen como don ingénito y usan con naturalidad vocablos y modos castizos, embebidos en jugo vital, y no aprendidos en léxicos ni sacados con pinza del Diccionario, como presumen lograrlo artificiosos arcaizantes. El toque está en usarlo con tanta propiedad y tan oportunamente que nadie note como arcaico el término redivivo.

De ahí también el gusto que Toscano profesa por los relatos de viajeros antiguos.

Y de agradecerle particularmente es la policía cotidiana que él ejerce (bajo su pseudónimo Vivian) cuando va por calles y plazas atento al habla popular, de la cual gusta pero quiere con razón limpiarla de excrecencias y deformidades, en las zonas descuidadas del idioma, hoy invadidas por desaprensivos locutores de radio.

Acción de salubridad, hecha con gracejo, sin pedantería, y por todos leída con curiosidad y provecho.

Gracias, pues, por todos y por mí.

## GONZALO ZALDUMBIDE Y SU "EGLOGA TRAGICA"

Quito es una ciudad monumental, no porque sea una urbe gigantesca como Buenos Aires o Santiago, porque sea una ciudad de rascacielos y de grandes avenidas. ¡No!; sino porque la naturaleza le dotó de singular belleza, porque parece nacer del fondo del Pichincha, como una creación volcánica hecha ciudad. Y aunque es andina, la línea ecuatorial la enaguinalda de cierto dejo tropical, de cierta caricia de selva. Quito es una ciudad heroica, artística y viril. Es como el Cuzco, una ciudad única. Allí, en un remanso de paz, con devoción renacentista hacia la belleza, vive Gonzalo Zaldumbide. Ha heredado de sus antecesores ese culto, junto con la prosapia de su casa. Porque su padre don Julio Zaldumbide, fue un señor en el doble sentido en que deben ser los señores: por derecho de sangre y de inteligencia. Amigo de Juan Montalvo, de Juan León Mera, era de los que los sentaba a su mesa y cultivaban los números platónicos en forma de diálogos con los convidados.

Tenía de quien sacar don Gonzalo, porque al heredar no hurtaba. Tanto en su labor de crítico, de ensayista, de pensador, es para mí Zaldumbide el condestable de las Letras Ecuatorianas, como lo fue en Venezuela César Zumeta. No es Zaldumbide un combatiente o un luchador. Ni como Barbey de Auvilly, un mosquetero de la legitimidad y de la religión. Pero fue un combatiente por la belleza, por el decir claro y firme, por el brillo cenital de mediodía que alumbraba su don de escritor. Porque Zaldumbide, es uno de los máximos estilistas de América. Lo han comparado con Valle Inclán, y con Gabriel Miró en esto del estilo. Pero no hay que ir muy lejos en las comparaciones, ni hay necesidad de pasar el Océano; los tenemos en América, los tenemos a la mano: Zumeta y Díaz Rodríguez en Venezuela y también Key Ayala; en la Argentina, Rodríguez Larreta; en el Perú, Ventura García Claderón. Todos ellos son nuevos estilistas, orfebres de la prosa, artistas de la frase. Y habrá siempre diferencia entre las manos de un Benvenuto Cellini y las de un burdo manipulador que gana su salario. Es decir, entre el artista y el artesano. No

hay que confundir estilo con la retórica, que cree que el cobre es oro o las flores de trapo, flores verdaderas o los vidrios de similar, piedras preciosas. El estilo es consustancial al escritor, es la forma que adecúa su pensamiento, es el ritmo de su sangre que se vierte en vaso propio. Se puede enseñar a escribir con conciencia, pero no se puede enseñar a tener un estilo. La retórica es una cosa externa, sin consistencia; Zaldumbide es un estilista y no un retórico.

En ese sentido lo han sido y lo son Díaz Rodríguez, Zumeta, Key Ayala, Rodríguez Larreta, Ventura García Calderón. Señores y dueños de un estilo personal, como su fe de bautismo. Se cumple la sentencia de Bufón: el estilo es el hombre, algo único, algo personal, algo inconfundible, algo que ha llegado a la perfección, algo que está por encima de las modas, que pesa, algo que queda. Y a esto que ha quedado a veces se le llama clásico. Es decir, lo eterno, lo que se opone a lo efímero. Y esto sucede en todos los tiempos, en todas las épocas. De toda escuela, de todo movimiento innovador o revolucionario, queda lo éponimo, lo que tiene peso. Los corchos flotan un momento en la corriente y después pasan y nadie se acuerda de ellos.

La obra de Zaldumbide es de esas que quedarán no sólo por los motivos que he tratado, sino por la forma, por el don consustancial de su estilo. Porque junto al pensador, al crítico analizador e interpretativo, existe en él, en grado sumo, el artista, el orfebre, el escultor que modela la materia dotándola de sangre. El mármol o el bronce sólo valen cuando se encrespan de dolor o de alegría bajo la mano del artista. Una perfección estática no es perfección si no la dinamiza el soplo calenturiento del alma de su creador, sea éste poeta, pintor, escultor; es decir artista.

## II

Sin embargo he visto que a Zaldumbide, se le ha hecho la conspiración del silencio y después se le ha atacado. Se le ha dicho que es un rico terrateniente, que su vida la ha pasado en Europa. Se ha hecho el balance de la generación novecentista de los llamados Arielistas. El eterno pleito de las generaciones; el eterno quítate tú para que me ponga yo. No es con criterio de Calibanes que hay que juzgar a los Arielistas. En toda generación literaria o artística, hay buenos, malos, excelentes y peores. En toda generación hay valores auténticos y falsos. Hay rastacueros enmohccidos, simuladores. En toda generación se falsifican muchos billetes

de falsa circulación; pero quedan los que deben quedar. Se hunden en ese giro de los almanaques o figuran en guías verdes de teléfonos que, con el nombre de Historias de la Literatura, se escriben todos los días, como un amontonamiento de nombres y de fechas y como si fueran infusorios. Según esas historias, los poetas abundan en Hispanoamérica y también los escritores, en algún país, con más abundancia que los habitantes por Km<sup>2</sup>.

Que Zaldumbide es rico, que posee independencia económica, tanto mejor. Un escritor sin independencia económica es sólo la mitad de un escritor, porque la otra mitad se vende por necesidad o por venalismo. Por eso, cuando una pluma sin independencia económica se mantiene, no claudica, se da a su país para transformarlo, surgen un Montalvo, un Martí, un González Prada, un Sarmiento. Es decir, el escritor heroico con visos de apóstol, el que ha vencido la pobreza con la dignidad, el escritor másculo, el paradigma. No todos los escritores han de ser pasto de la miseria, de la bohemia, del hospital. No todos han de ser perros falderos del capitalismo o de las tiranías. Algunos han de tener el suficiente dinero para vivir como han soñado, como no nos es dado vivir a nosotros, como grandes señores de la vida, de la pluma y del arte. Un Guillermo Valencia, un Rodríguez Larreta, en Carlos Reyes, un Vicente Huidobro, un Gonzalo Zaldumbide. Siquiera en ellos, se cumple lo que en otros no se ha cumplido: el realizar sus sueños en relación de la vida.

Que ha sido un diplomático y que ha vivido en Europa. En buena hora. Cuando los gobiernos de las repúblicas hispanoamericanas escogen a los intelectuales y a los poetas para que representen a sus países, hacen lo contrario de lo que Platón instituye en su República: es decir, el no admitirlos en ella, el expulsarlos. No sé hasta qué punto serían aplicables esas ideas en nuestras repúblicas. Yo soy de los que cree que en vez de que vayan como ministros y cónsules, generales, doctores, comerciantes, mercaderes y gañanes y parientes de los que están arriba, está bien que vayan intelectuales y poetas. Unos hermanos García Calderón, Jaimes Freyre o Alcides Arguedas, Alfonso Reyes o González Martínez, Vallenilla Lanz o Pedro Emilio Coll, Neruda o la Mistral y otros muchos, en la diplomacia están muy bien, nos honran, honrando a sus países, o los deshonoran como cualquier hijo de vecino. Pues, identificar a su país con el régimen a que sirven, no les importa el régimen ni el tirano déspota a quien representan al representar a su país. Pero nos sirven para conocerlos, porque lo que a un gañán, a un mercader, o a un general o a un doctor no se les puede exigir que se conserven y digieran su

propia vergüenza, si tenemos que exigirle a un intelectual. Porque un poeta o intelectual no es un cualquiera, es un dirigente por su condición de intelectual. Y entonces al comerse su dignidad y su vergüenza se comen a ellos mismos, se suicidan, y se suicidan bajo un escudo y una bandera. Seguramente este no es el caso de Zaldumbide, porque el Ecuador no ha tenido dictadores desde García Moreno o Eloy Alfaro. Sólo el doctor Velasco Ibarra, que no ha sido un dictador sino solamente un diablo predicador.

Que Zaldumbide es un evadido. ¡No! Un escritor, un pensador, un poeta es un hombre libre y sin compromisos con nadie. Puede ocuparse de lo que le dé la gana, puede cultivar el exotismo, puede ocuparse de la China, puede escribir en francés, en inglés, en castellano o en quéchua, y hacer en cualquiera de esos idiomas obra perdurable, sin ser en absoluto de esa nacionalidad. Como tal, no hay evasión. Que el Ecuador le haya importado nada, falso. Zaldumbide ha servido al Ecuador como diplomático, como ciudadano, como escritor, como pensador. La estadía de un escritor en su país no se toma en cuanto a su obra, sino la calidad intrínseca de ella: sus aportes a la cultura de su país, en primer lugar, y sus aportes a la cultura americana, en segundo lugar. Y ambos aportes los tiene hechos Gonzalo Zaldumbide. La obra de un escritor se avalúa por la cantidad o por la calidad. Pueden ser notables o populares o ambas cosas. Quienes más populares por su cantidad de obras y lectores que Vargas Vila y Hugo Wast, éste último traducido a muchísimos idiomas. Pero yo preferiría a toda obra de Hugo Wast, la Gloria de don Ramiro de Rodríguez Larreta, La Vorágine de Rivera o don Segundo Sombra de Güiraldes. Todo es cuestión de gustos en materia literaria.

Mi primer conocimiento con Gonzalo Zaldumbide lo hice mediante una revista: "La Ilustración Peruana", que cayó en mis manos en 1912. Era un fragmento de su obra sobre D'Annunzio y un retrato al carbón de Gonzalo Zaldumbide hecho por el lápiz creó, de Alcántara Latorre. Tomé nota del autor.

Años después, ya en mi juventud, merced a ese gran difusor de la cultura hispanoamericana, a ese gran escritor venezolano que hizo más que cualquier ministro de relaciones por el conocimiento de los pueblos del continente, he nombrado a Rufino Blanco Fombona, a quien siempre lo admiro, desde su editorial de Madrid, conocí los libros de Zaldumbide: La Evolución de Gabriel D'Annunzio y un libro sobre Rodó, así como su Elogio a Henry Barbusse.

Paralelamente al gran ensayista y crítico del Uruguay, surgía en el Ecuador otro crítico y otro ensayista. Los dos

eran estilistas y pensadores, eran profesores de idealismo, según la concepción de García Calderón y muy bien podrían formar la triada con éste. A los tres les preocupaba Europa y América: el viaje de retorno de las carabelas de Colón. Extendieron un cable interoceánico entre los dos continentes. Sarmiento ya había dado la receta de redescubrir América desde Europa, después de las civilizaciones primitivas, de las civilizaciones precolombianas, qué otra cosa original hemos hecho sino con levadura europea.

Zaldumbide escribió dentro de esa tónica su libro *La Evolución de Gabriel D'Annunzio*. No es un libro de exégesis sino de análisis, de valoración. El influjo de D'Annunzio en la literatura americana de los modernistas es visible y constatable. Sus dones plásticos, su sentido visual del color, su música recóndita, sus azulejos vidriados al estilo bizantino, sus pompas rojas romanas y sus oros venecianos, su sensualismo pagano, sus afanes de Egipán, el nietzchianismo de sus personajes, el refinamiento delicuescente, la morbidez de sus Madonas con algo de Renacimiento y mucho de Sara Bernhardt, todo eso que forma el trasfondo del D'annunzianismo, influyó en los escritores de América. La huella de D'Annunzio, las huellas de sus psicópatas y neuróticos, son visibles en Díaz Rodríguez, en Pedro César Dominici, en Tulio Cestero. En la cabecera de José Asunción Silva se encontró a medio leer, el Triunfo de la Muerte, la víspera del suicidio del vate bogotano. Los incestos de las novelas de Vargas Vila, su horror por la preñez de las mujeres, son de procedencia d'annunziana. Y la obra misma del panfletario colombiano, es una versión tropical y truculenta de D'Annunzio. Alguien que lo conoció bien a José Carlos Mariátegui lo llamó: "bolchevique D'Annunziano" y tuvo razón.

El libro de Zaldumbide confirma mis razonamientos. Mientras otros lo imitaban, el ecuatoriano lo ponía en su sitio y lo criticaba. No para morderlo sino para exaltarlo. No dejó de ver que esa pompa magnífica, al fin nos cansa, porque las únicas puestas de sol que mueren, que no cansan, son las que hace el astro en consonancia con la naturaleza. Los venenos d'annunzianos son letales. Sus bellezas son de invernalero o de acuario. Les falta el ímpetu con que pare la naturaleza, les falta fuerza. D'Annunzio comenzó exaltando la vida, en forma trágica, pero artificial. La tragedia soñada lo llevó a la tragedia heroica en los días de Fiume. Pero sus alas no eran de águila, sino de Icaro, eran de cera derretibles al sol, de allí que terminó en la Comedia, en Vitorelli, se autoadoraba y se hacía adorar en persona como un santo con sus queridas de turno. Y eso no lo hacen los héroes auténticos ni



los santos, sino los histrionicos. Y ese histrionismo es más visible cuando lo hacen los grandes.

En cuanto al elogio de Henry Barbusse, Zaldumbide fue el descubridor de Barbusse. El libro de Zaldumbide fue el anuncio de esa fama en nuestro continente, que nació con **EL FUEGO** y con **EL INFIERNO**. Nos probó que es suficiente un agujero en la pieza de un cuarto de Hotel para robarle todos los secretos a la vida. ¡Qué poca cosa somos los hombres, la humanidad! No necesitamos de telescopio ni de microscopios. Es suficiente un agujero en una pared y un ojo vigilante, un ojo que corresponda a los cien ojos de Argos para ver lo que somos. Y si las moscas que dicen tener una conformación maravillosa de su aparato visual escribieran como nos ven, qué concepto tendrían de la vida y del hombre. El Infierno es para mí la obra cumbre de Barbusse. Ya más tarde con Anatole France funda el grupo Claridad y surge el Barbusse luchador, el defensor de la cultura y de la dignidad del hombre.

Zaldumbide siempre sintió el Ecuador y llevó donde fue a América. Su Egioga Trágica no es un regreso, no es una vuelta al terruño. Solamente es la constatación de sus raíces. Esas raíces estaban hundidas en Quito, en la tierra nutricia y volcánica. No fue su amor al Ecuador el que lo llevó a hacer una serie de retratos y de bustos de personajes de su tierra: Eugenio de Santacruz Espejo, Pío Montúfar, Olmedo, el P. Aguirre, Villarroel, Manuel J. Calle, Crespo Toral, Medardo Angel Silva y otros. Retratos, bustos, medallones, apuntes, donde se ve la mano del artista o del orfebre. Y una estatua: la de Montalvo.—La estatua erigida por Rodó es clásica por todos sus costados, es una de las mejores páginas de certeza crítica que se han hecho en América. La de Blanco Fombona es un bronce rodiniiano donde se ve el gesto del pensador, el tenso músculo del Sagitario pronto a disparar la flecha. En el de Zaldumbide palpita la vida y se sonroja el blanco mármol con un color americano, con un color vítreo de lava volcánica. Pero no hay porosidades, no hay aristas; la lava volcánica pulida en líneas romanas. Es merced a Blanco Fombona y a Zaldumbide, que conocemos el Montalvo completo. Los Siete Tratados, los publicó el venezolano así como La Mercurial Eleiástica, El Cosmopolita, los Capítulos que se le olvidaron a Cervantes, El Regenerador, El Espectador, Las Catilinarías. Todas estas obras las editó Zaldumbide en París en la Casa Garnier. El comprometió los prólogos de Miguel de Unamuno y de Francisco García Calderón. Todo ese afán de enaltecer, de popularizar, de hacerlo conocer a don Juan Montalvo es quiteñidad que se lleva en la sangre, es sentir la grandeza del terruño en sus grandes hombres, en sus representativos, es el

de estar contemplando el Chimborazo de donde se esté. Si el monte no viene a mí yo iré al monte, parece decir el americano auténtico.

Egloga Trágica estuvo escrita entre 1910 y 1911 y se publicó por primera vez en 1916, en una revista quiteña, con un seudónimo que nadie se daba cuenta de quién era. Se publicó sólo fragmentariamente. Egloga Trágica es una ruta, un camino y una realización. Una ruta porque marca la iniciación de toda una tendencia en que ha culminado la novelística ecuatoriana. Es una de las más vigorosas y originales de nuestro continente, en realidad y en cantidad. José de la Cuadra, Gil Gilbert, Jorge Icaza, Fernando Chávez, Alfredo Pareja Diez Canseco, G. Humberto Mata Ordóñez, Humberto Salvador, tanto los de Guayaquil como los de Quito tienen en Egloga Trágica un antecedente, es decir, el haber creado la novela ecuatoriana, la novela americana. El que la hayan conocido a medias, quedando la otra parte inédita, no le quita primoridad a Egloga Trágica porque no por algo existe la cronología. Y es una realización porque siendo obra primeriza es obra acabada; está hecha como tocar un premio en un concurso. Fue hecha seguramente a la diabla y salió con perfección absoluta. Fue como esos hijos que a veces se tiene al azar y salen bellos como engendrados no por un amor furtivo sino por los dioses.

Y ese ensayo con el que debutó ya es el del maestro y del pensador. No hay nada que añadir al estilo, a la hondura, al análisis, al manejo de las ideas. Esto nos demuestra que los grandes escritores lo son desde que debutan. Que casi nada ya tienen que aprender, y esto mismo ha pasado con el Zaldumbide de Egloga Trágica. Es ya un maestro el que ha escrito ese libro. Pues como novela, como narración, está igual de las grandes novelas de América: Doña Bárbara, La Vorágine, Don Segundo Sombra, Raza de Bronce, o Huasipungo, no es el llano, ni la selva amazónica, ni el altiplano, ni la pampa argentina. Lo que allí se pinta es sierra interandina del Ecuador con todas sus bellezas; es la visión en gradación de ese espectáculo maravilloso que admiró el Barón de Humboldt. Toda la novela es casi antológica. No hay que escoger. La naturaleza la forman la flora, el paisaje, el hombre, las ciudades, las escenas familiares o campesinas. Todo eso adquiere la categoría de la cosa acabada, de la cosa vital; pero dentro del arte. La naturaleza andina tropical tiene su gran intérprete y pintor en Gonzalo Zaldumbide.

El ordeño, el encelo de los caballos, el árbol desmelenado, la música del rondador, la siega, la trilla, el vuelo de los cóndores, la caza de ellos, la visión de Otavalo, de Ibarra, los

caserones coloniales, la casa de hacienda, la minga, la llegada del patrón, el velorio en la casa mayoral, todo es digno de cita, de ejemplo, de joya antológica. Pero el estilo no mata, la vida fulge dentro de los marcos de lo natural. No necesita de crear gentes con frases, ni de usar palabras altisonantes, ni empedrar con interjecciones la calle para llamar la atención. El cuadro de la cacería de los cóndores y de la loca que por amor se desbarranca, es un cuadro crudo, un cuadro bárbaro, pero lleno de bizarría como la misma naturaleza. Esa misma naturaleza andina en que los peñones nos infunden adoración por lo solitarios, como si fueran dioses ancestrales. Nos sonríe cuando mana el agua en un descendimiento de cristales y de diamantes que rebotan antes de cantar en la piedra y correr sobre el césped verde y aterciopelado.

Si Gonzalo Zaldumbide es el gran paisajista de la naturaleza andina, lo es también como creador de tipos humanos. Con el buril de Balzac los crea humanos, divinamente humanos. Ya es Juan José, el tipo pegado a la tierra para trabajarla, para vitalizarla con su aliento patriarcal, con su hombría a toda prueba, o es aquel otro cachorro de conquistadores, don Jerónimo, que en su casa de Ibarra, cuando el amor en forma de un extranjero cateador de minas y científico mancilla su honor enamorando a la hija, flor solitaria de un patio sonoro, en sangre lava su honor, como un tipo escapado de un drama de Calderón, quedando desde entonces enajenada y loca su hija; o es Mamá Chama, la vieja doméstica, piedra angular de la cocina, la vieja sirvienta que forma parte de la familia.

Segismundo es el protagonista del relato. Es un joven hacendado de prosapia de ricos que ha caminado por Europa y ha conocido la civilización occidental. Vuelve a su tierra como el hijo pródigo que cansado de deambular vuelve a su lar. Ya no encuentra a la madre ni a la hermana, porque el que parte ya no vuelve. No se qué escritor es el que esto dijo: El que parte, muere a medias. Para Segismundo todo adquiere un viso de novedad. Recién a su vuelta descubre América. Siente el sabor de terruño. Fue en busca de dicha y sólo encontró el deleite y el placer, que se sirven en todas las posadas y caminos de la vida. Pero el amor verdadero no llegó a sentir, sino ese otro que se vende y que no es sino carnal. En verdad, aquí en su hacienda, lo ha ejercido con la longa Mariacha, india de la hacienda, lo ha ejercido con ese derecho del conquistador de violar indias, ese derecho de considerar la carne prieta como un botín, como una aventura de sus instintos no domados. De ese instinto surgió la América, cuyo primer ejemplar intelectual fue el Inca Garcilaso de la Vega.

Pero Segismundo llega a sentir el amor por una pariente suya, Marta. Una revolución la pone a la muchacha al alcance de su mano. Marta es una de esas mujeres de belleza única, tanto física como espiritual. Ella, como Segismundo sienten el amor, pero no llegan a declararse. Juan José forma la trinidad protectora de ellos. Es como si fuera el padre y el sostén de los dos, como pariente suyo. No sólo es el amo sino el padre. Pero él también, dentro de su soledad, no ha conocido el amor, en vez de ser el eslabón de unión, inflamado por esta feraz naturaleza americana y por el paisaje que le rodea, siente un amor súbito por Marta, un amor imposible, un amor donde arden como un silicio las fuerzas demoníacas de los celos. Una mujer divina, una mujer desprendida de los cuadros de los pintores pre-rafaelitas, una de esas evanescentes creaciones de Edgar Poe, que por lo general se realizan en nuestras solitarias haciendas de los Andes. Porque allí sólo surgen la mujer fuerte de la Biblia, la Perfecta Casada de Fray Luis de León o aquellas creaciones de los poetas cuyas mujeres no paracen reales, como en Mistral o Francis Jammes o de Poe. De estas últimas era Marta. Y siendo un albo lirio, fue la protagonista de una tragedia que no la soñaron los griegos. Su belleza atosigó y envenenó a dos hombres. El amor de Segismundo y el amor demoníaco de Juan José, no podían caber existiendo la presa. La dicha es imposible para los tres. La huida de Segismundo a Quito, el viaje de Juan José al Páramo, sólo eran una tregua a la dicha de los dos. El suicidio de Marta es el único dilema para los dos rivales. Pero la existencia de esos dos, ya no es una existencia. La vida es la que nos depara las más hondas y patéticas tragedias. Creemos alcanzar la dicha y ella se vuelve humo, cenizas y, a veces, a mayor tragedia de la vida es sobrevivirse. El que sobrevive es una ruina que la misma muerte no la quiera y la desprecia. Ese es el final de los personajes.

Pero, la Egloga Trágica tiene otros méritos. Junto al Novelista está el pensador. Al lado del artista está el sociólogo y el psicólogo. Esta novela es una novela imaginaria si no vivida. Solamente quien ha vivido en la sierra ecuatoriana, que conoce la tierra y la gleba podía haber hecho esa estupenda creación.

Zaldumbide, es uno de los que más ha penetrado y explorado el alma del indio. Uno de los que mejor lo conoce dentro de su ambiente, dentro de su laboratorio social. En el mismo Perú, país de grandes masas indígenas, no hay quien lo supere en el conocimiento del indio. En Bolivia solamente Franz Tamayo y Alcides Arguedas lo conocen al indio, dentro de un concepto paradójico: lo juzgan con optimismo o

con pesimismo. Zaldumbide lo pinta tal como es, tal como lo conocemos en la intimidad de su vida. Un ser original dentro de su ambiente, en consecuencia con su medio y con su paisaje. Un hombre con sus vicios y sus virtudes, un ser más primitivo que el actual, con su indiosinercia y su mundo especial. Hay otro indio creado en las bibliotecas, falsificado por nuestros ideólogos, más aficionados a las marionetas y a los títeres que a los ídolos de Bacon.

Precisamente, en Egloga Trágica hay un personaje que se apellida Suárez, mezcla de tinterillo y de doctor. Periodista de hoja amarilla y de tinta verde, borracho de lugares comunes, con lecturas semidigeridas de propaganda social, agente electoral con aspiraciones a diputado, comunista en cierne que aspira a tener un automóvil propio y un brillante falsificado en el anillo del dedo. Estos Suárez son defensores del indio, reformadores sociales, partidarios de la reforma agraria, furiosos antimperialistas que se venden por un dólar. Demagogos de pies a cabeza que ofrecen para no cumplir, que hablan de las clases proletarias, y, en resumen, no tienen más intereses que los suyos propios.

Estos Suárez de Egloga Trágica, son legión. Abundan en todo el continente, principalmente donde hay indios; los hay en México, en el Ecuador y en Guatemala. En Bolivia, han llegado al poder. Bolivia es hoy el mayor campo de experimentación demagógica en cuyo espejo deben verse los pueblos americanos. Los Suárez habían tomado el poder y han deportado lo que ellos llaman la oligarquía, han establecido los campos de concentración y las torturas al estilo nazi y comunista, han dado el voto universal a las masas analfabetas con fines electorales de perpetuarse en el poder, han hecho la reforma agraria, suprimiendo la propiedad individual; han desatado no sólo la lucha de clases, sino de razas; las minas han pasado al Estado, las tierras al pueblo. Y el resultado ha dado la caída de la producción, el encarecimiento de la vida, los salarios de los mineros menos que antes. Su majestad el hambre se enseñoorea. Y a pesar de haber cacareado el odio al imperialismo yanqui, viven hoy de limosnas que les da Estados Unidos, no les prestan sino les regalan. Han capitulado, han claudicado y con su moneda que está por los suelos viven entre la desesperación y el miedo. Todo obedece a esos Suárez que actúan en los pueblos como los bacilos de Koch en los pulmones. Es la mayor desgracia de los pueblos cuando los demagogos enloquecidos llegan al gobierno. Hacen experiencias en los pueblos creyendo que éstos son conejos de experimentación. En esa forma ejecutan el mayor de los crímenes. Sin preparación para nada, sin más conocimientos empíricos que los

que tienen, con una indigestión de lecturas para los que no hay purgante eficaz, estos Suárez, son locos sueltos que por desgracia gobiernan los pueblos. No está lejano el día en que los ahorquen y seguramente al hacerlo no les pondrán de contrapeso un riel, sino un costal de billetes desvalorizados por ellos mismos. Todos estos conceptos nos sugiere uno de esos personajes creados por Zaldumbide. Su tema parece agitar ideas. La Egloga Trágica es la mejor respuesta que Zaldumbide ha dado a los críticos que dice que no le importa el Ecuador. Tras la visión realista, allí están esbozados en forma de diálogos y digresiones los problemas del Ecuador: Los de falta de agua para la irrigación y el de las revoluciones criollas que solamente dejan un saldo negativo. No me llama la atención, por eso, qué en menos de un año se hayan hecho dos ediciones de dos mil quinientos ejemplares cada una. El público se reconoce en el libro, el deslumbramiento auroral de la belleza se hace tangible, el hombre y la tierra ecuatoriana están allí palpitantes de vida.

Pero ahora, para cerrar este ensayo, quiero ocuparme del viaje de Zaldumbide a la Cuenca de los Andes. Si no lo comprometen como a hijo adoptivo de Cuenca, para ser el mantenedor de la fiesta de la Lira de los poetas el año de 1929, no habrían existido esas páginas maravillosas. Ese fue el viaje de retorno de Zaldumbide hacia el corazón de los Andes. Y tuvo que hacerlo a caballo o a mula, única manera de conocer y de compenetrarse del paisaje. En automóvil uno va al ritmo de la máquina y cuando va en aeroplano, va como embaulado al lugar de su destino. Sólo viajando a caballo pudo escribir don José de la Riva Agüero sus Paisajes Andinos. La naturaleza no se entrega a la velocidad. Y el caballo es un animal noble, inteligente y heroico. El mito del centauro es realidad, el caballo ha civilizado al hombre. Sin el caballo no podríamos imaginarnos al conquistador ni a los libertadores, ni a los caudillos. Para Don Quijote está bien el caballo y para Sancho el asno. El uno lleva la lanza, la celada, la adarga, y el otro sus alforjas y un costal de refranes. A caballo llegó a los Andes Zaldumbide, como un conquistador del paisaje cordillerano. Ese paisaje en que nos pinta el páramo de Tapiycola en una radiografía del paisaje andino. "Más grandioso, por lo imponente que el mismo mar, es el páramo andino", dice, pero es una semejanza del mar a cuatro mil metros de altura. Una soledad donde la voz del silencio se siente, aunque parezca paradoja. El páramo es lo sobrenatural de la tierra. El páramo andino encierra una estética y una metafísica. Esa estética y metafísica son captadas y explicadas por Zaldumbide.

La Estética Andina está en el paisaje, único y sobrenatural, y la metafísica en lo que ese paisaje le dice al alma del hombre. Sólo el canto o la oración serían la respuesta de las palabras, del verbo, ante tal magnificencia. Entre dos cielos camina allí el hombre y parece que le nacieran alas como a los ángeles. Zaldumbide nos ha dado la tónica del paisaje andino. Pero ese paisaje es esquivo a la mirada del hombre. Esos deslumbramientos y partos de la naturaleza se pierden, se desmochan. Porque el paisaje, sin el hombre, no es nada, dice Zaldumbide. Pero para mí, la naturaleza se basta a sí misma, se crea y se recrea, desde el primer día de la creación, y el hombre sólo es un infusorio que apenas aprisiona un minúsculo retazo de ella.

La naturaleza andina ha creado al indio y éste asoma su rostro de piedra y rompe el silencio de la tarde con su música. Es un ser distinto a nosotros, otro hombre. No sabemos si dentro de su manera de vivir es feliz, si su mundo circunscrito le basta; pero sí nos consta que sigue siendo él mismo, mientras está pegado a la tierra. Y salido de la gleba, su destino es perecer o autointoxicarse en la ciudad, vivir en contradicción consigo mismo. El indio, como la llama, no puede vivir emparedado en la ciudad, necesita de vastos horizontes. Y no es el español el que lo ha vuelto así. Su desconfianza, su misantropía están en el ambiente. A qué cosa queremos incorporarlo, me pregunto. Hacerlo bachiller o doctor, hacer que se olvide de su grandeza. Ponerle una frase sobre su dureza de picacho, volverlo elector, inyectarle una dosis de demagogia, desvincularlo de su "paparina" primitiva. Es querer que las llamas halen carretas o que los pumas se ocupen en cazar ratones. El indio seguirá siendo lo que es. Hay que diluirlo mediante el mestizaje. Pero este es un proceso largo que se va efectuando a lo largo de los siglos. No surgirá saltando el indio, mientras lo diluyamos. Seguirá agazapado el indio en nuestra alma por mucho tiempo. Aún ya mestizos seguiremos cargando la litera del Inca en la forma de algún Presidente. Aun desligados de la tierra del patrón, seguiremos siendo un "wayraq apamusqan" con nuestro título de doctor. El blanco es la sal de la tierra, dice Zaldumbide. Es, en efecto, la levadura de nuestro pan criollo que no deja de cocerse. El mestizo es el futuro de América, pero hay que ver que el blanco, el conquistador, el colonizador es el que transformó América. Incluso transformó el paisaje, la fisonomía del continente, de los burgos, de las ciudades, de las aldeas. La teja y los adobes sustituyeron a la piedra y las torres de las catedrales no están levantadas en honor de Wiracocha. El indio se retiró a su cho-

za y se envolvió en las telas del crepúsculo. Allí está compartiendo su adoración al Sol como los alféreces, bajo la dominación de los curas de aldea, bebiendo chicha y cañazo, divinizando no sólo al maíz aborigen sino a la caña de azúcar importada por el conquistador. No hay que hacer bandera de reivindicación del indio porque no lo necesita, hay que dejarlo bailando sus waynitos y tañendo sus quenás. Ninguna raza se salva por filantropía de otra. Hay que dejarlo al indio que se salve él, únicamente él. Lo demás es considerarlo un degenerado, un menor de edad. Y sólo es primitivo.

Tomado de la "Revista del Instituto Americano de Arte".—  
Nº 11, Cuzco, Perú.



## UNA ELEGIA DESCONOCIDA DE DON JULIO ZALDUMBIDE

En ponderación "del antiguo abolengo que tiene la cultura literaria en la antigua Presidencia de Quito" y basado en los libros sobre el asunto de don Pablo Herrera y don Juan León Mera, el ilustre don Marcelino Menéndez y Pelayo se detuvo ante Olmedo, a quien considera "el único representante de la poesía en el Ecuador, por mucho tiempo". Avanzó en su estudio a través de la República hasta la primera Lira Ecuatoriana y nueva pausa del admirable crítico, esta vez, ante Mera y don Julio Zaldumbide a quienes tiene como los más notables de cuantos por ese entonces, —mediados del siglo XIX—, rendían culto a las musas en nuestro país.

"El género predilecto de Zaldumbide, —anota don Marcelino—, fue la meditación poética; sus cualidades sobresalientes: gravedad en el pensar, mezclada con cierta amable languidez en el sentir; elevación moral contemplativa y serena con intervalos de flaqueza, desfallecimiento y oscuridad de que llegaron a triunfar al fin su recto corazón y bien disciplinado entendimiento". Y prosigue: "Comenzó por la duda sobre el destino humano y acabó por entregarse en brazos de la fe. Sus poesías son, por decirlo así el diario psicológico de esta batalla suya.....".

Esa "amable languidez en el sentir", sagazmente advertida por tan brillante pluma, constituye su obsesión admirativa al juzgar al poeta quiteño. Más adelante insistirá en esa "suave y reposada tristeza que por ser tan suya ennoblece y renueva en él hasta los tópicos más vulgares de la vida campesina". Menéndez y Pelayo considera que si Zaldumbide hubiese tenido "la fortuna de concentrar sus fuerzas en una composición inolvidable que deba ir perpetuamente unida a su nombre", habría sido contado "entre los líricos de primer orden en la América del Sur.....".

Nuestro Poeta no poseyó tan sólo aptitud lírica sobresaliente como la que denotan sus obras: su "sólida educación literaria, basada en el estudio directo y reflexivo de los modelos latinos, italianos e ingleses y de los nuestros del siglo de oro, entre los que prefería a Garcilaso y Fr. Luis de León", afirma el docto español, constituyó ejemplo excepcional en el

medio en que actuaba. Esa amplísima y desconcertante cultura fue reconocida y acatada por sus contemporáneos, valores de amplia nombradía en ese momento notable de nuestras Letras, tan superficialmente apreciado por lo que llamamos nuevas generaciones: Miguel Riofrío, Juan León Mera, Rafael Carvajal, Vicente Piedrahita, Francisco Javier Salazar, José Bernardo Daste. Víctor León Vivar, Miguel Ángel Corral, —para no citar sino a los mayores—, supieron reconocer que la aureola de don Julio tenía resplandores propios. Aún en los encarnizados ataques de la politiquería ambiente, cuando Zaldumbide honra el Ministerio de Educación Pública con su nombre, el gran señor “de la suave y reposada tristeza”, lleva su ato de estrellas a la solariega finca de Pinán y su oda “A la Soledad del Campo”, y sus poemas “La Mañana”, “El Mediodía”, “La Tarde”, “La Estrella de la Tarde”, acreditan el ensimismamiento en que se refugia. Julio Matovelle escribirá su preciosa “Contemplación Nocturna”, versos aplicables al célebre poeta, su homónimo absorto como él ante el universo inescrutable:

“ A veces luce un vivo meteoro,  
cual desgranada estrella de zafiro,  
que algún lucero de reflejos de oro  
enviado al suelo habrá con un mensaje...”

Muchas veces Zaldumbide recibió el mensaje de “la desgranada estrella de zafiro”, cuando en el campo buscaba el anhelado reposo.

## II

En el detenido estudio que el culto ibarreño don Roberto Morales Almeida dedica a don Julio en la *Biblioteca Mínima Ecuatoriana*, anota le tocó nacer “en el fecundo lustro” en que advino la República y aparecieron Juan Montalvo, Numa Pompilio Llona, Luis Cordero, Juan León Mera, Antonio Flores. “Empero, dice, ninguno como Zaldumbide, tiene prosapia de más hidalga tradición republicana. Su abuelo don Joaquín Zaldumbide Rubio de Arévalo, fue de los próceres de la Emancipación...; su padre, Ignacio Zaldumbide, de los fundadores de la célebre Sociedad de “El Quiteño Libre”, combatió la tiranía forastera y militarista de Flores, cayendo en el campo de batalla de Pesillo como “*inclita víctima de la libertad*”. Por esto, añade Morales Almeida, la revolución marcista, (del 6 de marzo de 1845), fulminadora de los *genizaros* extranjeros, era recordada con inusitado fervor por la juventud quiteña que se agrupaba en sedicentes sociedades

democráticas animadas por mentores ávidos de renovación cultural y política como don Pedro Moncayo y Miguel Riofrío".

En esta Sociedad, al conmemorarse el séptimo aniversario marxista, don Julio Zaldumbide declamó su célebre "Canto a la Música" que marca su aparición en el campo de las letras. Su no menos ilustre hijo, don Gonzalo, también adolescente, leerá en la Universidad de Quito unas páginas sobre el Ariel de Rodó y asentará su fama de escritor con indiscutible título. Que la raza vive, es aforismo de recóndita sabiduría. Aquella tarde, otro joven presentará sus primeras armas también: se llamaba Juan Montalvo.

He aquí que don Pedro Moncayo, el venerado redactor de "El Quiteño Libre", el verdadero fundador del periodismo nacional, el *Incorruptible* como lo llamaron sus mismos detractores, consocio y amigo de don Ignacio Zaldumbide en la brillante y sacrificada aventura de 1833 y a quien llora y trata de vengar cuando su inicua muerte en los campos de Pesillo, apadrina al joven don Julio, de diez y nueve años, en la Velada que conmueve a Quito y es un nuevo afianzamiento de la incipiente nacionalidad, más perturbada por los *genizaros* que por los mismos chapetones lo fuera. En su *Ojeada*, el autor de *Cumandá* asegura, equivocadamente, tenía catorce años.

Los vínculos entre el joven Zaldumbide y Moncayo son fácilmente explicables ya que están en lo memoria de la sangre y perdurarán en horas de dolor y en fugaces resplandores de triunfo, con purísimos destellos.

### III

Pasa el tiempo y la casa del Poeta Zaldumbide es el centro de lo más culto, distinguido y amable de la sociedad de su país. "Mi padre, dice don Gonzalo, fue de los pocos amigos predilectos de Montalvo. Siempre que iba a Quito el Cosmopolita y aún antes de serlo por antonomasia, al hacer sus primeras armas, solía concurrir, aunque parco de palabras y de entusiasmos repentinos, a la tertulia de la casa de los Zaldumbide, la antiquísima casa de San Agustín que aún se conserva en la familia. Eran reuniones vespertinas: se comía entonces temprano y a las cinco acudían los amigos a tomar el café que entona el ánimo, aguza la inteligencia y exita agradablemente a conversar. Parece que Montalvo prefería escuchar a dialogar, y antes de seguir de tema en tema la volubilidad de los contertulios, se ensimismaba y esperaba más bien el momento de salir con su amigo Julio a pasear por las colinas y alrededores, a embriagarse, sin duda, en silencio co-

municativo y unánime, de la ilimitada poesía crepuscular. Ambos eran románticos en el alma, si bien clásicos en el respeto a la cultura y a la lengua”.

Siempre lamentaremos que don Gonzalo no dedicase su pluma con más detenida predilección, al relato de episodios por él vividos, a la evocación de personajes de su directo conocimiento. Cada vez que se ocupa de tales temas, casi siempre de manera incidental y como al margen de la acabada contextura de su obra, los trata con singular maestría e insuperable vivacidad descriptiva.

Montalvo recordará a don Julio con extraña lealtad y don Gonzalo, superando lamentables y conocidas ocurrencias entre don Juan y los señores Gómez de la Torre, sus tíos, reeditará los libros del *Cosmopolita* con mesurados comentarios que son fino deleite y cordial enseñanza.

#### IV

Y dónde la producción de nuestro romántico, de nuestro poeta de “la amable languidez en el sentir” que decía don Marcelino? Si pudiésemos asombranos todavía los ecuatorianos, de tanta postergación deliberada; del olvido en que premeditadamente mantenemos a tantos distinguidos varones de nuestro disminuido abolengo; de la vanidad sin crepúsculos y la estulticia dogmática que nos envuelven como una atmósfera letal, no dispuestas a una investigación severa; volviendo a nuestro don Julio, nos avergonzaría el confesar que su vasta producción lírica aún permanece dispersa en periódicos y revistas ocasionales y en manuscritos guardados por manos celosas y que nunca hasta hoy fue recogida en un volumen consagratorio de su estro para dentro y fuera de la Patria. No más de una docena de poesías están al alcance de los estudiosos. El tesoro de su producción rigurosamente inédito, cualquier día puede perderse para siempre. Sabemos que don Gonzalo ha cedido muchos de sus preciosos papeles a la Biblioteca de Ibarra, ya ennoblecida con los volúmenes que don Pedro Moncayo le diera en su última voluntad. Los versos de don Julio comienzan a ser recopilados en la *Revista del Núcleo Imbabureño* de la Casa de la Cultura por tesonero esfuerzo del señor Morales Almeida, pero las limitaciones materiales de esta interesante Revista, si los salva, no los difunde realmente. Como dice bien el mencionado crítico, “ciertas colecciones de actualidad se limitan a exhibir un soneto o algún fragmento de composición (de la obra de don Julio), no obstante que la producción original y las traducciones del poeta alcanzan casi a un centenar de piezas de diverso fondo y valor estético”.

Y para que sea más cabal esta compilación y salvarla del premeditado olvido en que yace hasta ahora, ignorada por cuantos compusieron resúmenes antológicos de poesías ecuatorianas en el pasado y en el presente, en esta fecha jubilar del homenaje nacional que rendimos los ecuatorianos a don Gonzalo Zaldumbide, nos permitimos publicar la "Elegía a la Memoria de doña Juana Lamas de Moncayo", esposa de don Pedro y que el ilustre don Julio publicara a los pocos días del infausto fallecimiento de esta dama.

El precioso poema revela como ningún otro, "la meditación poética", "la gravedad en el pensar", "la elevación moral contemplativa" que advierte don Marcelino son las características de la obra literaria de Zaldumbide. Ya citamos el juicio certero del ilustre crítico: "Sus poesías son, por decirlo así, el diario psicológico de esta batalla suya ...." La batalla de "esos intervalos de flaqueza", de "duda sobre el destino humano" que un día "triunfarán sobre su recto corazón" .....

Y en algo de esto debe residir la pertinaz exclusión que sufre tan hermoso poema de las Antologías y recopilaciones críticas que aparecieron en las postrimerías del siglo: el "Ensayo sobre Historia de la Literatura Ecuatoriana" de don Pablo Herrera, 1860; la "Lira Ecuatoriana" de don Vicente Emilio Molestina, 1866; la "Ojeada Histórico Crítica sobre la Poesía Ecuatoriana" de don Juan León Mera, 1868; la "Nueva Lira" de don Juan Abel Echeverría, 1879; el "Parnaso Ecuatoriano" por Manuel Gallegos Naranjo, 1879; la "Antología de Poetas Hispanoamericanos" publicada por la Real Academia Española, 1892. En ninguna de estas obras se reproduce la mencionada Elegía en la que la imprecación a los designios del Arcano cobra tanta vehemencia, tanto clamor inconforme, como los del célebre soneto de nuestro Olmedo "En la Muerte de su Hermana":

"Y eres tu Dios? A quién podré quejarme?

.....  
 "Yo no te la pedí. Qué! Es por ventura  
 Crear para destruir, placer divino,  
 O es de tanta virtud indigno el suelo? ....."

Don Juan León Mera, sobrecogido entre su deber de sincero creyente y su admiración al vate, vacila ensayando disculparlo: "es un brote de la inspiración del momento", dice. "..... Pero somos cristianos y los encantos del bello soneto desaparecen para nosotros ante la imagen de Dios ....."

Don Julio conocía de seguro tan célebre poema escrito por Olmedo en 1842 y que el mismo P. Aurelio Espinosa Pólit, S. J., califica, con el dedicado al General Lamar por Olmedo,

como "muy apreciable conjunto que fue para su época valiosísima aportación al incipiente Parnaso....." Espinosa Pólit, tan discreto en el uso de su brillante inteligencia, en 1958 escribía largas páginas sobre este "muy apreciable conjunto....."

En su Elegía a la muerte de doña Juana, dice Zaldumbide:

"Por qué matar! El mal de los mortales  
Es el manjar del Padre sobrehumano,  
Las penas son los goces celestiales?  
Silencio .....! Y no miréis, que es un arcano".

"La madre! El Hijo!..... En vano ella expirante  
pensaba en su hijo aún y le nombraba.  
"Ay, un momento más"..... Dios, con diamante  
selló el decreto ya que lo vedaba!

## V

Posiblemente don Pedro conoció a quien sería su esposa, durante su primer destierro en Paita. Hija de don José de Lamas y de doña Luisa Godes de Lamas, poseedora de título nobiliario reconocido y heredera de cuantiosos bienes, las altas prendas de su espíritu, los medios de que dispone, la bondad de sus ideas, la vivacidad cautivadora de su delicadísimo espíritu, la convierten en el centro de la afectuosa y considerada atención de cuántos la conocen. Paita es por entonces y lo será por largos años, lugar predilecto para quienes buscan clima de alivio de ciertos males y para cuántos, en aquella época siniestra de dictaduras implacables y hasta no hace mucho, en la expatriación hallan pasajero amparo. En Paita se restañan las heridas del desengaño; se conspira; se padecen las interminables horas de la noticia que se anhela y no llega; del auxilio que se pierde; de la esperanza que se esfuma..... Pero las hieles del ostracismo se dulcifican por la bondad de los habitantes nativos, por la gentil diligencia de los forasteros y por el trato nobilísimo que les otorgan los señores de ese burgo, los señores de Lamas y su encantadora hija.

Ese momento de nuestra historia reúne en Paita a don Roberto Ascásubi, su señora, sus hermanas; a don Pedro Moncayo; a doña Manuela Sáenz; al doctor García Moreno..... Todos frecuentan los salones de los Lamas y según abundantes testimonios epistolares de los proscritos, no hay ninguno que no elogie a doña Juana con simpatía. El doctor Moncayo cuenta por entonces treintisiete años y el idilio alivia sus sinsabores, precio natural para su infatigable actividad de artífice de la República.

Doña Juana viaja a Quito y el matrimonio se realiza. La ferviente fe de la desposada consigue que a la ceremonia se sume la Velación. El padrino, su fraternal amigo don Roberto Ascásubi, quien permanece en Paíta con su familia, se ve impedido de viajar y nombra su representante a su cuñado, el doctor García Moreno. Madrina será doña Leonor Pareja que "nos dio un excelente almuerzo", dice don Gabriel en carta a don Roberto participándole el cumplimiento de su encargo. Y añade: "Moncayo saldrá el 2 de Julio para asistir a la Convención". Don Pedro ha sido elegido Diputado por Imbabura con el doctor Angulo y don Daniel Salvador. La Convención se reunirá en Guayaquil y lo elegirá su Presidente. "Es don Pedro por aquellos días, dice don Roberto Andrade, el más grande ecuatoriano, pues Rocafuerte y Olmedo habían muerto". La Convención se ve en el caso ineludible de considerar la solicitud del Ministro granadino en lo concerniente a los jesuitas y aprueba se exite al Podre Ejecutivo para que inmediatamente proceda a dar cumplimiento a la pragmática sanción de 2 de abril de 1767, "que está vigente". Urbina contó con el apoyo liberal y promulgó, además, el decreto de libertad de los Esclavos, obra también de la Convención.

Pero los hados habían resuelto la destrucción del hogar del patricio y el 7 de noviembre del mismo año el doctor García Moreno escribía a don Roberto Ascásubi: "Ayer por la tarde murió su ahijada doña Juana Lamas una hora después de haber dado a luz un niño; esta desgracia nos tiene en la mayor consternación. El pueblo ha atribuido su muerte a castigo evidente del Cielo por la expulsión de los P. P. Jesuitas en la que tanta parte tiene Moncayo y tan interesada se mostraba ella. Como estos Padres saldrán dentro de pocos días, Moncayo sabrá a un tiempo el destierro y el entierro."

Hay almas que acreditan al Cielo lo que es inconcebible que proceda del Cielo.

## VI

Doña Juana, —son testimonios de la Corona Fúnebre que consultamos—, apenas si puede exclamar: "Mi hijo ..... Mi hijo vive!" Y se añade: "No fue Quito para la señora Lamas una ciudad extraña. Mereció mil consideraciones, se concilió mil simpatías; y cuantos la apreciaron y amaron en vida, la han llorado amarga y profundamente .....". Las exequias tuvieron lugar el 20 de Noviembre "con toda la pompa y suntuosidad dignas de la que tanto embelleció la sociedad con su carácter, con sus virtudes, con sus sentimientos. Las principales categorías presidieron el duelo en la función fúnebre a la que

concurrieron también el Ilustrísimo señor Arzobispo y el Venerable Cabildo Eclesiástico, todas las corporaciones y un considerable número de personas notables”.

Los amigos editaron el folleto que consultamos y constituye rareza bibliográfica sin precio. Lo hemos copiado del único ejemplar que conocemos y posee el ilustrado bibliófilo don Leonardo Muñoz. Fue impreso en esta ciudad, el 9 de diciembre de 1852, por el F. Bermeo. Ahí figura la Elegía que don Julio Zaldumbide dedicó a doña Juana y que hasta hoy ha pasado casi ignorada por completo. De todas las obras consultadas, sólo en un estudio del erudito G. Humberto Mata consta la mención de este poema, la referencia a que fue escrito. Salvarlo del olvido es nuestro homenaje en el Jubileo que conmemoramos de estos primeros cincuenta años de la fecunda labor literaria del no menos preclaro hijo de don Julio, en cuyas manos hemos puesto tan delicadísima obra del primer romántico de nuestro Parnaso, del señor “de la suave y reposada tristeza”, su padre.



## ELEGIA A LA MEMORIA DE DOÑA JUANA LAMAS DE MONCAYO

“..... en torno he mirado, y el mar de la  
aflicción me ha circundado.....”

(Valdés).

### I

Hubo un gemido ..... El aire triste, umbrío  
Trémulo escondió el sol en su capuz.  
Murió una luz de vida a un soplo frío.....  
Un soplo más, y se apagó otra luz.....

La madre, el hijo ..... el vuelo levantaron  
Sus almas puras para unirse a Dios;  
El mismo cáliz ambos apuraron  
Con que la muerte les brindó a los dos.

La madre! el hijo! El cielo, más clemente,  
Más vida por piedad les concediera,  
Y hoy no se viera el luto entre su gente,  
Y el llanto del dolor no se vertiera!

Por qué matar? El mal de los mortales  
Es el manjar del Padre sobrehumano?  
Las penas son los goces celestiales?.....  
Silencio ...! y no miréis, que es un arcano.

Yo no miréis. En vano la amargura  
Acusa a Dios, la muerte o el destino.....  
Oh! no miréis, que la tiniebla oscura  
envuelve impenetrable lo divino.

Pero se rompe el pecho atribulado!  
Pero se llora con angustia atroz.....!  
Si estaba el corazón ya destrozado,  
Qué importa sea el destino, o sea Dios.....?

La madre! el hijo....! En vano ella espirante  
pensaba en su hijo aún, y le nombraba.  
"Ay! un momento más"..... Dios, con diamante,  
selló el decreto ya que lo vedaba!

Y el ángel malo de las negras alas  
Del enebroso báratro surgió:  
Se ornaba el aire con funestas galas:  
Se hundía el sol, con lánguido miró.

Y él vuela allá..... Sus ojos destellando  
Esa siniestra luz de destrucción.  
Con la fatal guadaña amenazando,  
A herirla va..... No hieras, compasión!

Ve su dolor; sus manos suplicantes  
Imploran y sus ojos la piedad:  
Son trémulas sus voces sollozantes,  
Y su alma devora la ansiedad.

Ay! ten piedad. En torno de su lecho  
Se afligen también otros que la amaron;  
También con ansiedad late su pecho;  
Ya su presunta muerte lamentaron.

Ay! ten piedad. No rompas tantos lazos  
Que tantas almas a la suya unieron;  
No hagas volar las flores en pedazos  
Que a la influencia de su amor nacieron.

Detén, oh ángel, la guadaña impía:  
A su golpe fatal, mil corazones  
Van a desfallecer; vuelve a la umbría  
Morada de tinieblas y aflicciones.

Ay! ten piedad... Y si, para saciarte,  
Necesitas de víctima inmolada;  
Si exiges una vida, vé a otra parte  
Otra vida a inmolar, menos amada.

Pero no ahí, piedad! Yo, desolado.....  
Ah!!! Que va hacer? Ya es tarde..... Se ha cumplido.  
Ya sólo veo un lecho, y enlutado,  
Y un cadáver allí, lacio y tendido.....

.....

Y hubo un gemido..... el aire triste, umbrío  
Trémulo escondió el sol en su capuz.  
Murió una luz de vida a un soplo frío.....  
Un soplo más, y se apagó otra luz.

## II

Vendrán cien soles, me verán llorando;  
Y cien lunas vendrán,  
Y en mis mejillas del dolor brillando  
La lágrima verán.

## III

Cuán presto, oh Dios, nuestra existencia acaba  
De un momento magnífica armonía,  
La luz fatua de un lago que se apaga,  
La flor dulce de un día!

Qué genio llorará sobre el postrero  
momento de la vida al marchitarse?  
Qué canto vagará bien lastimero  
Ya después de acabarse?

Porque no hay duda, la belleza tiene  
Un genio que la enciende y la ilumina,  
Que dentro de la esfera se mantiene  
De su lumbre divina.

Lámpara viva del fanal radioso,  
Perfume de las flores embriagante,  
Esencia de lo puro y de lo hermoso,  
Espíritu inflamante.

Con sus llamas tocada su guarida,  
No os acerquéis a ella; porque luego  
Prenderá en las entrañas, desprendida,  
La chispa de su fuego.

Habla con la expresión de lo que anima:  
Cuando ella se marchita, él desfallece:  
Si ella vivaz sonríe, él ilumina :  
Con ella palidece

Cantor del funeral de lo que hechiza,  
Nacido de algún fúnebre ataúd,  
Destinado a llorar en la ceniza  
cual mortuorio laúd!

Es el suspiro fiel de lo que cae;  
Es siempre el moribundo eco postrer;  
Es el gemido que la muerte extrae  
De los senos del ser.

El acompaña a la hoja desprendida;  
Con la luz agoniza lentamente;  
El mira con la luna medio hundida  
Lánguida en occidente.

No lo visteis llorar con alas de oro  
En la expresión de agonizante día?  
Cada rayo una gota fue del lloro  
De su melancolía!.....

Sobre las rosas ya descoloridas  
Cuando doblan la frente sin cesar,  
Poéticas beldades abatidas.....  
No le visteis llorar.....?

Hermosa es nuestra vida! Tiene amores  
con beleños y goces celestiales;  
Se liba la ambrosía de sus flores;  
Se vive entre rosales!

Hermosa es nuestra vida! Y bien que ardientes  
Vienen también borrascas atronando,  
No son más que las salvas sorprendentes  
Que estallan saludando!

—Rimbombo inmenso, música sublime  
Rugiente por demás y estrepitosa.....  
De aquí es que se amedrenta, y llora, y gime  
El alma, por medrosa.....

—Y si es cierto que es bella ... si viviendo  
Se goza de beleños y ambrosías;  
Si sus borrascas que vendrán rugiendo  
Vienen como armonías.....

Qué genio llorará sobre el postrero  
Momento de la vida al marchitarse?  
Qué canto vagará bien lastimero  
Ya después de acabarse?

## IV

Cuando tu alma se abrasaba  
En los celestes amores,  
Y tu corazón soñaba  
Nuevas y cándidas flores;

Cuando tú, madre y esposa,  
Dulce la vida sentías;  
Dos quimeras amorosa  
En el porvenir veías.

Cuando más bello el vivir  
Tu mente comenzó a ver  
Sin pensar que con morir  
Su esperanza iba a perder.....

Fue un presente de crueldad  
Que te ofreció vive Dios!  
La muerte ..... a la eternidad  
Llevar tus amores dos.....!

Era preciso .... la hiel  
Apurar de la aflicción.....  
Jamás se brindó tan cruel  
Copa de separación!

Brindis por cierto pasado  
Que hacemos de despedida  
A nuestro vivir parado  
A las puertas de otra vida.....

Era preciso.....! Tu sueño  
No turbe un acento más.....  
Que en sus sienés el beleño  
Derrame jugo de paz.....!

Mas a mí que en triste duelo  
Entoné tu funeral  
Oyeme para consuelo  
De tu alma celestial.

En ese ciprés que crece  
Sombrío junto a tu tumba,  
Y que si el viento le mece  
Con canto lúgubre zumba.

Entre sus hojas colgada  
Hay una arpa silenciosa,  
Sólo de noche pulsada  
Por fantasma misteriosa.

Cuando en el pálido cielo  
Luce la luna adormida,  
Cual lámpara de desvelo  
En los aires suspendida.

Armonía vagabunda  
Triste suena en el panteón,  
Muy dulce, muy gemebunda,  
De celestial aflicción:

Es del arpa silenciosa  
Que está del ciprés colgada,  
Por fantasma misteriosa  
Sólo de noche pulsada .....

Y cuando el sol al hundirse  
El aire fúnebre pinta,  
Y ve las nubes teñirse  
Con mustia, trémula tinta;

Cae una lágrima amarga,  
(Dios sólo sabe de dónde)!  
Y al punto vibración larga  
Del arpa flébil responde.

Quién en la noche a pulsar  
Viene esa arpa misteriosa?  
Y qué ojo deja escapar  
La lágrima dolorosa ... ?

No sé ... pero de amargura  
Llora el arpa en el ciprés .....

Pero la lágrima pura  
Baja ... del cielo talvez.....!

Quito, 29 de noviembre de 1852.

## PROLOGO A LA TERCERA EDICION DEL "GABRIEL D'ANNUNZIO" DE ZALDUMBIDE

Italia desde luego, Francia muy particularmente, también España, y sin duda el resto de Europa, celebran actualmente el Primer Centenario del **Nacimiento de Gabriel D'Annunzio**. En Caracas, Bogotá, México, Buenos Aires, han resonado ecos de este jubileo; y tal vez en otras capitales americanas. En Quito, nada. Singular oportunidad para reeditar aquí este libro agotado.

Este libro tiene para mí un mérito, casual, que me lo vuelve más apreciable: el haber sido el primer libro que se hubiese publicado sobre Gabriel D'Annunzio.

Salió a luz, en efecto, hace más de cincuenticinco años —a mediados de 1909, en París, editado por la casa editorial R. Roger & F. Chernoviz, 99, Boulevard Raspail—. El año de la edición, anotado por los editores, se halla impreso en la portada del libro.

Comencé a escribirlo en Junio de 1908; y no fue obra de improvisación o adivinación, sino fruto de anterior, antiguo conocimiento— y de amor, de ese amor que no quita lucidez. Lo escribí en pleno ardor de juventud y con libérrimo dominio del tema, tras ocho o diez años de venir leyendo todos los libros de D'Annunzio.

Salido apenas de la pubertad y durante mis primeros años mozos, me abalanzaba, con ávida predilección, a leer las pocas obras de D'Annunzio que pasaban al alcance de mi mano, en Quito.

Mal traducidas y todo, su estilo me sedujo desde un principio, y volvió insípidos a mi paladar los estilos comunes y corrientes.

Mi primer viaje a Europa, que iba a durar siete años —1903-1910—, me facilitó la consecución de todo lo publicado por D'Annunzio desde que salió de su Colegio de Prato, a los 16 años, hasta la fecha de mi libro, esto es, de **Primo Vere** a la aparición de **La Nave** en librería.

Por otra parte, "niño prodigio" en Italia, su precoz renombre había trascendido, desde los albores del siglo, a París, centro entonces más que ahora, centro siempre, de propulsión y clarificación de la fama. Tenía por entonces 36 años: "nací, dice, en 1864, a bordo del bergantín Irene, en el Adriático... En Pescara teníanme por un pequeño prodigio, tan extraña era mi precocidad".

Mientras George Herelle, su admirable traductor, lanzaba sucesivamente las mejores novelas de D'Annunzio vertidas al francés en una transposición hábil de la eufonía y color y calor del estilo dannunziano, —la crónica volandera, la prensa chica, los periódicos humorísticos, alimentaban la curiosidad maliciosa del público con las singularidades personales, las aventuras, los hechos y dichos, los derroches de dinero, el desenfado, el orgullo, los caballos, los lebreles, del D'Annunzio convertido en Alcibiades moderno que no necesitó cortar la cola a su perro para seguir reteniendo la simpatía —le era igual—, de los noveleros.

Artículos, reportajes, "ecos", hazañas de alcoba, menudos comentarios de café y de salón, todo ello, en fin, formaba parte de esa embelequera notoriedad llamada "actualidad", que reclama siempre su "hombre del día". Vocinglería que la muchedumbre confunde con la gloria y que no siempre conduce a la gloria... Para llegar a ella, bastó a la buena estrella de D'Annunzio que Melchor de Vogüé, el célebre introductor de la novela rusa en Europa, publicase en la *Revue des Deux Mondes* el magnífico y extenso artículo que enunciaba lo que era y sería luego la genialidad de quien fue bautizado por él, epigráficamente, de: *le beau félin du XVI<sup>e</sup> me siècle*. La bella pantera se relamió sin duda el belfo, pero el profético artículo no se transformó en el gran libro que podía esperarse del ilustre vizconde.

Juicios, opiniones, impresiones a raíz del estreno de sus tragedias o de la aparición de sus novelas, abundaban, diversos, dispersos. Ni compiladas, cobrarían consistencia esas notas sueltas. No había, pues, sido hasta entonces, sometido a examen, en libro, el escritor que llenaba las crónicas literarias y mundanas.

Aun la temprana aparición de mi libro sobre D'Annunzio no se debió a deliberada preparación, a premeditado propósito, menos aún a apresuramiento por alcanzar prioridad en el tiempo.

Obedeció solamente a una circunstancia externa: la de una fecha apremiante. Habiendo leído a lo largo de diez años todas sus obras, y aun releído algunas y asistido a todos los estrenos de sus tragedias, en París, y recorrido demoradamen-



te las ilustres ciudades italianas escogidas por D'Annunzio para escenario o afabulación de sus dramas o novelas —Roma, Venecia, Florencia, Verona, etc.—, diríase que lo hacía yo en preparación documentaria de mi futuro libro. Mas en verdad, no fue así. Hasta 1908 en que decidí escribirlo, mis viajes y lecturas fueron placer desinteresado, sin finalidad, como no sea el placer de viajar por viajar, de leer por leer, que es la mejor manera de apreciar un libro y de gozar de un viaje. Por cierto que con ello, al tratarse, de casualidad, en cualquier alusión o conversación, de D'Annunzio, se me venían a la mente —por simple asociación de ideas, o “por caso de cerebración inconsciente”, según el verso de Darío en su soneto a Valle Inclán—, conceptos claros y obvios, como si un juicio sobre el conjunto de la obra, o sobre una escena o detalle, hubiera estado formándose en mí de por sí. Mi futuro libro había estado madurado en mi subconsciente a modo de fruto en la rama. A punto que, cuando resolví, en 1908, ponerme a escribirlo, la tarea me resultó fácil y rápida; no quedaba sino poner en orden lo acumulado sin programa ni método; no quedaba, en suma, sino redactarlo. El libro había venido haciéndose por propia evolución interior. Fue una resultante, fue una cosecha de algo no sembrado a mano, sino arrojado al voleo, como el viento esparce semillas.

La época de la aparición fue determinada únicamente, por esa fecha apremiante, la de mi regreso a la patria chica. No quería yo presentarme con las manos vacías. Poco o nada había yo en el intervalo enviado a periódicos o revistas nacionales, y nunca pensé que mis cartas a amigos fuesen literatura. Ante este trance, y puesto que mis ideas sobre D'Annunzio habían venido acumulándose en mi memoria como residuos de mis lecturas mientras yo las hacía sólo para gozarlas, y no para irles sacando el jugo en provecho de un predeterminado libro, acudí a ese acervo yacente, y púsemé a la obra, comenzando por obedecer a un escrúpulo: aunque había leído todo D'Annunzio, en orden discontinuo, a lo largo de varios años, y aunque alguien dijo que la cultura es lo que queda después de olvidado todo lo aprendido, releí de un tirón cuanto va de **Primo Vere** a **La Nave**, no sin cierto hastío, el del hartazgo, y también el proveniente del cambio de mis gustos literarios: gustaba ya de la esbelta sencillez de un Anatole France más que del rimbombo de líricos seguros de sí.

La etapa en que compuse mi libro coincidió, además, con la que me parecía marcar el comienzo de decadencia de D'Annunzio, pues de entonces en adelante solía repetirse e inflar

su estilo, su egocentrismo y su megalomanía. "La bella pantera" del *Piacere*, del *Trionfo della Morte*, ¿era ya el león desdentado, todo él rugidos en la soledad?

Sin atropellar el tiempo de escribirlo, salió a luz en vísperas de mi viaje para evitarme la vergüenza de volver a la tierruca sin llevar a los amigos un "recuerdo del viaje", al cabo de siete años, que ellos presumían de estudio y sólo fueron de iniciación general en los dominios del arte literario, de la inteligencia y de la vida. Nunca fui hombre del lema: **nulla dies sine linea**, sino escritor esporádico, circunstancial.

Hice pues como hacen —todavía!— los gañanes de nuestras patriarcales haciendas cuando vienen a saludar al amo que ha pasado ausente largo tiempo. Ninguno se presenta sin traerle bajo el poncho un "agraditu": huivitus", "cuisitu", "pullito", "gallinita" u otro humilde producto del huasipungo.

Así llevé yo a Quito bajo el brazo el pequeño tributo de mi huasipungo en tierra ajena. Lo constituyeron mis dos libros primiciales. El primero, anterior con poco a éste, pues que ambos estuvieron listos al mismo tiempo y salieron a luz el mismo año donde el mismo editor; con una sola diferencia: que el primero fue escrito al dictado de una revelación súbita y de una emoción repentina, cual fue la causada por mi impensado descubrimiento de Barbusse en *L'Enfer* y luego en *Les Suppliants*: fue éste un toque de "inspiración", como solían llamar los románticos al afloramiento del manantial interior; en tanto que el otro había largamente fermentado en mí como un vino en su cuba, que lo añeja.

Este, mi temprano D'Annunzio, no fue un libro precoz: en 1908 entraba ya en mis 25 años, punto desde el cual el hombre se adelanta de la zona tórrida de las pasiones hacia la diáfana zona templada de la medida, la selección, el albedrío. Mi Barbusse fue de la misma época. Los envié uno tras otro a mis amigos y buena parte de la corta edición se fue encerrada en mis baúles hasta Quito, donde poco a poco fueron hundiéndose en mi propio olvido, y pudriéndose en los rincones los ejemplares que no fueron obsequiados, o vendidos por las dos librerías que entonces dormitaban en Quito. (El hacer paquetes y ponerlos al correo y aun el ordenar que lo hiciesen y despachasen los criados, fue, para mí, labor más impropia que la de escribir).

Mi D'Annunzio se lo envié, sí, en vísperas de embarcarme, a D'Annunzio, con una simple dedicatoria de admirador. Y partí.

¿Le llegó su ejemplar? Nunca lo supe a lo lejos. Si le llegó, ¿habrá hojeado las 275 páginas de mi texto? ¿Y lo habrá tirado al canasto si topó con una de esas observaciones que podían saberle a rejalgar?

Se lo había remitido yo por correo a la Villa Caponcina, su umbrosa morada en la colina de Fiésole. No la conocía yo como residencia suya sino por la fama de la suntuosidad de su atuendo.

Luego supe que los acreedores del fastuoso poeta, implacables a la larga, después de mucho esperar, secuestraron la villa, y que sus muebles preciosos y obras de arte los vendieron en pública subasta. Despojáronle de su riqueza —flor de un día—, pero dejáronle impertérrito en sus hábitos de gran señor y gran artista nunca hartos de sueños y de deudas.

¿Cayó mi libro en medio de ese remolino de prestamistas impagos, cuando ya D'Annunzio había sido expulsado de su residencia?

Demasiado sabía yo, desde antes, que, si lo recibía y lo leía, habría bastado el más mínimo reparo para ensoberbercerlo. El propio D'Annunzio nos hizo saber que, "después del Dante, la Italia no había tenido sino a él".

Poco me preocupa que lo hubiera recibido o no, el ejemplar que le mandé: ese libro no fue escrito para D'Annunzio. ¿Para quién fue escrito? Ese es otro drama. Ese es mi drama, ese es el drama del escritor sudamericano en nuestros países: sus libros están destinados a un público que no está destinado a leerlos. Impresos, quedan como inéditos.

Siete años más tarde, en 1916 —en plena guerra mundial—, apareció la segunda edición, en Madrid, en la **Editorial América** de Rufino Blanco Fombona, quien me había publicado antes, sin que yo lo supiese, mi libro sobre Rodó. Para esta edición del D'Annunzio, si me avisó que la haría, y se lo consentí: (me mandó por todo pago, 25 ejemplares). Este magnífico pirata de libros hacía un gran favor a América dotándola de libros que de otro modo no habrían reaparecido. Era, además, buen amigo mío y yo lo admiraba y quería, pese a su virulencia trepidante. De esta edición, a mi vez, remití a D'Annunzio un ejemplar. En 1916, entraban en su mayor peligro Fracia y toda la Europa central, atacadas por Alemania. Sólo España estaba tranquila. Esta segunda edición de Madrid, llevaba un prólogo de guerra escrito por mí en París, y laudatorio de la intervención, arrebatada y arrabatadora, de D'Annunzio, que logró con ella que Italia se desvincule de su odiada Austria y rompiendo la Triple Alianza, se juntase a Francia e Inglaterra en la lucha por la libertad del mundo. Tampoco supe nunca si le llegó éste mi segundo envío. La

guerra agravaba la incertidumbre de los correos en los países beligerantes sometidos a censura postal. Mi libro no tenía otra referencia a la guerra que el prólogo. Lo cierto es que no recibí el más simple aviso de que hubiese llegado a su destino. Ni me sorprendió este extravío.

Mi libro no acompañado de recomendación alguna sino de una simple dedicatoria, la de un admirador ignorado —pero no ignorante—, contenía reparos de un desconocido que lo juzgaba. D'Annunzio los habría rechazado mentalmente. Pero mi libro contenía también, a cada página, encendidos elogios gratos a su orgullo, por lo justos. Mal podía D'Annunzio menospreciarlos.....

\* \*  
\*

Aquel mi libro fue una especie de examen de conciencia literaria, que me resultó exacto y duro sobre un fondo admirativo y justiciero, férvido y lúcido a la vez. He dicho ya cómo, en mis mocedades, en mis tiempos de iniciación literaria, la prosa de D'Annunzio me cautivaba. Así la formación de mi gusto fue influida por la magnificencia del estilo dannunziano, si bien nunca me dejé contaminar de dannunzianismo. Si llegué, por deliberada saturación, a hartazgo, en el conocimiento de sus cualidades y defectos, mi prolijo análisis no fue por desintoxicarme de su influjo, inexistente, sino por simple necesidad de ver claro, en él, y no en mí que me sentía libre aun en la época en que escribí, en la propia Venezia dannunziana, en la ciudad anadiomena exaltaba en su reverberante novela *Il Fuoco*, mi primer ensayo de novela corta la intitulada *La Locura de la Virgen Cuerda y la Cordura de la Virgen Loca* —dos hermanas venecianas de destino desigual e igual dolor.

Impresiona leer, en la misma Venecia, la más dannunziana de sus novelas, *Il Fuoco*, que transfigura la belleza de la ciudad lacustre arrebolándola con la opulencia de colores de sus asombrosas puestas de sol, nubes radiosas espejeadas en las aguas verdinegras, cielo volcado sobre el cieno removido por la palanca de los gondoleros. Aun así, más hondamente penetró en mi receptividad Barrés con su febril introspección, en *La muerte de Venezia*, que diagnosticaba el influjo de la laguna en las almas doloridas. **Amori et Dolori Sacrum.**

\* \*  
\*

Dos años después de terminada la guerra, en 1920, Ventura García Calderón y yo, (o más bien, Ventura solo, con mi aquiescencia vaga pero con el entusiasmo de otros tres amigos hispanoamericanos), inventamos en París una fantástica Misión Latina para ir a rendir en Fiume nuestro homenaje al condotiero D'Annunzio, que tomó posesión de Fiume para entregárselo a Italia, sin que el Gobierno de Italia se lo autorizase. Ofrendó él a su patria esta presea que iba a ser presa de los croatas, vecino cuasi bárbaro, vilipendiado por D'Annunzio con su orgullo de latino. D'Annunzio, fortificado en Fiume, desafió a las Grandes Potencias que en el Tratado de Versalles abolieron viejos Imperios y balcanizaron la Europa y desorientaron a los Balcanes. Nuestro condotiero deseaba vivamente que lo atacasen. Que él quería morir en acción de guerra, lo demostró desde su vuelo solitario sobre Viena en un avión de combate, cuando perdió un ojo, escribiendo luego, con el ojo de Cíclope que le quedaba, su penumbroso "Nocturno". Deseaba morir en guerra, sabiendo tal vez que no sabría envejecer en paz. Creó así un conflicto internacional sin salida en el cual su propia Italia lo abandonó —si bien con todos los honores debidos a su frustrada proeza. Mussolini logró en apariencia reconciliarlo con él y con Italia; y el pequeño gran Rey Vittorio Emmanuele nombró, al combatiente imbele, Príncipe del Renacimiento, el título nobiliario creado recientemente para él; y se confinó en su principesco retiro del lago de Guardia.

Nuestra fantástica Misión Latina se compuso de cinco hispanoamericanos en París: Ventura, Alberto Zérega Fombona, estudiante vitalicio en la Sorbona y Profesor en vagas dependencias del Santa Ana y otros institutos; Alberto Posse de Rivas, diplomático venezolano; Luis Varela Orbeagozo, cronista limeño; y yo. En lo más arduo de aquel conato bélico, nuestra misión partió a Fiume, con salvoconducto especial y declarada "huésped del Comando". Pasamos la frontera por entre bayonetas y llegamos sin tropiezo al caer la tarde del tercer día de viaje, habiéndonos quedado uno entero en Venecia a esperar confirmación del pase y de la hora. Al día siguiente, saludo en corporación, al Jefe, que despachaba en Palacio; y a la noche, banquete oficial, con elocuentísimo discurso habablado del condotiero que, en magníficas imágenes, recordó la gesta de Garibaldi, evocando el poncho gauchesco de ese adalid, en la Pampa del Uruguay, como un emblema que se abría al viento en dos alas de cóndor, etc. A la noche, concierto de Luisa Baccara, pianista célebre, que era la favorita de turno en la pequeña Corte principesca de la ciudad irredenta.

En el banquete me hallé colocado a la derecha del anfitrión. Hablamos de su guerra y de las consecuencias de la mal acabada guerra mundial, germen de otras guerras: en primer término, de esa guerra, pequeña en ese momento, augurio de otras grandes que asomaban ya al horizonte.

Ni una palabra, de él, ni una alusión a mi libro, menos aún de mi parte. La época y la circunstancia no eran para literaturas. Empero, bien hubiera yo podido aludir por lo menos a aquel mi prólogo de guerra (el de la segunda edición), por ser consonante con la situación bélica en que rendíamos homenaje a su valor. Mas, como nunca supe si le había llegado mi libro, ni si, en caso de haberle llegado, le hubiese o no disgustado, callé. A él le tocaba hablarme de mi libro. Si le llegó y no me hablaba de él, sus razones tendría, y yo las sabía; y si no llegó, y yo le preguntase si lo recibió, hubiera parecido que yo había venido a Fiume para hablarle de mi libro y no como un entusiasta admirador de su tentativa heroica. Con nuestro mutuo silencio, sobre un posible equívoco, o sobre un posible vacío, quedó evitada cualquier posible incongruencia. Operó el proverbio francés: en caso de duda, abstenerse.

(Amigo lector, pregúntate a tí mismo: qué habrías hecho en caso semejante. Lector enemigo, pregúntate lo mismo).

En cuanto a aquello de que D'Annunzio habría botado al canasto mi libro al tropezar con algún fuerte reparo, eso es simplemente una manera de sonreír aparentando dramatizar ese minúsculo quiproquo. En realidad, el libro fulguraba de elogios relucientes, que no habrían podido menos de parecerle exactos y adecuados, y de agradarle sin que ningún velo de modestia le enturbiase el placer de contemplarse en ese espejo halagador. No hay sino que leer el capítulo conclusiones de mi libro para apreciar la dimensión de esos elogios. Pero también es cierto que mi capítulo sobre su teatro contiene severísimas observaciones en cien páginas.

\* \* \*

A la verdad mi convicción fue, desde un principio, y sigue siendo, ésta: no llegó a manos de D'Annunzio ni el primer envío a La Caponcina, ni el segundo envío que, ignorando su paradero de combatiente en la guerra, que duró hasta noviembre del 1918, se lo remití a Milán, a cuidado de sus editores.

Y bien quise llevarle a Fiume un ejemplar en sustitución de los ejemplares extraviados. ¡Oh paradoja!, el propio autor del libro no tenía en París un solo ejemplar. Y era que, entra-

do desde años atrás al servicio activo en la carrera diplomática y traslado a menudo de una misión a otra, ya no andaba recargando mi bagaje con esa impedimenta que es cualquier biblioteca.

Nuestra misión en Fiume terminó al tercer día con un recorrido de despedida en una artillada goleta de guerra por las aguas ribereñas, en el siempre encrespado Adriático.

Conservo en recuerdo de nuestra singular "Misión", la fotografía de D'Annunzio en uniforme militar de Comandante en Jefe: —para volverla histórica, ahí están la heráldica firma de D'Annunzio, el nombre heroico de la ciudad por él bautizada **Fiume d'Italia**, y la fecha, 1920, manuscritos por la propia mano que envainó sin mancha aquella insólita espada.

Zérega contó después, en **INDICE**, de Caracas, que D'Annunzio, sin duda en respuesta a alguna pregunta suya, le contestó elogiándome —"como lo oí de labios del héroe y poeta" escribe Zérega—, recordando, "las horas inolvidables de nuestra visita y la acogida cordial para el joven autor".

\*        \*  
\*        \*

Para revisar el texto que había de servir como original de imprenta en esta edición, lo he releído —a los cincuenta años de descuido y olvido—. Y en obsequio a la verdad puedo decir que he comprendido de cerca hasta qué punto el sabio introductor a la lectura de mis obras —crítico perspicaz que ha cobrado ya ascendente insuperable en nuestras letras, Miguel Sánchez Astudillo S. J.—, pudo descubrir y descubrió en primer término, y pudo luego comprobar y comprobó en sus doctas clases, la implícita existencia del don natural que me había dictado mis primeros escritos como si hubiera yo nacido a la vida literaria escribiendo en el estilo que fue mío desde siempre. Lo había examinado hasta en mis cartas juveniles a íntimos amigos, concluyendo, en diálogo didascálico con sus discípulos, que en mis escritos primerizos había la misma soltura, diafanidad y certidumbre de expresión que en los de mi tardía senectud. Y con método didáctico más estricto, un español muy preparado y muy inteligente, Juan José Coy, al escoger, como tema de su tesis para optar el doctorado en letras y filosofía, el análisis de los elementos constitutivos de mi estilo, abundó en aquel sentido de nativa espontaneidad, certero instinto para el epíteto insustituible, rapidez, soltura, diamantina claridad y transparente fluidez, que halló al leer,

precisamente, éste mi libro, en el cual llegó a conocer a D'Annunzio como si lo hubiese estudiado él mismo.

Me place, por lo tanto, reproducirlo ahora sin quitarle ni añadirle una tilde. Por ende, esta última edición sale a luz exactamente igual a la anterior, que fue igual a la primera. Quienes lo leyeron dijeron haberlo leído con agrado por su claridad y prontitud en la expresión, y su ninguna pedantería doctrinaria, caso raro en materia de crítica literaria. Así, lo he encontrado fresco aún, a éste mi primer libro. No ha envejecido. Está lozano. De modo que, en vez de pedir a algún ilustre escritor amigo un Prólogo que, como todo prólogo, elogiase este libro y, con su autoridad de maestro lo consagrarse, he venido en decir yo mismo, sin ambages, mi concienzuda convicción.

Bien puedo decir que mi libro sobre D'Annunzio es un buen libro, no erudito a la manera alemana, sino ágil a la francesa. Soportaría la comparación, si se intentase, con los mejores que sobre el asunto hayan sido publicados de entonces a hoy. En la edición de Madrid puse de Apéndice una reseña de los cuatro libros publicados en los siete años que mediaron entre la primera y la segunda edición de mi libro.

Es un buen libro, repito. Y no es jactancia. Es evidencia ya imparcial, despojada de la común hipocresía farisaica.

A mi edad —81 años, sanos y buenos, felizmente—, y después de haber sido colmado, desde joven, y durante la celebración de mi año jubilar, con innumerables testimonios, homenajes, estudios, artículos, discursos, y aun libros, dos —y muy buenos—, consagrados a mi obra, ya no tienen objeto para mí el disfraz consuetudinario de la falsa modestia ni la franca desnudez de la inmodestia; sino el aparecer, como en el verso de Hugo, *vetu de probité candide et de lin blanc*.

La verdad, tónico viril, que con su sabor agridulce nos da límpida lucidez, es el único estímulo al último apetito que nos queda: el de querer saber a qué atenernos. El mal y el bien juegan a cambiantes visos sobre la haz de las cosas. Elogios, justos unos, exorbitantes otros; críticas verídicas o falsas, todo ello es vanidad de vanidades y todo vanidad. Merecidos o inmerecidos, a esta altura de la vida, encomios y censuras, por igual, saben a ceniza.

Felizmente llega a tiempo la edad serena, la edad contemplativa.

Edad dichosa casi, dichosa en suma, ésta, de verlo todo como ajeno, sin envidia, sin concupiscencia, sin ilusión.

---

NOTA.—En el último número de CUADERNOS, de París, de Diciembre de 1963, aparece un reportaje —hecho por el amable perio-



dista y ágil escritor, tan apreciado, Eduardo Avilés Ramírez— a Alberto Zérega Fombona, acerca de la visita de D'Annunzio en Fiume como miembro que fue de la nuestra susodicha "Misión Latina". Zérega, hace más de diez años publicó haber oído a D'Annunzio, en Fiume, elogiarme, recordando "las horas inolvidables de nuestra visita y la acogida cordial al joven autor", "como lo oí de labios del héroe y poeta".

Ahora, en respuesta a la diligente curiosidad de Avilés Ramírez; Zérega narra por extenso y con múltiples detalles esa lírica aventura. Dice ahí entre otras cosas: "¿Pasaportes visados, qué Gobierno iba a darnoslos? Llevamos salvoconductos de importancia muy superior a papelería administrativa: Zaldumbide, el ser autor de un bello y fuerte libro sobre D'Annunzio publicado 10 años antes; Ventura, su revista y yo, artículos sobre la gesta de Fiume". "En el banquete, Zaldumbide a la derecha del Condotiero, Ventura y yo encuadrábamos a Luisa Baccara. D' Annunzio habló con emoción. Nunca pensamos que aquella casi fuga de estudiantes sería para el Libertador de Fiume manifestación simbólica de solidaridad Latino Americana al poeta: allí estábamos de testigos de la gloriosa gesta, y como participantes ocasionales de su protesta y de su magnífica empresa". Zérega recuerda también que fuimos condecorados por D' Annunzio con la insignia, de su invención, denominada ESTRELLA DE FIUME.

G. Z.

G O N Z A L O      Z A L D U M B I D E

## PROLOGO DE LA SEGUNDA EDICION DEL "GABRIEL D'ANNUNZIO" DE ZALDUMBIDE

Obvio me sería corregir este libro de mocedad, o ampliarlo multiplicando en torno los puntos de vista. Los años transcurridos, la consiguiente maduración del juicio, y en particular, nuevas lecturas, emprendidas con motivo de esta edición a fin de saber a qué estado y por cuáles rumbos la crítica ha llevado la gran cuestión dannuziana, me facilitaron este trabajo.

Prefiero dejarlo tal cual salió de mi mente; y no por aquel apego inmoderado al primer ensayo que hemos reputado serio por haber concertado en él, con vehemente precisión y afán de claridad, las razones de la emoción que brotó al calor de lecturas apasionadas, sino más bien porque, en lo esencial, es decir, en lo único que importa, no he cambiado de opinión; y en cuanto a la forma, rehacerla por lo mucho que deja que desear, sería acaso contraproducente. En lo que respecta a la evolución misma del escritor, las obras posteriores a *La Nave*, última de las publicadas por él antes de terminado mi estudio, tampoco señalan definitivamente ningún gran paso. Tan sólo de aquella minúscula y rapidísima *Contemplazione della Morte* (1963), podría decirse que encierra gérmenes acaso destinados a producir algún día una transformación espiritual. La experiencia de la guerra, con tan magnífico ardor vivida por el poeta, influirá asimismo poderosamente. Lo veremos más tarde.

Mientras tanto, subsisten, a mi entender, los principios aquí indicados.

Para mí, como para muchos, la lectura de d'Annunzio fue en la adolescencia y primera juventud un filtro. Apaciguada la exaltación idolátrica de la forma, viene el gusto de la verdad y de su transparencia en la inasible levedad del estilo. Fue casi un examen de conciencia, mi examen de la obra mágica.

De él salió triunfante, es claro, la fuerza de su arte supremo. Mi indagación no halló sino cosas grandes, fuera de toda vulgar medida, aun entre los defectos. Depurada, fortificó mi predilección sus más altas razones. Y, hacer hoy, en contradicción con críticas posteriores, la apología de la obra in-

signe, la haría mayor, si cabe, que la que se desprende de este primer análisis, que quiso ser lúcido sin dejar de ser férvido.

Posteriores al mío (salido a luz en 1909), han aparecido algunos libros sobre Gabriel d'Annunzio. He leído cuatro, y su tenor, lo expondré brevemente en el Apéndice.

Estos, mejores que el mío, no le dejan otro mérito que el escaso y fortuito de haber sido el primer libro sobre d'Annunzio. Por no privarle de esta excusa, le dejo intacto: no le he quitado las más graves imperfecciones ni suplido sus deficiencias, conservándole en todo su inexperta espontaneidad de primer brote. (1)

Comienzan ya a allegarse libros consagrados al estudio de este conjunto de obras, monumento de belleza el más imperioso de cuantos lograron alzarse entre el poniente del siglo pasado y el alba de este gran siglo. Pero el juicio definitivo (si puede serlo algún juicio crítico, por lo menos en el sentido de satisfacer las mayores exigencias de la verdad), no aparece aún, ni le harán sin duda los contemporáneos. En todo caso, será el de éstos un testimonio curioso.

En Italia, durante los últimos años, la admiración por el artista ingente había ido convirtiéndose, entre los intelectuales, en desvío y repudio, mientras el público seguía camino opuesto. Hoy, la actitud del poeta heroico, anunciador y suscitador de grandes destinos para la patria, ha consolidado más su combatido imperio.

La actitud de d'Annunzio predicando la guerra santa sorprendió, sin duda, a quienes no conocían de él sino la obra del prosador suntuoso y del poeta sapiente, o su vida de hombre de placer, primero, y de solitario orgulloso, últimamente. El lector que quisiere hojear este libro, la hallará prevista en ciertas páginas de la conclusión y particularmente en las consagradas a las *Odi Navali* y *La Nave*. Verá asimismo cómo este pugnaz ardor de ahora le viene a d'Annunzio del fondo de su naturaleza, manifestada tal desde la adolescencia.

(1) No merecen llamarse correcciones la supresión o abreviación que he hecho, en uno que otro pasaje, de citas del texto demasiado prolifas, o de algunas palabras o frases innecesarias por demasiado explícitas o redundantes, ni tampoco el cambio de lugar de otras puestas en orden más lógico. Ninguno de estos pormenores, de escaso número y menor importancia, altera en lo más mínimo el significado de la redacción antigua, conservada así casi intacta.

## BREVES CONSIDERACIONES ACERCA DE LOS ORIGENES DE LA EMANCIPACION POLITICA DEL ECUADOR

— I —

Al amanecer del Siglo XIX, los principios de Libertad, Igualdad y Fraternidad proclamados por la Revolución Francesa, han agitado la conciencia de algunos americanos, que tratan de difundirlos por todos los ámbitos del Continente. En Europa, donde la personalidad del venezolano Francisco Miranda ha logrado abrir las puertas de las más suntuosas Cortes, un núcleo de hijos de las Colonias españolas del otro lado del Atlántico, ha suscrito, el 22 de Diciembre de 1797, un documento por el cual confirman sus anhelos emancipadores, con el fin de que Miranda lo haga llegar a manos del Ministro inglés Pitt, cuya intervención en favor de los destinos del Nuevo Mundo consideran indispensable. Se trata, pues, de conseguir el apoyo de la Gran Bretaña, que, cooperando en forma material contra los intereses políticos de España en América, halla una oportunidad de alcanzar la represalia a que este país se ha hecho acreedor por su intervención, en unión de Francia, por la libertad de los Estados Unidos del Norte. Y como Miranda —que con anterioridad ha hablado con Pitt—, sabe que, no sin motivo, éste teme que el ambiente colonial americano no esté aun preparado para el desarrollo de una actividad como la que se concibe, corriendo el grave peligro de que los propios naturales se lancen a dominar las fuerzas insurrectas se compromete a entregarle un documento suscrito por hijos, de los distintos sectores del Continente, declarando su absoluta igualdad de pensamiento. En consecuencia, el acta suscrita en la fecha que antes queda consignada tiene el valor de una declaración de fé, que respalda la posición de Miranda ante la Corona inglesa. Entre sus firmantes se hallan el cubano Caro, el granadino Nariño y otros, entre los que cabe mencionar el nombre del guayaquileño Jacinto Bejarano, que se ha trasladado a Francia con ánimo de tomar contacto con los propagadores de los nuevos principios. La gestión fracasa por el momento, pero sirve de iniciación

a una labor de propaganda organizada, que empieza a cristalizarse en hechos. En Londres —a donde poco después tiene que trasladarse Miranda, no sólo por estar más cerca de la Corona Británica, sino, también, porque el Gobierno de Francia lo obliga a abandonar el territorio respectivo— se constituye la primera agrupación de carácter secreto cuya finalidad es la de trabajar por la emancipación de América. Su organización se distingue por el carácter cerrado con que se desarrollan sus labores, ajenas por completo a quienes no han dado muestras suficientes de estar ideológica y moralmente compenetrados con el espíritu de las mismas. A continuación se establecen otros centros similares en las más importantes ciudades del Viejo Continente. En Cádiz, especialmente, frente al Canal de las Columnas de Hércules, se inaugura la Logia denominada "Lautaro", que bien pronto se convierte en uno de los más importantes centros de difusión de los principios emancipadores. Bernardo O'Higgins, de Chile —hijo de quien ha desempeñado las funciones de Gobernador español de este importante sector del Continente, ascendiendo, luego, a la elevada condición de Virrey del Perú— es enviado a la ciudad gaditana, por Miranda, con el fin de tomar contacto con quienes laboran por alcanzar la realización del fin propuesto. Y allí, puestos de acuerdo, adquieren el compromiso de volver a América con ánimo de poner en práctica cuanto han concebido sus mentes: O'Higgins parte para Chile, donde debe contar con la cooperación de los canónigos Frites y Cortés; Bejarano sale para Guayaquil, debiendo extender su acción hasta la ciudad de Quito; y Baquijano se dirige con destino a Lima.

\* \* \*

Entre tanto, en América y con anterioridad a las antedichas gestiones, la tea revolucionaria ha iluminado la conciencia de no pocos hijos de este Continente. En Quito, por ejemplo, un hombre de condición humilde pero de espíritu altamente comprensivo, que, por su propia voluntad, responde al nombre de Francisco Eugenio de Santa Cruz y Espejo, con el que sustituye al de origen indígena que, en verdad, le corresponde, se convierte en la antena receptora de los nuevos principios. Y halla en un joven de ilustre abolengo y elevada cultura a su más decidido colaborador y amigo: Juan Pío Montúfar, quien, por ser hijo del personaje de igual nombre que, además de haber desempeñado las funciones de Presidente de la Real Audiencia de Quito, ha merecido de la Corona Española el título de Marqués de Selva Alegre, que lega a su primogénito, atrae, con la sencillez de su trato y la afa-

bilidad de sus modales, al precursor de los nuevos anhelos americanos. Y sin poder precisar si el hijo de la plebe fue a casa del Marqués o si éste buscó a aquel en su humilde domicilio, lo cierto es que después de poco estos dos representantes de sectores sociales antitéticos establecen franca y sincera relación que, andando el tiempo, llega a los dominios de la confianza. Y es que Espejo, que, a la sazón, posee diez años más que su conftertulo, nacido en 1759, ha concebido la idea de emancipar no sólo la Real Audiencia de Quito, como con anterioridad habíase propugnado y que él considera absurdo, sino todas las Colonias americanas, bajo la forma de un Gobierno republicano democrático. En consecuencia, dada la ilimitada confianza que, desde el primer momento, le brinda el joven marqués, muy pronto expresa a éste el contenido substancial de sus proyectos. Y es así como estas dos figuras que más tarde van a immortalizar las páginas de la Historia Americana, coinciden en el deseo de propender al mejoramiento del medio social, económico y político en que habitan.

Así las cosas, Juan Pío Montúfar —que ha heredado de su padre, junto con el título de Marqués de Selva Alegre, una fortuna fabulosa, que consiste, entre otras cosas, en una casa en Quito, donde, según más tarde expresara el súbdito inglés S. W. Stevenson, “desplegaba un esplendor y un gusto exquisito”, y una hacienda en el Valle de Chillo, en la que, conforme a lo que, con posterioridad, dijera el sabio neogranadino Caldas, “poesía una bella casa de campo”— alterna sus labores entre las agitaciones de la ciudad y la apacibilidad del campo, disfrutando de la lectura que le proporciona la magnífica biblioteca que, con su peculio personal, ha formado, desafiando las condiciones naturales del medio y de la época. Espejo, por su parte, se muestra activo en aquello de comunicar sus propósitos a quienes, en razón de sus ideas, inspiranle confianza, pues, además del Marqués de Selva Alegre, conocen sus anhelos Don Juan de Dios Morales y el Capitán Juan Salinas, quienes hacen causa común con sus principios.

Mas, con el correr del tiempo, la personalidad de Espejo se vuelve sospechosa. Y, en 1787, el Corregidor de Latacunga, apellidado Mazorra, lo apresa y remite a Quito, donde es conducido a la cárcel. Desde este lugar defiéndese ardentemente, interponiendo una representación al Rey, que, desde luego, no habria de leerla nunca. Sin embargo, consigue en parte, su objeto, pues, el Presidente de la Real Audiencia, Don José de Villaluenga, creyéndose incompetente para conocer el caso, dispone su envío a Bogotá, a fin de que el Virrey Espeleta sea quien revise la causa. Emprende, pues, el indicado viaje, y, tras jornadas sucesivas, llega al lugar de su confinio.

Allí conoce a Nariño, quien va a ser, más tarde, uno de los prosélitos con que Miranda cuenta en el Viejo Continente. Espejo halla en él un personaje con quien puede continuar labores. Y si a esto se agrega que, después de poco, atraído por cuestiones personales, llega a Bogotá el propio Marqués de Selva Alegre, se comprenderá que las actividades revolucionarias entran en un franco período de maduración ideológica, surgiendo, entonces, la idea de constituir la Escuela de la Concordia, institución que fundamentalmente tiene por objeto llegar a la conciencia de las masas con el fin de despertarla. Es en 1789, esto es, un año y medio después de que Espejo comienza su vida de exilio. Y es entonces cuando escribe con destino a la ciudad de Quito el discurso en que esboza la finalidad de la institución naciente y al que Montúfar —después de leer y releer por muchas veces— remite a una imprenta con el fin de difundirlo.

\* \* \*

A continuación, Espejo vuelve a Quito, pues, el Virrey Espeleta, no encontrando cargos suficientes, levanta el confinio que se le ha impuesto, autorizándolo a volver al lugar de su residencia. Amanece el año 1790. Espejo y Montúfar, otra vez en la Capital de la Real Audiencia, reanudan sus labores. Y, después de que el primero ha tomado posesión del cargo de Bibliotecario Público, el 30 de Noviembre del año siguiente, declaran establecida la Sociedad Patriótica de Amigos del País, de acuerdo con los Estatutos expedidos por el Rey Carlos III, que ha concebido la idea de que se constituyan en las Colonias americanas entidades que, como la formada en Madrid, tienen por objeto el fomento y propulsión de todas las manifestaciones propias de los pueblos cultos. Precisa, pues, allanarse a las circunstancias. Y, por esto, aceptan la constitución de un Directorio de acuerdo con lo establecido para el objeto. Y es así como Don Luis Muñoz de Guzmán, Presidente de la Real Audiencia, acepta la Presidencia de la indicada Sociedad, en tanto que el Ilmo. José Pérez Calama, Obispo de la Diócesis, conviene en servir de Director. La nobleza no rehuye la colaboración solicitada, y, así, Juan Pío Montúfar, Marqués de Selva Alegre —que en este mismo año ha recibido una nueva distinción de la Corona de España, al ser invitado como Caballero de la Real y Distinguida Orden del Rey Carlos III— figura también en la nómina de los Vocales.

Acto continuo, comienza la labor correspondiente, cuya cristalización constituye la aparición del periódico titulado "Primicias de la Cultura de Quito", el 5 de Enero de 1792.

Mas, las actividades respectivas no pueden prolongarse mucho tiempo, pues, la personalidad de Espejo despierta nuevos temores, recayendo sobre él las más graves sospechas. Pero el indigena no decae en sus propósitos, y, sin detenerse un instante, continúa activamente escribiendo, como medio de preparar el ambiente necesario. Y no han transcurrido dos años cuando la indiscreción de su hermano Juan Pablo lo coloca en condiciones de quedar sometido a la acción de la Justicia. Y es que éste —que, a pesar de su condición de religioso, mantiene relaciones con una criolla llamada Francisca Navarrete— confiesa a su amante el plan propuesto y que consiste en el pronunciamiento conjunto de las Capitales de las Reales Audiencias, en favor de la emancipación política de las mismas y con la obligación fundamental de prestarse mutuo y solidario apoyo. Esta versión, que —con la rapidez del rayo— llega a conocimiento de la Presidencia, en los primeros días de Enero de 1795, trae como consecuencia que Francisco Eugenio de Santa Cruz y Espejo sea encerrado en un calabozo, en el que permanece hasta Diciembre del mismo año, época en que, después de graves dolencias, es sacado a casa de una hermana, en la que visitalo la Muerte. Pero la semilla de Libertad queda en el surco y ha de florecer en hechos que sorprenderían la conciencia de la Humanidad.....

\* \* \*

Poco tiempo después de que Eugenio desaparece del escenario de la Vida, Don Luis Muñoz de Guzmán cesa en las funciones de Presidente de la Real Audiencia de Quito, siendo reemplazado por el Barón de Carondelet, quien a sus títulos nobiliarios, une la condición de Mariscal de Campo de los Reales Ejércitos de España. El nuevo funcionario toma posesión de su cargo el 3 de Febrero de 1799, y, desde el primer momento, es objeto de las más afectuosas atenciones, que él se empeña en corresponder con la distinción propia de su porte. En estas circunstancias, no resulta raro el que después de poco tiempo entable relaciones con Juan Pío Montúfar, quien lo trata con la exquisita distinción que hizo decir al ya citado Stevenson que poseía "el aire distinguido de un hombre de Corte, más de lo que pudiera esperarse de una persona nacida en lo que pudiera llamarse una comarca aislada". Y es que, además de la afinidad racial, el noble quiteño, si nó ha desistido en sus propósitos de llevar a la práctica las ideas de Espejo, considera que, hasta que estas sean realizables, resulta conveniente hacer una política de acercamiento a las autoridades, como medio de conseguir de éstas las mayores venta-



jas en favor del ambiente respectivo. Y así, contando con la colaboración de tan distinguido personaje, la actuación del Barón de Carondelet se distingue por el decidido apoyo que presta a las obras públicas, entre las que cabe mencionar la conclusión de la Iglesia Catedral y la apertura del camino que debe unir la ciudad de Ibarra con el Puerto de San Lorenzo, en la Bahía del Pailón. Además, organiza la policía, con lo cual otorga garantía a los vecinos, que hasta entonces han vivido abandonados a su propia suerte. Con todo esto, el Barón de Carondelet compromete la gratitud de sus gobernados, volviendo su figura querida y respetada.

\* \* \*

Por esta misma época se inicia en Quito un intenso movimiento cultural, originado por el arribo del Barón de Humboldt, quien llega a la Capital de la Real Audiencia, el 6 de Enero de 1802, acompañado del naturalista francés Bompland. Antes de ellos, ha llegado el sabio granadino Caldas, que participa de iguales aficiones. La misión de estos científicos es la de estudiar y conocer las condiciones naturales del medio americano. Y para esto no sólo necesitan de la cooperación de las autoridades, sino también la colaboración de cuantas personas ilustradas quieran intervenir en el asunto. Por lo tanto, Juan Pío Montúfar, Marqués de Selva Alegre, no puede hacerse esperar, y, sin pérdida de tiempo, invita a los visitantes para que honren con su hospedaje la casa que tiene en Quito, de la que, poco después, parte con dirección a la hacienda que él mismo posee en Chillón. Y, de esta manera, se establece una cordial relación que el Marqués aprecia en sumo grado, disponiendo que su primogénito, Carlos —hijo del matrimonio contraído en 1779 con su prima doña Teresa de Larrea y Villavicencio— acompañe en todo momento a los distinguidos visitantes. Al propio tiempo, se esfuerza por hacer cada vez más grata la permanencia de éstos, de acuerdo con las condiciones propias del ambiente.

La permanencia del Barón de Humboldt en la ciudad de Quito se prolonga hasta el 9 de Junio del año de su arribo. Este día sale con destino a Riobamba, de donde sigue con dirección a Cuenca, permaneciendo en esta ciudad hasta el 23 de Octubre, fecha en que emprende viaje con rumbo a Lima. Durante su permanencia en la Capital de la Real Audiencia, hace dos ascensiones al Pichincha, el 26 y el 28 de Mayo, la primera solo y la segunda en compañía de Bompland y Carlos Montúfar. Después, sube al Illiniza, al Antizana, al Cotopaxi, y, por último, al Chimborazo, en el que alcanza una al-

tura de 5.878 metros. Sus observaciones son cuidadosamente anotadas por él y sus acompañantes para entrar luego a formar parte de su "Miscelánea de Geología y Física General".

Al abandonar Quito el indicado sabio es gratamente sorprendido por la resolución del Marqués de Selva Alegre, en virtud de la cual su hijo Carlos debe seguir acompañándolo a través de la jira que debe realizar por el Continente Americano antes de volver a Europa. A la sazón, Carlos Montúfar ha terminado sus estudios correspondientes al Colegio de San Luis, razón por la cual el viaje en unión de tan eminentes hombres de Ciencia tiene para él la significación de una ampliación de conocimientos. Así lo hace. Y, después de permanecer hasta el 23 de Diciembre en Lima, el adolescente quiteño sale en unión de Humboldt con dirección a Guayaquil, donde arriba el 5 de Enero de 1803, para volver a partir con destino a Acapulco, de donde continúa a Méjico. De aquí sigue a Europa, donde arriba a mediados del año en referencia, época en que el Barón da por terminado el viaje.



La vida de la Real Audiencia se sigue desenvolviendo sin contratiempo alguno hasta el 10 de Agosto de 1806, fecha en que la muerte sorprende a su Presidente, en medio de la consternación de todo el vecindario. Como es de suponer, el acontecimiento constituye un motivo social y político: El Clero le tributa las honras fúnebres más suntuosas de cuantas se han registrado hasta entonces, en reconocimiento al esfuerzo realizado en favor de la Iglesia Catedral, en cuya bóveda se sépulta el cadáver.

Pero he aquí que, a continuación de las exequias, surge un problema de indole administrativo, provocado por el Coronel Nicolás Polo, quien, hallándose en la ciudad de Quito, de paso para el Perú, a donde va a desempeñar las funciones de Intendente de Puno, considera que, hasta que se designe el titular, debe él asumir la Presidencia de la Real Audiencia, por ser el militar más antiguo y de más graduación entre los presentes. Pero este criterio no coincide con el de los Oidores y demás funcionarios de la jurisdicción correspondiente, lo que trae como consecuencia la inmediata fricción de las partes. Enablada la lucha, la cuestión sube de punto, hasta que, contra todo derecho, queda resuelta a favor del militar antes citado, hasta el arribo del Conde Ruiz de Castilla, a quien la Corona de España tiene a bien designar en reemplazo del fun-

cionario fallecido. El nuevo Presidente llega a Quito a principios de 1808, en compañía del súbdito inglés V. B. Stevenson, con el carácter de Secretario Particular.

Por esta época el germen revolucionario ha ganado mucho terreno en la conciencia de las masas, pues, para ello ha contribuido la difícil situación en que se encuentra colocada España, invadida, en gran parte, por las huestes napoleónicas. En aquellos días han establecido su residencia en Quito dos elementos que, por la claridad y elevación de sus luces, logran conquistar una situación prevaleciente. Estos son los doctores Manuel Rodríguez de Quiroga y Juan de Dios Morales. El primero, natural de Arequipa, se ha casado y domiciliado en esta ciudad, donde con notable éxito ejerce la profesión de Abogado, a pesar de los continuos incidentes que, como consecuencia de su intemperancia de carácter, tiene que confrontar continuamente. El segundo, cuyo nombre se ha citado con anterioridad, ha nacido en la ciudad de Mariquita, correspondiente al Virreinato de Santa Fé, ha llegado, según se ha dicho, a desempeñar las funciones de Secretario de la Real Audiencia, cargo del que tuvo que separarse por razones antes indicadas. Uno y otro esperan con ansias el arribo del nuevo Presidente, pues, si el primero piensa interponer ciertos reclamos en relación con algunas injusticias que, en su concepto, han sido cometidas, en relación con su persona, el segundo cree tener derecho a ser repuesto en el ejercicio de su antiguo cargo. Mas, al arribo del Conde Ruiz de Castilla, ambos ven burladas sus ambiciones, pues, mientras el primero no consigue ser oído por el funcionario, el segundo tampoco ve satisfechos sus deseos, pues, el nuevo Presidente trae, desde Lima, como Secretario de la Real Audiencia, a un joven abogado que responde al nombre de Tomás Arechaga. (1).

\* \* \*

Con estos antecedentes, Quiroga y Morales, que, con anterioridad, han venido sosteniendo la necesidad de realizar un movimiento emancipador del medio americano, se entregan de lleno a cristalizar la acción. Y el 25 de Diciembre de 1808 se realiza en la valiosa propiedad que el Marqués de Selva Alegre posee en Chillón, la primera reunión, a la que concurren desde Quito los más exaltados propagadores de las nuevas ideas. Iniciadas las conversaciones, las juntas se repiten, con-

---

(1) Nació el prócer en Chuquisaca. H. M.

tando con la colaboración de destacados elementos del Clero y el Ejército, que, ante los caracteres del momento, no pueden menos que acatar la causa que los convoca. Por desgracia, un hecho viene a entorpecer la acción. Y es que, habiendo contado el Capitán Juan Salinas a dos religiosos de la ciudad de Quito lo que, a la sazón, se preparaba, estos creen de su deber comunicar el hecho a las autoridades. Y es así como en los primeros días del mes de Febrero de 1809, por orden del Presidente Ruiz de Castilla, son encerrados en el Convento de la Merced los doctores Quiroga y Morales, el Capitán Salinas, el Presbítero Riofrío y el Cura de Sangolquí.

Se levanta el proceso correspondiente, interviniendo en él, por disposición del Presidente Ruiz de Castilla, el Oidor Fuertes Amar y Don Pedro Muñoz, a quien se designa para Secretario. Las declaraciones son receptadas una a una, guardando la reserva consiguiente a fin de que la población no se dé cuenta de estas detenciones. Pero un acto de arrojo viene a salvar la causa, una tarde, cuando el mencionado Muñoz se dirige a Palacio con el fin de informar al Presidente acerca del desarrollo de las labores inherentes a su cargo, es atacado en forma intempestiva por un desconocido que le arrebató los papeles, emprendiendo, a continuación, la fuga. Corren, por entonces, los primeros días del mes de Abril, y, ante la situación creada, se cree más conveniente dar por concluido este asunto, con lo cual los mencionados presos recobran en el acto su libertad.

Pasado el primer momento, los conjurados vuelven a sus labores, llegando al mes de Agosto con espíritu de decisión y fortaleza. Y, en la noche del 9 de dicho mes, constituidos en la casa de la señora Manuela Cañizares, a media cuadra del Palacio de la Real Audiencia, resuelven proclamar el nuevo orden de cosas, designando los dignatarios de una Junta Soberana que debe asumir la dirección del movimiento: Don Juan Pío Montúfar, Marqués de Selva Alegre, es electo Presidente; y el Ilustrísimo José Cuero y Caicedo, Obispo de la Diócesis, es designado para Vicepresidente. Además, se crean los cargos de Secretarios de Estado en las Carteras de lo Interior, Gracia y Justicia y Hacienda, para cuyo desempeño se designa a los señores Quiroga y Morales y Don Juan Larrea, en el orden que se indica. Don Vicente Alvarez es nombrado Secretario General; Don Javier Ascásubi, Gobernador; Don Juan Pablo Arenas, Auditor; y el Capitán Juan Salinas, ascendido a Coronel, Comandante Militar de la Plaza.

Así las cosas, el Coronel Salinas, investido de sus nuevas funciones, se dirige al Cuartel de Infantería, en tanto que el Sr. Antonio Ante, comisionado para el efecto, comunica al Conde Ruiz de Castilla que ha cesado en sus funciones. Y así, sin

un disparo, se realiza una de las transformaciones políticas más importantes que registra la Historia Americana.

Horas después, entra en Quito el Marqués de Selva Alegre, a quien el desarrollo de los acontecimientos ha encontrado en el Valle de Chillo. Y después de conocer, con toda detención, el resultado de los hechos, asume el ejercicio de sus funciones, que, en esos momentos, constituyen la más elevada investidura, pues, de acuerdo con el Acta constitutiva de la misma, "la Junta, como representativa del Monarca, tiene el tratamiento de Magestad; su Presidente, de Alteza Serenísima; y sus Vocales, de Excelencia". Y es que, aunque el movimiento tiene un carácter francamente revolucionario, puesto que su finalidad es la de desconocer toda sumisión a la Corona de España, se ha convenido en darle una apariencia de adhesión a ésta, de acuerdo con las normas que, a la sazón, se han establecido en la Metrópoli, donde —en razón de las circunstancias derivadas de la ocupación napoleónica— se ha convenido en constituir diversas Juntas que tienen por objeto rechazar, dentro de sus respectivas jurisdicciones, al invasor que amenaza con la ocupación de toda la extensión territorial hispana. De allí que en el Acta de pronunciamiento se señale entre las obligaciones de la Junta Soberana, la de sostener "la pureza de la Religión, los derechos del Rey y los de la Patria....."

No obstante lo anterior, para la constitución de dicho organismo se observa, aunque en la forma, un carácter democrático, pues, sus componentes, si bien elegidos por su grupo reducido de vecinos, actúan como representantes de los diversos barrios o sectores de la ciudad, perteneciendo, en su mayor parte, a la nobleza.

A continuación se convoca a sesión de Cabildo Abierto, la que se celebra el 16 de Agosto, en la Sala Capitular del Convento de San Agustín. En este acto, Don Juan Pío Montúfar, Marqués de Selva Alegre, lee su magnífico discurso, a través del cual ratifica los anhelos de la Junta Soberana, relativos "a la conservación de la verdadera Religión, la defensa de nuestro legítimo Monarca y la propiedad de la Patria".

\* \* \*

Por desgracia, no todo es orden en el seno de la Junta, pues, habiendo en ella elementos de temperamento disímiles, resulta difícil armonizar criterios. Cada cual quiere que se haga en primer término lo que su razón aconseja. Y mientras Quiroga —que, según Stevenson, posee un carácter ambicioso, incapaz de aceptar una censura— cree indispensable que se dicten medidas defensivas, en relación con las Provincias que

no han secundado el movimiento emancipador de Quito; Morales —que, según el mismo autor, además de poseer un temperamento igualmente fuerte, ha adquirido grandes conocimientos en los negocios del Gobierno, como consecuencia del largo tiempo que desempeñó la Secretaría de la Real Audiencia— insiste en la necesidad de realizar una reforma en la regulación de los Tribunales. En estas circunstancias, se hace indispensable que la mano firme del Presidente imprima un rumbo definido a la Junta, por encima de las discusiones bizantinas que a diario se producen. Por desgracia, el Marqués de Selva Alegre, si, personalmente, sigue demostrando una elevación moral y política que lo coloca por encima de los intereses bastardos que empiezan a deslumbrarse, como hombre público resulta carente de la personalidad necesaria para afrontar los caracteres de una hora como la que, a la sazón, registrase. Además, según señala Stevenson, “le agrada la ostentación y se asusta hasta de su propia sombra.....”

Así las cosas, urge la necesidad no sólo de enviar comisionados a las demás Provincias, con ánimo de conocer su situación en relación con la situación creada, sino también organizar las fuerzas necesarias con el fin de repeler la agresión que, en todo caso, puede producirse. Para conseguir lo primero, la Junta designa a Don Manuel Zambrano, a fin de que se dirija a Pasto, que es el centro militar y político más cercano al lugar de los acontecimientos. Para obtener lo segundo, la Junta dispone destacar los primeros contingentes, con orden de permanecer en Guayllabamba y Guaranda, en espera de posibles incursiones de las tropas realistas que se hallan en Pasto y Guayaquil.

Pero, fundamentalmente, hay un problema difícil de resolver entre los numerosos miembros de la Junta, pues, si, en verdad, todos propugnan un sentido de libertad, no todos coinciden en la forma de Gobierno que debe darse a la antigua Presidencia de Quito, una vez rotos los vínculos políticos que la han ligado a la Metrópoli. Y, mientras un núcleo poderoso —dentro del cual se cuenta el propio Presidente— sostiene la idea de una Monarquía Constitucional, otro, no menos influente, y dentro del cual están Juan de Dios Morales, Antonio Ante, Javier y Roberto Ascásubi, propugna valientemente la República. Así las cosas, el desconcierto aumenta por momentos, intensificándose cuando, con el correr de pocos días, se movilizan tropas para someter a los revolucionarios de Quito. Las masas populares no logran compenetrarse con el espíritu del movimiento, que apenas si es que consigue conmover a parte de la aristocracia, lo que se pone de manifiesto con las numerosas deserciones que se registran en las tropas que, a órdenes de Francisco Javier Ascásubi, han salido con dirección

al norte, dispuestas a contener a las que sido movilizadas desde Pasto. Por último, la falta de un caudillo militar, capaz de imponer su personalidad a las milicias recién organizadas, hace que éstas, constituidas por reclutas, no sientan la menor confianza. En estas condiciones, Don Juan Pío Montúfar, Marqués de Selva Alegre, desilusionado de lo que, por tantos años, ha constituido el ideal más noble de su vida, entrega la Presidencia de la Junta, con fecha 8 de Octubre, al Conde de Selva Florida, quien, en vista del rechazo que se empieza a dejar sentir en la misma ciudad de Quito, opta por devolver el mando al Conde Ruiz de Castilla, que lo reasume el 9 de Noviembre, dando por concluido el movimiento.

\* \* \*

Restituido en su anterior dignidad y respaldado por las fuerzas limeñas del Coronel Arredondo y 200 soldados más que llegan de Bogotá con el fin de reforzar la Plaza, el Conde Ruiz de Castilla —que hasta este momento ha mantenido el compromiso de no hostilizar a los gestores del movimiento debelado— inducido por Arechaga, ordena a Arredondo que, sin pérdida de tiempo, proceda a capturar a los mismos. Y el 4 de Diciembre de 1809, ante el asombro de toda la ciudad, 50 vecinos, correspondientes en su mayor parte a las más distinguidas familias, son arrancados de sus casas y encerrados en celdas preparadas para el efecto. En el acto, muchos de los que no han sido capturados —entre los que se encuentra el Marqués de Selva Alegre— empiezan a refugiarse en los lugares más seguros. A continuación, se inicia el proceso correspondiente, el mismo que, después de poco, alcanza caracteres considerables, pues, según es fama, al término de pocos meses, llena 6 resmas de papel. Al fin, llega a su término. Y cuando, para la ejecución de 46 condenados a muerte y el destierro perpétuo de los demás, sólo falta la firma del Presidente de la Real Audiencia, éste prefiere enviar el voluminoso proceso a consideración del Virrey de Santa Fé, para su conveniente revisión. Así se hace. Y, después de poco, sale de Quito con dirección a Bogotá, el Dr. San Miguel, que, convenientemente escoltado, asume la responsabilidad de conducir el peligrosísimo bagaje.

Pero el pueblo de Quito comienza a reaccionar. Y el 2 de Agosto de 1810 un núcleo de hijos del lugar ataca el Cuartel correspondiente a las tropas venidas de Lima. Y, después de asesinar al centinela, intenta libertar a los presos, sin conseguir su objeto, pues, pasado el primer momento, las fuerzas se dan cuenta del escaso número de los asaltantes y cargan contra

éstos, sometiéndolos a la impotencia y asesinándolos junto con los presos. Así, Quiroga, Morales, Larrea, Salinas, Ascásubi, Arenas, Riofrio y cien más rubrican con su sangre generosa la firmeza de sus propias convicciones.....

Mas no concluye aquí el atentado, pues, las huestes limeñas, libres ya de la acción de sus contrarios, arremeten contra las masas populares, que, enfervorizadas, repelen, con valor, la acometida, hasta que, después de tres horas de lucha, aparece la figura del Ilustrísimo José Cuero y Caicedo, Obispo de la Diócesis, que, revestido de los hábitos sacramentales, se interpone entre las fuerzas encontradas. Cuando esto sucede, entre los caídos hay más de 300 víctimas, pertenecientes a diversas clases, edades y sexos.

Al día siguiente la ciudad se halla anonadada ante el recuerdo de los hechos registrados. Y el 4 de Agosto, las propias autoridades españolas se ven en el caso de convocar una junta de vecinos, cuya finalidad es la de conciliar criterios contrapuestos, en relación con los últimos sucesos. La junta se realiza, y, durante el transcurso de la misma, se alza la voz, serena pero enérgica, del Ilustrísimo Cuero y Caicedo, que, con la entereza propia de su espíritu, increpa la conducta del Fiscal Arechaga, a quien considera como el principal responsable de los hechos realizados. A continuación, el Presbítero Rodríguez Soto confirma sus palabras, y, como éste, muchos otros lanzan conceptos de admonición contra el régimen, que, ante estas circunstancias, no tiene más que ceder, comprometiéndose sus principales componentes a olvidar cuanto ha sucedido desde el 10 de Agosto de 1809, a hacer salir de Quito las fuerzas del Coronel Arredondo, a aceptar el arribo del Comisionado Regio que viene desde España y a constituir una Junta de Gobierno con participación de este funcionario y del Obispo de la Diócesis.. Y así termina este primer momento de la lucha emancipadora en la ciudad de Quito.....

\* \* \*

Entre tanto, los sucesos, registrados en Quito el 10 de Agosto de 1809 y la repercusión que estos tienen en los Virreñatos de Santa Fé y Lima, preocupan profundamente a la Corona de España, que acuerda enviar a los medios respectivos tres Comisionados Regios, con el fin de que estudien la realidad política del momento y arbitren las medidas necesarias para calmar el descontento que ha empezado a manifestarse.



En lo relativo a la Real Audiencia de Quito, la designación recae en un hijo del lugar, que ha arribado a la Metrópoli en 1803. Y es Carlos Montúfar, hijo del Marqués de Selva Alegre, quien debe cumplir el honroso cometido de conciliar el espíritu de su ciudad, en nombre y representación de la Corona. Y es que si, por una parte, es hijo primogénito de quien ha ejercido la representación de la Junta Soberana de Gobierno en los momentos de mayor intensidad política, por otra está íntimamente vinculado con los intereses de la Península, donde, después de cursar las Academias Militares, se enrola en los ejércitos del Rey, en cuyo servicio alcanza el grado de Teniente Coronel, distinguiéndose heroicamente en la Batalla de Bailén, librada contra los franceses. Así las cosas, Carlos Montúfar sale con dirección a Quito, ciudad que lo atrae con el recuerdo de la infancia. Mas, mientras dura la travesía, se registran los sucesos que antes quedan consignados, de modo que cuando el Comisionado Regio llega a Bogotá, está en vísperas de producirse la espantosa masacre del 2 de Agosto de 1810, la misma que lo sorprende en la ciudad de Popayán. En el acto acelera la marcha y entra en Quito el 9 de Septiembre, en medio de la ansiedad de quienes ven en él al mantenedor de la paz y la tranquilidad públicas.

Y, en efecto, tan pronto como Carlos Montúfar se da cuenta de los caracteres del momento, resuelve llevar a la práctica cuanto se ha acordado en la célebre Junta realizada dos días después del atentado. Y, para esto, constituye la Junta Superior de Gobierno, cuya Presidencia concede al propio Conde Ruiz de Castilla, quien debe contar con la colaboración del Marqués de Selva Alegre, que hace de Vice-Presidente, y con la de los demás sobrevivientes de los hechos registrados.

A partir de este momento, se reanima en Quito el espíritu revolucionario, pues, la actitud del Comisionado es ampliamente favorable a la causa política de su medio. Y así, la Junta Superior de Gobierno, con fecha 22 de Septiembre, comunica oficialmente su instalación a todos los Cabildos de la Audiencia, sin que, por desgracia, encuentre la adhesión que era de esperarse. Por el contrario, empieza a recibir respuestas nugatorias. Y tanto en Cuenca como en Guayaquil, las fuerzas realistas se aprestan a debelar el movimiento. El Virrey Abascal, por su parte, desconoce, desde Lima, la personalidad del Comisionado Regio, y, no obstante la elevada condición de éste, designa para el desempeño de las funciones de Presidente de la Real Audiencia de Quito al señor Joaquín Molina, quien sale con dirección a Guayaquil. Así las cosas, las tropas revolucionarias se ven precisadas a abrir operaciones, y, mientras por el Norte, Don Pedro Montúfar y Larrea, herma-

no del Marqués de Selva Alegre, entra triunfalmente en Pasto, el propio Comisionado Regio desbarata en Alausí a las huestes del Coronel Arredondo, que otra vez trataba de arremeter contra la ciudad que había sido teatro de sus hazañas.

En Quito, mientras tanto, la situación empieza a complicarse, pues, si los triunfos obtenidos por los Montúfar robustecen al personalidad de éstos, en cambio la difusión de las ideas republicanas hace que se creen fuertes resistencias contra éstos, pues, a través del criterio mantenido por el Marqués de Selva Alegre en la primera etapa de la lucha, se sabe que sólo aspiran a consolidar una monarquía constitucional, a usanza de la establecida en Inglaterra. Y es que, no obstante el carácter revolucionario del movimiento, la dirección del mismo se halla en manos de la nobleza, lo que, andando el tiempo, trae como consecuencia el que aparezcan rivalidades entre los dos núcleos que tienen más fuerza dentro del momento político en que actúan. El primero, encabezado por Don Juan Pío Montúfar, Marqués de Selva Alegre; y el segundo, dirigido por Don Jacinto Sánchez Carrión, Marqués de Villa Orellana.

En estas condiciones, se realiza una sesión de Cabildo Abierto, el 4 de Julio de 1811. Y esta reunión, convocada con el fin de conocer los diversos pareceres, dá lugar para que una vez más se ponga de manifiesto la falta de unidad en las ideas, pues, aun cuando todos están de acuerdo en la necesidad de mantener la emancipación, no sucede lo mismo en lo relativo a la organización que debe darse al nuevo Estado político. Y es digno de mención el hecho de que, al producirse los debates, son los oradores religiosos quienes demuestran mayor amplitud en los anhelos. Así, mientras por una parte, el Presbítero Rodríguez Soto, natural de Quito, dice que es preciso que Carlos Montúfar renuncie la condición de Comisionado Regio para titularse, valientemente, Comandante de las huestes revolucionarias, el Presbítero Vizcaíno, de Riobamba, expresa, con toda decisión, que si viera al Rey de España, "le asestaría un tiro de pistola".

Sin embargo, no se determina nada en concreto, pues, las dos fuerzas logran equilibrarse, sin que ninguna de ellas tenga la entereza necesaria para asumir por entero la dirección del movimiento. Y el 11 de Octubre se produce en Quito un amotinamiento realizado por el pueblo que, cansado de soportar la situación antes indicada, exige que la Junta Superior de Gobierno se resuelva a afrontar las circunstancias, separando al Conde Ruiz de Castilla, cuya presencia significa la intervención de la Corona de España dentro del orden político recién establecido. La Junta accede a lo dicho, y, atenta

a las insinuaciones de las masas, designa como su Presidente no a Don Juan Pío Montúfar, Marqués de Selva Alegre —quien, como Vicepresidente de la misma y padre del Comandante de las fuerzas, ha tenido, hasta este momento, la orientación de las labores— sino al Ilustrísimo José Cuero y Caicedo, Obispo de la Diócesis.

\* \*  
\*

A la sazón, ha empezado a nublarse la estrella que, en un principio, iluminó a los Montúfar, pues, la derrota moral que, experimenta Don Juan Pío es consecuencia de la reacción, producida contra su hijo Carlos, quien, después de alcanzar algunos triunfos en el Centro, fracasa escandalosamente en su intento de acercarse a Cuenca, donde se encuentra la fracción más importante del ejército realista, bajo las órdenes de Don Joaquín Molina, nombrado Presidente de la Real Audiencia de Quito. Y es que tan pronto como se inicia la marcha respectiva, las huestes revolucionarias tienen que confrontar las inclemencias del clima, que impiden el más rápido desarrollo de la misma, pues, la acción de las lluvias vuelve intransitables los caminos. En estas condiciones, Carlos Montúfar, contra su voluntad, se vé obligado a ordenar la retirada, en medio del desconcierto de sus tropas, ansiosas de llegar cuanto antes, al punto de partida. Así las cosas, la acción revolucionaria, que en su aspecto político no logra unificar criterios, sufre, igualmente, en su aspecto militar, el más espantoso quebranto, pues, a la incontenible desertión de las huestes, sigue el desprestigio de quien, hasta ese momento, las comanda. Y esto, que, después de pocos días, llega a ser conocido en Quito —donde empiezan a arribar quienes han abandonado las filas— sirve para que el sector político que se agrupa en torno de la personalidad del Marqués de Villa Orellana intensifique la campaña iniciada contra el otro sector, que encabeza el Marqués de Selva Alegre. Como resultado, Carlos Montúfar es relevado en el ejercicio de las funciones militares, las mismas que quedan a cargo del Coronel Francisco Calderón, natural de Cuba, quien, con anterioridad, ha manifestado su adhesión al núcleo contrario al de su antecesor.

\* \*  
\*

En estas condiciones, el 4 de Diciembre de 1811, se reúne el Primer Congreso de los Pueblos Libres de Quito, eligiendo como Presidente al Ilustrísimo José Cuero y Caicedo, que, con

tanta decisión, ha sabido afrontar los caracteres más trascendentales del momento. Y, siendo indispensable adoptar una actitud de acuerdo con las circunstancias, siete días más tarde, o sea, el 11 del mismo mes y año, la Corporación en referencia proclama solemnemente la emancipación política de la antigua Real Audiencia de Quito, con lo cual quedan rotos los vínculos que, con anterioridad, ha tenido con la Corona de España. (A la sazón, ha muerto en Quito el Conde Ruiz de Castilla, como consecuencia de los ultrajes de que fue víctima en un amotinamiento producido pocas semanas antes.)

A continuación, se somete a consideración de los representantes los términos de la Corte Fundamental que ha de regir en el territorio del Estado recién constituido, la misma que es expedida con fecha 15 de Febrero de 1812.

Por desgracia, el indicado documento, producto de opiniones encontradas, resulta políticamente plagado de contradicciones, pues, mientras por una parte reconoce en calidad de Soberano a S. M. Fernando VII, siempre que estuviere libre del influjo francés, o de cualquier otro influjo europeo, por otra se proclama, por primera vez, los derechos del hombre, conforme a los postulados sustentados en 1789 por la Revolución Francesa.

Naturalmente, lo primeramente dicho produce la protesta del sector democrático que ve en esta resolución una prolongación de la antigua monarquía aunque ésta quede en manos de uno de los nobles de Quito. Y, como los que mantienen la necesidad de continuar con la tradición realista son los que, en una u otra forma, rodean a Don Juan Pío Montúfar, Marqués de Selva Alegre, la reacción contra éste se vuelve incontenible, al extremo de que quienes constituyen la opinión contraria abandonan la ciudad con ánimo de sitiaria, exigiendo, en esta forma, el cambio de Gobierno, pues, según ellos, éste se ha parcializado en favor del personaje en referencia. Por felicidad, la sagacidad demostrada una vez más por el Obispo de la Diócesis logra contener los hechos, más no así la animadversión contra la familia Montúfar, la misma que, por esta causa se ve obligada a salir de Quito.

Entre tanto, las actividades militares entran en un período de intensidad que amenaza la estabilidad política del Estado recién constituido, pues, el General Toribio Montes —a quien el Virrey de Lima ha designado como Presidente de la Real Audiencia de Quito en reemplazo de Don Joaquín Molina, destituido por ineptitud— se apresta a llegar a Guayaquil, donde debe asumir el Comando de las fuerzas, con ánimo de abrir operaciones sobre Quito. El hecho conmueve el ambiente, pues, la personalidad militar del indicado General

Montes viene prestigiada por los antecedentes registrados dentro de su carrera. Y esto sí, por una parte, siembra el desconcierto entre quienes han propugnado los principios republicanos, sirve por otra parte para que, aunque tarde, se empiecen a unificar las filas. Y así de todas partes surgen patriotas que, ante la situación creada, se hallan dispuestos a ofrendar sus vidas, en defensa de la causa de la libertad americana. En estas condiciones, no puede faltar la figura de quien ya constituye el símbolo del ideario propugnado, o sea, el Ilustrísimo José Cuero y Caicedo, quien, impresionado por las circunstancias, sabe dar una vez más ejemplos de entereza, seguro de que, "atendiendo al servicio de la Patria, se cumple con el derecho natural y divino..." Y así, mientras atraídos de todas partes vienen ejércitos a los que es preciso disciplinar antes de lanzarlos a la lucha, la producción agrícola y la elaboración industrial se esfuerzan por satisfacer las necesidades que habrán de sentirse. La fábrica de pólvora que, por aquella época, funciona en Latacunga, rinde una producción mayor de la que hasta entonces ha registrado.....

Y ya para el mes de Junio de 1812, el General Montes, que ha recibido refuerzos de Panamá y Lima, se encuentra en condiciones de abrir operaciones con el fin de apaciguar el estado de insurrección en que se halla la ciudad de Quito y todos sus contornos. El momento es, pues, decisivo para la causa de la libertad americana, y, por comprenderlo así, la Junta de Gobierno resuelve agotar sus últimos esfuerzos, para lo cual dicta medidas conducentes a la militarización de la población civil comprendida entre los 16 y 50 años, financiando un empréstito de 80 mil pesos con uno de los más acaudalados vecinos del lugar, que responde al nombre de José Guillermo Valdivieso.

Desgraciadamente, todo esto resulta tarde, pues no es posible improvisar aquello que debió prepararse en muchos días. Y, pese a las acciones libradas por Calderón y Ante, en Verde Loma y San Miguel, respectivamente, con fecha 24 de Junio y 25 de Julio en el orden que se indica, el General Montes llega a Mocha el 2 de Septiembre, día en que, tras heroica resistencia, las huestes patriotas quedan prácticamente destruidas.

A partir de este momento, sólo, es dable pensar en el éxodo que debe emprender la población de Quito ante la proximidad de las fuerzas enemigas. Y, para esto, Carlos Montúfar, deponiendo rencores personales, asume el Comando de las fuerzas y establece una línea de combate que, partiendo del punto denominado El Censo, va a terminar en el Cementerio de San Diego, con el único fin de proteger la retirada. Y,

en efecto, al mismo tiempo que el General Montes —aunque hostilizado por partidas volantes que, bajo las órdenes de Don Manuel Matheu, desaparecen después de sorprenderlo— se aproxima a la ciudad de Quito, el Ilustrísimo José Cuero y Calcedo, Obispo de la Diócesis, se retira con los nó combatientes con dirección a la ciudad de Ibarra, donde el Coronel Francisco Calderón, con un ejército de milicianos, ha preparado un nuevo sector de resistencia. Así las cosas, el General Montes entra en Quito el 8 de Noviembre, disponiendo que su subordinado Sámano, siga con dirección al Norte, con ánimo de concluir con el resto de las fuerzas en desbande.

Pero la retirada de Carlos Montúfar, aunque impuesta por las circunstancias, no constituye una derrota, como, al principio, lo consideraron sus contrarios, sino que es un repliegue realizado con todo orden en dirección al Norte, donde debe encontrar el refuerzo que Calderón prepara para el efecto. Unidas, pues, ambas fuerzas —bajo una bandera de tafetán encarnado, con aspa blanca, según documento suscrita en la misma ciudad de Ibarra, el 2 de Diciembre del año en referencia— se aprestan para la acción definitiva, la que se libra con resultados fatales para los defensores: Calderón es apresado y fusilado luego, en tanto que Montúfar con los otros dirigentes se ve precisado a pasar la frontera, rehuyendo en esta forma la acción de sus contrarios. (2).

## DOS CUENTOS

### TRAGEDIA DE UN DOUGLAS

Habíamos arribado a caballo hasta Santa Martha. Llegamos casi exánimes, en el momento en que el sol se hundía en la selva.

Santa Martha, una posada en la zona montañosa, al pie de la cordillera de Chugchilán, se componía de dos cobertizos de paja y de paredes estructuradas con tallos de suro. En su patio existía un trapiche primitivo.

—¿Se quedaron a dormir allí?

—Sí. Cada cual tendió en el suelo una manta y se cobijó con otra.

—¿Sintieron frío?

—No. Era tierra caliente. Además teníamos los cuerpos molidos, cual si nos hubiesen apaleado, por causa de la larga travesía por la montaña que la hicimos a caballo, por senderos lodosos, por tremedales y muchas veces por grandes túneles formados por los guayacanes.

—¿Hasta dónde siguieron a caballo?

—Hasta Santa Martha. Luego continuamos a pies. Recorrimos un puente de medio kilómetro, hecho de troncos de guayacanes; debajo había una tierra pantanosa en que abundaban las culebras y millares de bichos.

—Horrible

—Horrible.

—Prosiga.

—Nos tocó escalar una estribación de Chugchilán por una vereda casi vertical. A cada lado había troncos y redes de trepadoras. Después de cada corta caminata me sentaba a descansar, mientras los demás proseguían en fila india. Yo sudaba a chorros. Me dolían las articulaciones. Me pesaba terriblemente la cantimplora. Me ardía la cabeza.

—¿No había hecho antes alguna excursión por montañas?

—Nunca. Muchos me compadecían y otros se burlaban de mí.

—¿Y por qué no regresaba?

—Era indispensable, inevitable, que llegase hasta el sitio donde había caído el avión, para mandar un reportaje al principal periódico del país. Sabíamos que el aparato se había estrellado contra una roca, en la cumbre del contrafuerte, de modo que había que alcanzar ese sitio.

Hicieron un alto en la conversación y tomaron tragos de Whisky.

El teniente de fragata dijo:

—Las aventuras me despiertan el interés. Las aventuras reales.

—No le estoy relatando hazañas imaginarias. He vivido lo que le estoy narrando, —contestó el periodista Cuervo.

—Desde que perdí a mi esposa vivo en pleno desasosiego y pongo el oído a los relatos catastróficos.

—¿Perdió usted a su esposa?

—Sí. Pereció ahogada en el río Guayas. Naufragó la embarcación en que ella viajaba. Era una mujer divina.

—¿No le fue posible salvarla? ¿No le acompañaba alguien?

—El cascarón llevaba doce personas. Se dió contra un banco y se deshizo. Todo eso debió acontecer muy rápidamente. Es traidor el río Guayas. Los auxilios no llegaron oportunamente. Se salvaron dos personas. De las diez que murieron, los ocho cadáveres fueron encontrados. Desaparecieron definitivamente los de mi esposa y del empleado de mi empresa que la acompañaba. Seguramente fueron arrastrados hasta el mar donde habrán sido pasto de los tiburones. Yo estaba ausente; cuando tuve la trágica noticia retorné a Guayaquil lo más pronto que pude. Busqué los cadáveres por todos los rincones del río Guayas. Pero, nada.

—Lo siento mucho. Usted ha sido víctima de la desgracia. Víctima de la crueldad del destino.

—Con mucha frecuencia, amigo, la adversidad me ha golpeado. No hay remedio. Volvamos a su historia. ¿Llegó usted hasta el punto donde se había destrozado el avión?

—Sí. La senda por la que trepábamos estaba interrumpida, a menudo, por abras y por muros de piedra. Muy duro fue salvar tales obstáculos. El maldito camino estaba bordeado por la vegetación de la selva que sonaba como un órgano gigantesco. Entre las variedades de lianas y bromeliáceas surgían los vigorosos troncos de samil colorado y del roble de montaña. Fui desprendiéndome de todo lo que llevaba; deshacerme de un mínimo peso era para mí una gran ganancia. A veces, me produjeron gran susto las enormes mariposas que se desprendían de los troncos y de las ramas donde hallábanse protegidas por el mimetismo. Amigo mío, el medio boscoso de los Andes es cosa seria. Es sobrecogedor.



Lo creo. Estoy imaginándome las penalidades que usted soportó.

Y sorbieron el Whisky, sentados en torno a una mesita, en el rincón del restaurante, sumidos en la penumbra. La instalación eléctrica se había dañado y por ello el figón se alumbraba con quinqués.

—Para no alargar esta historia —continuó el periodista Cuervo— debo contarle que conquistamos un punto muy próximo al breñal donde se había destruido el Douglas C-47, con sus veintidós ocupantes. La última etapa para llegar al escenario de la tragedia era la más difícil, pues prácticamente el sendero había desaparecido y nos hallamos ante una pared vertical, pelada, ante una roca que permitía apreciar las descarnadas texturas de la montaña. Hubo que atravesarla de espaldas al muro, apoyando los pies en pequeñas piedras saledizas. Abajo se abrían las bocas negras de lo desconocido que esperaban que cometiésemos el más pequeño error para engullirnos. Casi sin respirar, con todas las potencias del alma en alerta, pasamos al fin, tan espantoso sitio.

—¿Estaba allí el avión?

—Justamente. Utilizando un cable que sujetábase a un árbol —eso lo habían hecho los otros expedicionarios, más diestros— nos deslizamos por él hasta la zona abismal, en la que yacían los restos del aeroplano y de los que fueron sus ocupantes.

—Debió ser algo macabro.

—Usted acaba de darme el calificativo preciso. El aparato, seguramente envuelto por la neblina, voló por un encañonado; de pronto, se dió contra un árbol, en el que dejó una de sus alas y a seguida hizo impacto en la muralla rocosa; sus pasajeros debieron salir disparados por acción de las fuerzas físicas, pero ellos y la nave, tras el choque, rodaron hasta el fondo del hoyo. Allí se produjo el incendio. Aquello debió ser infernal.

—Me espeluzno al imaginar la tragedia.

—El Douglas quedó convertido en una escombrera. El fuego había retorcido las piezas metálicas; había formado un ovillo con ellas. Los pasajeros y tripulantes se quemaron. Se deshicieron entre las lenguas de fuego. Sin embargo —así acontece en los incendios— entre las cenizas encontramos zapatos intactos, bolsos de cuero y hasta paquetes de documentos. Yo hube de recoger algunas chucherías. Una de ellas la llevo en mi bolsillo. Es una cartera de cuero que perteneció a un tal Severo Macías.

—¿Qué nombre?

—Severo Macías.

—No puede ser. Severo Macías se llamaba mi empleado que pereció en compañía de mi esposa, en el río Guayas. Era un hombre fuerte, de treinta años.

—No me equivoco. Tengo aquí la cartera.

—Quiero verla— dijo el teniente de fragata, exaltado.

Cuervo sacó de su bolsillo un objeto de color caoba, efectivamente una cartera procedente de Marruecos y en una de cuyas tapas llevaba un sello dorado que representaba un timón naviero. Del fondo de dicho objeto extrajo una cédula de identidad. El marino la atrapó y se quedó mirándola, lelo.

—Es Macías, el hombre que manejaba mi negocio mientras yo hacía mis viajes. Murió junto a mi esposa. Creo estar soñando.

—En esta cartera he hallado también el retrato de una mujer, debe ser el de la esposa de Macías. Me imagino que ese tal Macías fue casado.

El marino tomó el retrato de la mujer y ante él su estupefacción subió al colmo. Se le agrandaron los ojos y la piel de su rostro se puso del color de la de los muertos. Tras un silencio dió un golpe en la mesa.

—Es un retrato de mi esposa. Nada puedo comprender.

Luego interrogó rotundamente:

—Pero, en verdad amigo Cuervo, ¿halló usted esta cartera entre los restos del Douglas?

—Lo juro. No estoy loco. Lo que le he contado es la más estricta verdad.

—Estoy perdiendo el juicio. Mi esposa y mi empleado murieron en el río y no pudieron haber estado en el avión. Sus cadáveres desaparecieron. Usted acaba de enloquecerme. Esto es un misterio ....

Dando un nuevo golpe en la mesa, el marino ordenó al mozo del restaurante:

—Llévese este licor puerco y traiga una botella de ron, del mejor que tenga.

En el figón había varias figuras borrosas, en torno a las mesillas, consumiendo licores y platos. Afuera la lluvia y el viento castigaban a las calles.

## LA CAIDA DE LOS RECALDE

Los Recalde ya nada tienen que hacer en Sigsihuaico. Después de que su casa fue quemada se sintieron sin fuerzas para continuar siendo agricultores y vendieron sus tierras.

La casa de hacienda de los Recalde era imponente, la mejor de la zona de Sigsihuaico, provincia de Tungurahua. Dos grandes pabellones, de un solo piso, se unían formando ángulo recto. Las paredes eran de ladrillo cocido. Tenía algunas ventanas. Las tejas verdes se sostenían sobre vigas y armazón de madera. El amplio patio estaba rodeado de un cerramiento, interrumpido por dos portones de hierro. Al medio había una fuente de piedra. Desde las ventanas situadas en las paredes opuestas a las del patio, se miraba la campiña salpicada de ganados y de árboles. Divisábanse los lejanos picos de la cordillera andina oriental.

Las habitaciones de la hacienda "La Cartuja" eran numerosas y grandes, aunque mal iluminadas; su mobiliario era estupendo, pero anticuado y en donde destacaban su lobrez los enormes armarios; las camas tenían piezas macizas y labradas. El interior estaba pintado al óleo. En la sala pendían viejos retratos de los célebres antepasados. En verdad, los Recalde fueron gran cosa, en otros tiempos; más descendieron, poco a poco, hasta convertirse en una familia común y vulgar.

La zona tomó el nombre de Sigsihuaico por denominarse así una quebrada cercana, profunda, con escarpaduras y donde anidaban los halcones. Las llanuras aledañas producían buen trigo, cebada, papas, habas.

"La Cartuja" tenía no solamente sembradíos sino buenos potreros donde pacían ganado vacuno y buenos caballos. Naturalmente, producía leche y poseía industria de quesos. El cultivo de la hacienda estaba a cargo de un grupo de indios, comandados por un mayordomo blanco, al que le llamaban, de modo sencillo, el Sirviente. Los Recalde no eran de los peores patrones; a la iniciación de cada año, sacaban del banco una cantidad de dinero y la repartían entre los indios peones, en concepto de "adelantos", para que ellos fuesen desquitando con su trabajo. Los jornales eran bajos, pero no los mini-

mos de la zona. Las cuentas de cada trabajador eran llevadas por el Sirviente, un hombre muy experimentado y que había cursado la enseñanza primaria. Todo marchaba bien. Para sus fiestas los indios pedían dinero "adelantado" y en cuanto a la comida se las arreglaban de algún modo.

Vino un año con caracteres de negrura para los Recalde. Por falta de experiencia en negocios se constituyeron en garantes de unos amigos; mas los garantizados no pudieron cumplir sus obligaciones. Los Recalde se vieron impelidos a vender una casa en Quito, para pagar la deuda. En ese año no pudieron, durante el mes de enero, dar el fondo para los peones de la hacienda; lo hicieron en Junio y distribuyendo una suma menor que la acostumbrada. Los indios protestaron, trabajaron mal. El rendimiento de la hacienda, no podía esperarse otra cosa, fue menor.

Al año siguiente, se multiplicaron los impuestos castigadores de la propiedad urbana. Además enfermó gravemente una de las hijas. Fue un año de adversidad. Tampoco pudieron entonces satisfacer las exigencias de los peones de "La Cartuja". Por otra parte, la familia Recalde carecía de elementos ejecutivos; componíase de la madre viuda, cinco hijas y un único vástago varón, el cual se había dedicado a la milicia y por lo mismo no se podía contar con su ayuda. La madre se encargaba de cobrar los arriendos de las casas en Quito y de recibir las cuentas del trabajo en la hacienda. Los Recalde vivían rutinariamente, con sus rentas, siempre consumiendo y sin pensar en acrecer los haberes familiares.

Ante los descalabros producidos, los Recalde no hacían otra cosa que llamar al cuartel, para increpar al teniente por su falta de acción, a lo cual el militar contestaba que no disponía de tiempo ni de permisos, puesto que los militares no hacen lo que les viene en gana sino lo que los mandan los superiores. Al fin, aprovechando de un permiso que obtuvo, con dificultad, el teniente, todos los Recalde se trasladaron a Sigsihuaico, para arreglar los asuntos de "La Cartuja". Por cierto, no llevaron el dinero que constantemente reclamaban los peones.

La situación de la hacienda "La Cartuja" indudablemente era mala. Había que reparar la casa; era indispensable dar un departamento más cómodo a los recolectadores de leche; además era inaplazable la renovación de los fosos y tapias que servían de límites a la propiedad; debíase curar al ganado, reclamar el turno del servicio de riego porque los pastos y sembradíos necesitaban, con urgencia, de agua. Todo eso era cuestión de dinero y más dinero. El militar no comprendía

bien estos problemas y creía que todo podía arreglarse echando un par de "ajos" a la gente y tal vez dando unas cuantas bofetadas.

El militar increpó al mayordomo.

—No es posible que la hacienda no tenga agua. ¿Por qué no te has preocupado de esto?

—He reclamado casi todos los días. Pero me han pedido la plata; estamos atrasados en el pago de cuotas. No hemos cumplido ninguna obligación.

—¿Y por qué no has arreglado las zanjas? A causa de ello se han perdido algunas cabezas de ganado que se han pasado a las propiedades vecinas y donde se las han robado.

—Porque no hay pagos. Los indios no tienen ganas de trabajar. Debo recordarle que desde hace dos años viene fallando el dinero para la hacienda. Yo también necesito mi sueldo. Los indios no tienen para satisfacer sus necesidades mínimas; pronto estarán aquí para hacer sus reclamos. Una hacienda en estas condiciones no puede sostenerse.

—Pero debías haber escrito avisando de estos problemas.

—Cada correo he mandado una carta, dando cuenta minuciosa de la marcha de la hacienda; pero el dinero no ha llegado; no tengo ya ni para estampillas.

Esta discusión ocurría en un ángulo del patio. Cuando recién empezó el diálogo del teniente con el mayordomo un solo indio lo escuchaba; mas después de pocos momentos ya estaban cuarenta indios, en semicírculo, oyéndolo. Vestían ponchos rojos, llevaban los sombreros a la mano y sus ojillos profundos y sufrientes devoraban al patrón.

—Tendrán que esperar un poco porque los negocios están mal —dijo el teniente a los indígenas, con rotundidad.

En su idioma mixto los indios replicaron:

—No tenemos para ropa de los guaguas.

—No hay para hacer la fiesta del Niño.

—No hay para comer.

—No hay para comprar ollas.

—No hay para comprar herramienta.

El teniente perdió la cabeza. Y gritó:

—Indios estúpidos! Primero trabajen, insolentes.

Un hombre que había estado detrás de los indios, un joven de raza blanca que usaba zapatos y que por cierto vestía de poncho, se colocó delante de todos y dijo:

—Ya es tiempo de que suspenda su explotación a los pobres indios. Si hoy no los paga, las cosas cambiarán.

Todos quedaron atónitos y mucho más el teniente, puesto que en ninguna otra ocasión había visto al tal sujeto.

—¿Y tú quién eres? —¿Quién es este infeliz? —preguntó furioso, dirigiéndose al mayordomo.

—No sé, patrón. Es la primera vez que veo a este hombre. No pertenece a la hacienda —contestó el sirviente.

—Soy el Dr. Lenin López Correa, abogado de los indios, defensor de los compañeros indios —explicó el intruso, con arrogancia hiriente.

—Te largas ya mismo de mi presencia, hijo de vecina —amenazó el militar.

—No me iré. Yo soy un hombre civilizado, un abogado de la República y tengo la misión que me ha dado mi Partido de impedir que los burgueses sigan robando a los peones. Ya se acabó la esclavitud —increpó el dicho López Correa, quien tenía ojos feroces, densas cejas; su cabello era algo encrespado.

El Militar se enfureció en sumo grado. Era alto, fornido, audaz y orgulloso, un oficial bien metido en su uniforme gris, con vivos rojos. Atacó a puntapiés al abogado y éste contestóle con puñadas. Pero el teniente había sido fuerte como un toro y echó a tierra a su enemigo y sus terribles botas negras cayeron repetidamente sobre el jurisconsulto. Un indio blandió un tremendo garrote, en defensa de López. El oficial dió un salto hacia atrás y ya tenía su pistola en la mano. E hizo fuego. Uno dos, tres, cuatro disparos. Los familiares del teniente gritaron aterrados. Los indios y el abogado huyeron en un santiamén. El mayordomo, aspirando el olor de la pólvora, se puso a mirar cuantos habían muerto. Ni uno solo se hallaba en el suelo. Ante los disparos al aire todos se habían esfumado. Y también él dió media vuelta, para dirigirse a su casa, a pasos lentos y tranquilos. Estaba acostumbrado al uso de las armas de fuego. El teniente, pálido, entró en sus habitaciones, seguido de su madre y de sus hermanas que lloraban.

—En realidad, los tiempos han cambiado hijitos. Debemos dejar esto —dijo la madre.

\* \* \*

En la noche, los Recalde se acostaron a las siete. Tenían los ánimos muy lastimados para quedarse en una velada. Aldabaron las puertas. El teniente cargó su pistola y además un fusil, que lo puso muy a la mano por si acaso fuese necesario usarlo. El militar era un hombre simpático, tranquilo, que daba pasos firmes, que podía abatir a varios individuos

pero que no comprendía los fenómenos del ambiente, por haber vivido siempre en otro, primero en el colegio militar y después en el cuartel.

La madre, doña Luisa Alzamora viuda de Recalde, se despertó. En el reloj fosforescente de su velador eran las doce de la noche. Tosió. Algo fastidiada su respiración.

Golpes en la puerta.

—Parece que alguien llama! Qué susto! Qué será!

Golpes fuertes y voces.

—Patrona, la cocina se está quemando. Lo mismo el comedor, —advirtieron las criadas.

La madre despertó a todos. Había un poco de humo en el dormitorio. Se alarmaron y salieron precipitadamente. En el patio, la humareda era densa.

—Por Dios, se quema la casa.

—Jesús, han incendiado la hacienda.

El militar dió una vuelta por el enorme edificio, arma en mano, mientras sus hermanas, la madre y los criados se quedaron en el patio. Vió que salía fuego de varios sitios del tejado. Gritó al mayordomo, pero nadie contestó. Era inútil, puesto que el mayordomo vivía lejos. No había en torno a la casa una sola persona. Y la noche era negra, sin luna y sin estrellas. Cuando regresó al patio, todos vieron como bruscamente se alzaron numerosos brazos de fuego. La familia se desesperó. Gritaban de angustia. Históricamente, lloraban los sirvientes. Los perros aullaban. Se desmayó la madre. Las hermanas se apretaron contra el militar, contra el hombre fuerte que apenas macullaba improperios. Un resplandor fenomenal enrojeció el patio y proyectó las largas sombras de los Recalde contra el muro. Los perros seguían aullando lastimeramente. Se destruyeron las ventanas y las puertas. Se iban abajo los techos. Los Recalde no se atrevieron a salvar ningún objeto, ningún vestido, ni siquiera los pocos dineros de que disponían. Se retiraron del patio hacia el callejón, más allá del portón de hierro. No había a quien pedir socorro, ni para qué intentarlo.

En suma, nada había qué hacer.

Si alguien, en la media noche, hubiera estado despierto en alguna de las casas de Sigsihuaico y hubiera salido al patio, hubiera visto en el lugar donde se alzaba "La Cartuja", solamente una inmensa y solitaria antorcha en medio de la noche profunda.

## CUATRO POEMAS INFANTILES

### ESTIRPE DEL AGUA

La noche fabrica el agua  
en los filtros de la tierra  
con gotas de luna llena  
y suspiros de estrellas.

Y su historia de cristal  
escribe pluma de siglos  
en los renglones del río,  
en la voz de las cascadas,

en los espejos del lago...  
Para pregonar su estirpe  
de sol, de estrella, de ritmo  
vocifera en los océanos.

Por eso, en cada sorbo  
hay un chorrito de lumbre,  
unas gotitas de música  
para tónico del alma.

### VIENTO...

Viento, vientecito, viento!  
Flor de sonido que vuelas  
como garza de perfume  
sobre las torres del Ande.

Viento, vientecito, viento!  
Voz transparente y fugaz.  
Me mojan tus manos claras  
con rocío de lucero.

Viento, vientecito, viento!  
Traedme del Chimborazo,



del cacique Tungurahua  
el blancor del sentimiento.

Viento, vientecito, viento!  
iré contigo volando  
hasta encontrar en la cumbre  
flores de luz en mis manos!

### PADRE SOL

Sol inmenso, rutilante!  
Paternal para ser dios.  
Cómo vienes a nosotros  
regando tu ánima de oro.

Es tu trono madrugadas  
de luces multicolores  
en catedrales de roca,  
en praderas musicales...

En el paño de la noche,  
tendida bajo tus plantas,  
cae el sudor de tu frente  
para poblarse de estrellas.

Por las escalas del aire,  
arterias que fortifican  
la palidez de la tierra,  
tú te enciendes en el indio,

en el cholo, en el blanco  
en fogatas de esperanzas...  
y el hombre se torna en rosa  
de carne y de fulgores.

Sol: en tu América India  
con epidermis hispánica,  
tu noche es lucero ardiente  
y el día fogatas de oro!

### SALUTACION

¡Yo te saludo América!  
América del Norte, América Central,  
América del Sur!

El caudal de mi sangre  
forjado en el relámpago,  
en crisoles de roca,  
en cristales de agua,  
sube hasta mi lengua  
para gritar al orbe:  
!Yo te saludo América!

La llama de mi espíritu  
de pie sobre mi testa  
llena de pensamientos,  
enciende los meteoros  
de palabras fulgurantes:  
!Yo te saludo América!

El bastión de mi cuerpo,  
picacho de Los Andes,  
atalaya de cóndores,  
esqueleto de calcio,  
alza sus brazos tensos  
para rasgar el aire  
y regar por el mundo  
mi voz áspera y cálida:

!Yo te saludo América!  
América del Norte, América Central,  
América del Sur!

## DON VICTOR EASTMAN COX Y DOS CARTAS REVELADORAS

Ecuador mantuvo cordiales relaciones de amistad con Chile a través de los años. Esta amistad vino a estrecharse más en la primera administración del General Leonidas Plaza Gutiérrez, ante cuyo gobierno Chile acreditó como su Ministro a don Galo Irrarázabal Zañartu, todo un caballero y un buen amigo del Ecuador y, especialmente, del General Plaza. Tanto que el recordado Presidente puso el nombre de Galo a su hijo mayor en recuerdo de simpatía al diplomático chileno, a quien le cogió la hora final en Quito. Los funerales de don Galo Irrarázabal Zañartu fueron como pocas veces se han visto aquí. Las banderas oficiales a media asta y con crepones. Y no sólo las oficiales sino las de muchas instituciones particulares, ostentaban el duelo social ecuatoriano en la misma forma. Y luego el pueblo en masa en los funerales, con evidentes manifestaciones de tristeza en los semblantes.

Chile era, en verdad, un país hermano que se nos adentró bien hondo. Y allá, en Chile, la simpatía por el Ecuador era manifiesta. Los dos pueblos se comprendían y se amaban con lealtad. Después arraigaron esa amistad las misiones militares chilenas que trajeron Alfaro y Plaza para educar a nuestro Ejército, jóvenes militares que iban a estudiar en las escuelas chilenas de armas, instituciones sociales, estudiantiles y obreras que intercambiaban mensajes de amistad periódicamente. Y, a su vez, delegaciones chilenas de diversas actividades que llegaban a Ecuador con cualquiera misión, fueron distinguidas con atenciones especiales en las ciudades ecuatorianas. Diplomáticos chilenos en el Ecuador y ecuatorianos en Chile que fortalecían, cada vez esa amistad de los dos pueblos hermanos.

Fue tanta la cordialidad y simpatía que en Quito se vivaba siempre a Chile hasta en las reuniones familiares. En Santiago, Valparaíso y otras ciudades chilenas se correspondía de igual manera. El 18 de Setiembre, fecha nacional chilena, era celebrada con variados programas y entusiasmos populares en las principales ciudades del Ecuador más, mucho más que las mismas fechas gloriosas de la historia nacional.

\* \* \*

Uno de los diplomáticos más capacitados y populares que ha tenido Chile en nuestro país, fue don Víctor Eastman Cox. Tuvo actuación feliz y destacada el memorable año 1910 y contribuyó a aumentar más el afecto que el pueblo ecuatoriano tenía por su patria. Hombre franco y simpático no entendía de bisojos ni de cábalas, su mirar era de frente, elocuente su palabra y convincente la frase. Y el aplauso con un viva Chile sonoro y prolongado, se filtraba por todas partes. El himno de Chile lo tocaban las bandas militares y hasta las particulares de memoria y a los mozos nos gustaba silbarlo o cantarlo en las grandes manifestaciones populares de ese año memorable.

Era el año del *cassus belli* con el Perú. El Dr. Eastman Cox que era "chileno de nacimiento y ecuatoriano de corazón", según él mismo lo dijera en un instante emocional, no se dió un punto de reposo gestionando el respaldo de su patria a la causa del Ecuador, gracias a la íntima amistad que tenía con el Presidente de Chile, su amigo y compañero de aulas. Movilizadas las tropas a la frontera, se tuvo conocimiento que el gobierno peruano había ordenado la salida de su escuadra con la pretensión de bloquear Guayaquil. El Dr. Eastman comunicó la versión al Presidente de Chile, pidiéndole desplegara alguna actitud en defensa del Ecuador y que, a la vez, enviara a nuestro Puerto al buque escuela "General Baquedano" en visita de cortesía.

La actitud del gobierno de Santiago no se hizo esperar. "Si algún país intentase agredir al Ecuador —decía una declaración oficial— Chile no podría mirar indiferente tal acto por ser Ecuador un país amigo, muy querido del pueblo chileno" Días después llegaba a Guayaquil el buque chileno "General Baquedano", entre grandes aclamaciones de pueblo porteño.

La escuadra peruana no llegó a Guayaquil y menos intentó su bloqueo. Se quedó "haciendo maniobras" cerca de Jambelí. Y, luego, retornó a casita

\* \* \*

Los años pasaron. El panorama bélico de 1910 fue despejándose y sólo nos quedó en la mente y en los hechos el fatal vaticinio de ese ilustre y sabio Arzobispo de Quito que

fue el Dr. Federico González Suárez: caímos en los hilos de la diplomacia y nos quedamos enredados en ellos para no desasirnos jamás.

Para el año 1941 el Dr. Víctor Eastman Cox estaba retirado del servicio diplomático de su patria. Habiendo formado estado con una distinguida matrona quiteña, se radicó en Quito. Aquí vivía dedicado a su hogar y a sus negocios.

Los sucesos de la frontera le tenían preocupado a este buen amigo del Ecuador. A fines de julio encontramos en el Portal Municipal al Dr. Eastman y tomándonos por un brazo nos detuvo para charlar un rato. Los diarios publicaban ese día extensa información de la frontera dando cuenta de los desafueros que la soldadesca peruana cometía en las poblaciones capturadas de la Provincia de El Oro.

—Qué noticias más tienen de la frontera?— nos interrogó amablemente el Dr. Eastman Cox.

—Nada más que las publicadas en la prensa de hoy y nuevos ataques de la aviación peruana a poblaciones indefensas.

—Y de Chile qué saben?

—Nada, doctor Eastman.

—Pero qué le parece esta actitud del gobierno chileno? Qué opina Ud., de la actitud vergonzosa de Rosetti que se ha hecho un peruanófilo acabado? Y de "El Mercurio" que, según he sabido, también está haciendo labor peruanófila con ultraje al pueblo de Chile? ¿Qué me dice Ud. de estas actitudes, querido amigo?.....

Nosotros silenciamos a las preguntas que nos hiciera este noble amigo del Ecuador que sentía en su corazón, como dagas en lo vivo, estas actitudes inesperadas como las sentíamos nosotros, los ecuatorianos. Era mejor enmudecer ante esos hechos. El señor Canciller de Chile don Juan B. Rossetti nos daba a dos fuegos: como Canciller chileno y como Director de su diario "La Hora" de Santiago. Un escritor lo censuró después, diciendo que el señor Rossetti había hecho una labor de "entreguismo" al Perú en contra del Ecuador; mas, otro escritor chileno, rememorando recientemente esos hechos, ha calificado "romántica" tal actitud. Nosotros nos quedamos al segundo término y decimos que, en verdad, el señor Rossetti entonces estuvo muy "romántico" con el Perú. Especialmente en la Conferencia de Cancilleres, apoyando la tesis del señor Canciller del Perú; señor Solf y Muro en 1942, estuvo más "romántico" que nunca.... Esto en diplomacia parece que se llama secretos de Estado!

—Vamos al Metro para tomarnos un trago— insinuó el Dr. Eastman, deseo enseñarle dos cartas. Sí, Ud. debe conocerlas, antes de entregarlas al correo, vamos, vamos.....

Y en un rincón de Las Palmas puso en nuestras manos una carta. Era dirigida al señor Rossetti, calificando su conducta como ingrata e injusta. Estaba escrita a lo chileno. Lo menos que le decía era: censuro a Ud. por su conducta oficial con un pueblo hermano y amigo de siempre como el Ecuador. Con este país noble que supo estar con Chile en todo tiempo... Con toda la indignación de mi alma, reto a Ud. para decirle que como Canciller de la República está traicionando al pueblo chileno... Luego otras frasecitas encendidas, duras, como suelen soltarlas ellos, los chilenos, cuando se sienten varones ciento por ciento en las horas de reto con el puño cerrado...

La otra carta era dirigida al Director de "El Mercurio" de Santiago, no menos encendida en adjetivos de bulto que la primera. La prensa debe representar siempre el sentir del pueblo para que pueda llamarse su intérprete leal... Cuando procede con adulación y servilismo a gobiernos extranjeros, traiciona esa prensa los intereses del pueblo y debe desaparecer del escenario de la opinión pública por decoro... El anatema era largo y tendido y, por lo mismo, inolvidable...

Apuramos otro trago de whisky y nos despedimos. El Dr. se dirigió al correo para depositar las cartas. Y eso que no sabía otro detalle "romántico" de "El Mercurio": el 28 de julio de 1941, aniversario del Perú, día que la soldadesca peruana cometió en El Oro las mayores atrocidades con el elemento civil, ese día, "El Mercurio" embanderaba las ventanas del frente de su edificio con insignias chilenas y peruanas enlazadas. Lo recuerdan los ecuatorianos que estuvieron ese día en Santiago?...

Los hechos viriles de los hombres son imborrables en la memoria de las gentes. Nada impresionó más en la vida que un gesto en la hora de prueba de los ecuatorianos.

## HOMENAJE EN EL CENTENARIO DE UNAMUNO

Nos complace y honra publicar a continuación el Mensaje que enviamos al muy ilustre Rector de la Pontificia y Mayor Universidad de Salamanca, confiado al Excelentísimo señor Conde don Ignacio de Urquijo, Embajador de España en el Ecuador, con nuestra adhesión a los homenajes que se rinden actualmente al insigne don Miguel de Unamuno.

### M E N S A J E

Señor Rector de la Universidad de Salamanca:

El "Grupo de América" fundado en esta ciudad hace 39 años para fortalecer los vínculos de Hispanoamérica con la Madre Patria y cultivar el estudio de los problemas sociales y de los valores literarios del Ecuador en relación con los de las naciones hermanas del Continente, se vale de la gentileza del Excelentísimo señor Conde don Ignacio de Urquijo, Embajador de España, a quien cuenta como a uno de sus amigos predilectos, para enviaros este Mensaje de adhesión a los homenajes que se rinden actualmente a don Miguel de Unamuno en el primer centenario de su nacimiento, preclaro Rector que fue de ese notable centro de estudios que tanta luz, nombradía y crédito, ha dado a nuestra España.

La señera personalidad de don Miguel, no solamente es acatada como una de las de más amplia universalidad creadora en el campo de las letras españolas, sino que extiende su fuero sobre el mundo contemporáneo ilustrado, invariable en su admiración al desconcertante pensador, considerado uno de los ingenios de su País en todas las épocas. Los Hispa-

noamericanos nos sentimos en mantenida deuda con don Miguel y por ello, honrar su memoria, es gratísima obligación, propia de centros culturales como nuestro "Grupo", en el que se estudia y se ama al Maestro, ya en sus desoladas meditaciones, en sus interminables vigiliias por una España que, circulando en sus venas, se le iba como agua corrida de las manos; y en la noble exaltación con la que aconsejaba, solitario y dolido, en horas lamentables: "Hay que ir fuera, a la nueva América, en busca de la España que pudo haber sido y que debió ser... Felices los que puedan emigar a esa otra España..."

Y ya que somos "esa otra España", creemos que don Miguel hizo la que debió ser, y su consejo y sus arrebatos y sus meditaciones, son también los nuestros, los de estas juventudes de los veintiún países que lo sienten así: propio, inmanente, actual.

Para los ecuatorianos, señor Rector, la obligación hacia don Miguel se acrece y vuelve imperativa. Fue a París, invitado por nuestro Zaldumbide, a sumar su voz al homenaje que se rendía a don Juan Montalvo en la casa en que falleció "El Cosmopolita". Habió don Miguel en aquella ocasión, 1925, ponderó a Montalvo, "que vive inmortal en nuestra lengua" y fue llamado "loco y antipatriota", como él también lo fuera en los corrillos de la vanidad herida— y dejó de hablar, súbitamente, "porque el tiempo apremia y la ocasión, el lugar y el estado de mi espíritu, dijo, pueden ahogar mi voz en los sollozos..."

Aceptad, señor Rector, los más cumplidos homenajes y dispensadnos sí, con las palabras del Maestro, nos sentimos parte de "esa otra España que al otro lado del mar, empezaba a hacerse..."

Quito, a 29 de Septiembre de 1964

**HUGO MONCAYO,**  
Presidente del "Grupo América".

**RAFAEL BORJA,**  
Secretario.



† **Discurso de don Hugo Moncayo, Presidente del "Grupo América", al entregar al Embajador de España el Mensaje de adhesión a los homenajes del Centenario de Unamuno**

Hble. Rector de la Universidad Católica;  
señores académicos; amigos y consocios;  
Excmo. señor Embajador de España:

Séame concedido presentar la más efusiva enhorabuena a las distinguidas personalidades que han honrado la cátedra del "Grupo América" en esta tarde: el fraternal amigo e ilustre poeta don Augusto Arias y el Rdo. P. Miguel Sánchez Astudillo, S. J., miembro desde hoy de nuestra corporación. El señor Arias, con su fluida palabra, maestro como es ya del buen decir, habiéndolo sido, y siempre, del buen sentir, vierte su amplísima cultura de nombradía continental, en la frase adecuada, con frecuencia, imprevisible, y que, en la adjetivación de antigua cepa, halla deslumbrantes aciertos de legítima valía. Sus palabras de presentación de nuestro consocio, Sánchez Astudillo, no requieren de comentario y han despertado en todos nosotros, amplia simpatía y viva admiración. El ensayista señor Arias, es de los fundadores de esta modesta Academia que tanto ha realizado en beneficio de las letras ecuatorianas y del conocimiento de la producción literaria hispanoamericana en los siete lustros que lleva de existencia. Que fuese él quien nos trajera de la mano al ya notable y notorio autor **Del Cielo y de la Tierra**, es, en sí mismo, un homenaje, no por merecido, menos digno de ser destacado.

El ilustre y joven jesuita que desde hoy nos acompaña, cada día y de un tiempo a esta parte, asombra la atención intelectual de nuestro País y de los centros de cultura con los que guardamos relación frecuente, con variada, copiosa e inspirada producción. El verso, la crítica literaria, los ensayos de inclinación filosófica, les son familiares. La cátedra lo cuenta entre sus constantes expositores y la bondad de su tempera-

mento se traduce en sus obras y en su trato, porque, como él mismo lo dice en uno de sus ensayos, comentando a Brémond: "lo que el poeta nos dá, no son sus ideas o sus sentimientos. Es algo mucho más complejo y copioso: su mismo estado de alma para cuya manifestación global, las ideas o sentimientos expresados son nada más que un instrumento".

Sed bienvenido a este hogar espiritual, noble y docto amigo, que tenéis garra y pluma del Angélico.....

Y a vos, Excelentísimo señor Embajador de España, nuestro agradecimiento por haberos dignado acudir a nuestra llamada, en gracia de vuestra reconocida gentileza.

Todo el mundo culto en la remota Asia, en las costas africanas, en la Europa ancestral, en nuestras Américas, vive en estos días, la emoción de Unamuno. Solamente en nuestro País, aun no se producía—, fuera de la voz oportuna del Instituto Hispánico—, un movimiento de opinión sobre tan ilustre personalidad de cuyo natalicio se cumplió, no hace muchos días, el primer centenario. Si nuestros poderes públicos y entidades universitarias y de cultura no han tenido reposo para reparar en tan notoria circunstancia, el "Grupo de América", vigía de las letras ecuatorianas desde hace treintinueve años, os entrega su Mensaje al Rector de la Universidad de Salamanca, con su adhesión admirativa al ilustre bilbaino, vuestro paisano, y honor perdurable de vuestro insigne país, al que amamos filialmente.

Será siempre don Miguel, el Rector de Salamanca, cualquiera hubiese sido el curso de su actividad docente, la curva de su derrotero mental incoercible como fuerza de la naturaleza vaciada en crátera de ónix. Será siempre don Miguel quien consiga, vencién dose, "vivir de claridades y lo más despierto posible"..... Este don Miguel, considerado como el pensador más profundo y característico de la generación del 98, comparte con Ortega y Gasset el prebostazgo de las letras desde el último tercio del pasado siglo. No hubo campo del conocimiento en el que no ensayase la hoja de oro de su arado; no hubo tormenta ni penumbra que no rasgase su rayo. No se halló a sí mismo después de la incisiva y fatigosa búsqueda de su larga vida, pero fue pugnaz en sus juicios, elevado en sus ambiciones para su España, insigne gonfalonero de la cruzada por la reconquista del alma hispana diluida, que no desvanecida, en las patrias de allende el Atlántico.

Este ilustre pensador de recio temple y que halló que "la Agonía era la ley suprema de la Vida", como derivación natural del **sentimiento trágico** de la misma, echóse un día de lado de los descontentos e indisciplinados. Aún en esta etapa aviesamente explotada por los vencidos por su carro en llamas, Dios le salvó tendiéndole la escala de diamantes de la poesía, en el "ardoroso estío, al agosto de las pasiones ardorosas....."

Allá está ese "bosque de piedra que arrancó la Historia a las entrañas de la Tierra Madre", que es su Salamanca, "alto soto de torres", "Remanso de quietud", velando su fama. Llevad hasta allá nuestra palabra respetuosa, obsesionada de su culto, alumbrada por su estro; llevadla, señor Embajador, que pocos como Vos, tan dignos y merecedores del encargo.....

## **Discurso del Excelentísimo señor Conde de Urquijo, Embajador de España al recibir el Mensaje del "Grupo de América" en el centenario del nacimiento de don Miguel de Unamuno**

Acepto muy gustoso, el honroso encargo que me encomendáis de depositar en manos del Rector Magnífico de la Universidad de Salamanca, este Mensaje de adhesión del Grupo América, para que se una a los homenajes que desde todos los rincones del mundo se vienen rindiendo a la egregia figura del caballero vascongado, Miguel de Unamuno, quien por espacio de tantos años ostentó con dignidad y orgullo la Rectoría de la Secular Universidad Salmantina.

Si el Grupo América, como bien decíais, Señor Presidente, se fundó en esta ciudad, hace 39 años, teniendo entre otros objetivos, el de fortalecer e incrementar los vínculos de todo orden que unen a Hispanoamérica con España y el de cultivar los valores literarios del Ecuador en relación con las demás Naciones Hermanas del Continente, nada más acertado y oportuno que manifestar vuestra generosa adhesión a la ingente labor llevada a cabo por el sabio español.

La brillante y fecunda ejecutoria del Grupo América, a lo largo de estos últimos años, ha sido reconocida y exaltada por todos cuantos han seguido paso a paso las huellas de sus actuaciones.

Creasteis en 1931, la Biblioteca de Autores Americanos; auspiciasteis ciclos de conferencias y mesas redondas, en donde se debatían temas de vital trascendencia nacional e internacional; instaurasteis el galardón de "Ciudadano de América" para estímulo y premio de quienes realizasen una meritoria labor cultural en beneficio de los pueblos Hispanoamericanos; y finalmente llevasteis a cabo en 1935, la Primera Exposición del Libro Hispano en la que: "por primera vez se da cita el pensamiento escrito de dos mundos ligados entre sí por indestructibles lazos de la lengua y de la sangre. España por una parte, y la vasta Nación que en América habla la lengua de Camoens por la otra, enmarcando a todas y cada una de las veintiún naciones de origen hispánico".

Esta manifestación racial del Grupo América se reitera nuevamente, de una manera especial, en la celebración del IV Centenario de Cervantes y la Exposición del libro Cervantino de 1948.

Muchos son pues los motivos de gratitud que España y su Embajador tienen para con el Grupo América y para todos y cada uno de sus componentes. Esto, es lo que hace tan grata su estancia entre vosotros.

Pero en esta ocasión solemne que hoy celebramos y que señala el comienzo de una nueva etapa en la vida de vuestra Sociedad, no quiero dejar de testimoniaros mi más íntima complacencia al comporbar que elegisteis para regir los destinos del Grupo a un ilustre caballero, honra y prez de las letras ecuatorianas, que tantos y tan valiosos servicios ha prestado a su país en la vida diplomática y a quien rindo en estos momentos el cálido homenaje de mi admiración y aprecio.

Séame permitido formular mis más frecuentes votos, para que bajo su sabia tutela, las naves de este Grupo América, realicen una feliz singladura por los anchos mares de la cultura.

---

Nos reunimos en la noche de hoy, un grupo de buenos amigos, para exaltar la gran figura del "Gestor de la Hispanidad", "Excitador Hispaniae", Miguel de Unamuno, en la celebración del primer centenario de su nacimiento.

Teniendo en cuenta la preocupación unamuniana por el prestigio de las letras hispánicas, al "otro lado del Atlántico español", habéis tenido la gentileza de hacer coincidir este simpático homenaje, con el ingreso en vuestra Sociedad de un ilustre Académico y erudito, con cuya amistad me honro: el Padre Miguel Sánchez Astudillo.

Brillante estilista de la lengua de Cervantes, "crítico perspicaz que es a la vez fino poeta", como ha sido acertadamente conceptualizado por mi querido amigo Gracián y que está llamado a ocupar sin duda alguna uno de los puestos más destacados en el Parnaso español.

Sus magníficas semblanzas del inmortal Gonzalo Zaldumbide, del poeta-diplomático Carrera Andrade y del sabio historiador Isaac Barrera; su acertada exaltación de la gran figura del Padre Espinosa Pólit, de quien el crítico José Luis Vázquez Dodero dijo, "que escribió un castellano con pureza y elegancia, lo mismo cuando hacía libros de crítica, como el Virgilio, que cuando traducía magistralmente el teatro entero de Sófocles, los poetas Virgilianos y Horacianos y los de los

estupendos ingleses, Tennyson, entre ellos"; los sentidos poemas, que brotan espontáneos de su fértil pluma, en su última colección, "Alma", demuestran bien a las claras, que el Padre Sánchez Astudillo no es una promesa de fruta en agraz, sino fruto maduro, que tiene abierto ante sí, un gran campo de actuación en las letras hispanoamericanas.

¿Nos encontramos en presencia del Paul Claudel ecuatoriano, o más bien del continuador de aquel delicioso poeta Francis Jammes, el cantor enamorado de Cristo, a quien conocí de cerca en mis años mozos, en su retiro paradisiaco de la pequeña aldea vasco francesa de Hasparren?

Dos grandes figuras brillan con luz propia en el extenso campo de las letras españolas de principios del siglo:

Unamuno y Ortega Gasset.

Unamuno, ha sido el más castizo de los españoles. Castizo, que viene de casta, derivado a su vez de Castilla.

Si, España era para él; "un conjunto de pueblos: 21 Españas, formaron la Hispanidad, en latencia del pasado en el presente, para la forja del futuro".

La relación España-América, la veía Unamuno, como a España, "Plaza Mayor de América".

¿Con qué orgullo no contemplaría hoy el sabio bilbaino, a los miles de estudiantes hispanoamericanos, que se pasean y estudian en las aulas españolas para remozarse en su Plaza Mayor?

Unamuno tuvo y manifestó la preocupación del castellano en América española y en la América Oriental, como el llamaba a las Islas Filipinas.

Su preocupación se centraba, no en la unidad del idioma, sino en su fuerza.

Los idiomas americanos debían de ser, como los diferentes idiomas hablados en la península, "una espontaneidad libre, dentro de una reflexión científica".

"Que se castice la lengua castellana en cada país, que tome carta de naturaleza, pues la fuerza de la lengua es tal que lo resistirá, creándose así el "sobrecastellano", como faro al que nuestra reflexión científica iluminará algún día".

Unamuno y Ortega, aunque se estimaron entrañablemente, ocuparon posiciones absolutamente contrapuestas.

Al decir de Fernández de la Mora, eran dos "Antipodas" en la intención.

"Aquel es pasión, arbitrariedad, lirismo, contradicción y casticismo. Este, es razón, objetividad, exactitud, consecuencia, europeización".

Lo que se desconocía hasta la fecha, era hasta qué extremo llegó el profundo afecto que Unamuno profesaba a Ortega, desde el tiempo en que tuvo lugar su primer encuentro.

Es digna de conocerse la carta que en un 10 de noviembre del año 1905, extraña coincidencia de fechas, dirigía D. Miguel a su amigo Múgica, recomendando al joven Ortega y Gasset:

“Querido Múgica: Se le presentará a Ud. con una tarjeta mía el joven José Ortega Gasset, hijo del Director de “El Imparcial” Ortega Munilla, que está ahí, en el Central Hotel. Es un joven extraordinariamente simpático, muy culto y muy inteligente, muy superior, desde luego a su padre, que aunque buen sujeto, tiene algo ligeros los cascos y la cultura **entrequisdente** como dicen los charros. El mozo es estudioso y quiere conocer a usted. Guíele ahí y ayúdele, pero no le meta, por Dios, en filologías que creo no le interesa. Lo que quiere es aprender alemán y luego filosofía y estética. Y cuando la influencia exclusiva y sin contropeso de lo francés tántos estragos nos está causando hay que ayudar a un joven que va a Alemania y no a estudiar ingeniería como los más van. El joven Ortega es, a mi juicio, uno de nuestros jóvenes intelectuales de más valor, y necesita y merece ayuda. Procúrele ahí relaciones. (Con el Dr. Hobbe desde luego, diciéndole que es cosa mía).

“Hasta pronto. Un abrazo de

Miguel de Unamuno”.

El conocido ensayista, Padre Félix García, cuyo nombre se baraja estos días, en los círculos académicos de Madrid, como sucesor, en el sillón que dejó vacante García Sanchiz, en la Real Academia de la Lengua, ha sido el último glosador de la obra de Unamuno.

El sabio Sacerdote ha sabido interpretar como pocos con comprensión y caridad cristiana, el pensamiento unamuniano.

“Don Miguel es historia y está ahí, por lo que no se le puede negar ni recusar como figura histórica”.

“Sus exabruptos, su agresividad, su cabezonería y su altanería, la mayor parte de las veces pasajeros estados de ánimo, se contrarrestan con su honestidad, su firmeza, su sinceridad sin concesiones”.

“A pesar de que algunas de sus ideas fuesen heréticas, lo religioso, Dios y el Más Allá, constituyeron el auténtico tormento de su vida”.

"El, necesita de Dios, tiene una preocupación anhelante de El, que le penetra de una manera decisiva por el más pequeño resquicio, pero no le dá un margen de confianza, le apremia, y cuando está al borde de la gracia, choca consigo mismo, con el "yo" unamuniano, fertilizado por la altivez de la inteligencia, donde radicaba su soberbia y su orgullo.

"El, en sus filosofías, rechazaba a Dios cuando le necesitaba, y le entraba por lo más profundo de su corazón".

"Es uno de los escritores que han pronunciado con más convicción y con más necesidad la palabra de Dios".

¿Pudo la misericordia Divina abandonarlo en el momento supremo de su "obra"?

Sus últimos pensamientos y sus últimas palabras fueron para Dios.

---

Mi misión ha terminado. Perdonadme si abusé de vuestra paciencia.

Gracias, una vez más señor Presidente, señores socios del Grupo América, por la cordial acogida que me habeis dispensado.



## EL GRUPO "CAMINOS" Y AUGUSTO ARIAS

(Discurso leído en el hemiciclo de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, en el Acto que en homenaje al señor Augusto Arias, presentó el Grupo "Caminos" de Quito).

Señor Augusto Arias;  
Señoras, Señores;  
Amigos del Grupo "Caminos":

La importancia de los homenajes radica en la calidad del homenajeado. En el presente caso, se cumple esta regla general. Pero esta vez, además, hay que considerar, no como excepción, sino como ampliación de esa norma, que también coincide para la importancia de estos actos, el hecho de conocer de donde proviene el homenaje.

El homenaje de hoy proviene de la juventud y va dirigido a un ilustre hombre de letras. El sólo hecho de que el homenaje a Augusto Arias venga de la savia cálida de los jóvenes del Grupo "Caminos" significa que todavía en este país existe el respeto, la decencia y la justicia que, como indestructible eslabón, une a las generaciones. Esto es lo vital, lo auténticamente dialéctico y dinámico, lo perenne e indestructible.

Generalmente ha existido una pugna enconada entre las generaciones que se van y las que llegan. Pero no se puede cortar de un tajo la continuidad dialéctica, única fuente nutricia de la vida, que existe en el subfondo del tránsito de las generaciones que ata irremisiblemente la proyección de los que vienen. Por eso decía certeramente un conocido escritor quiteño, que "sobre esta actitud desligada, autónoma -aparentemente creo yo-, que tiene la fuerza de lo genital, descansará el atributo de estabilidad de nuestra obra, y de la que han de cumplir los que vengan más tarde. Mediante ese proceso se va desarrollando la ley de la continuidad histórica, que subyace al fondo de las velocidades y las batallas de las generaciones".

Este es el significado trascendente del homenaje a Augusto Arias. Por otro lado, la virtud de los homenajes debe residir también en su parvedad. Si prodigamos homenajes con frecuencia, todos nos consideraríamos con derecho a recibirlos.

He aquí, otro significado del Homenaje a Augusto Arias.

El Grupo "Caminos" no es círculo de autobombo como para brindar homenajes a todo el mundo. Ha considerado que entre los ilustres hombres de letras del Ecuador —guardando el respeto y reconociendo el valor de todos en general— es Augusto Arias uno de los pocos que no ha perdido el contacto con la juventud.

Se ha mantenido fiel a su arte y a travez de este sentimiento ha procurado que la frescura de su obra llegue no sólo al elevado círculo académico sino también a la amplia e ilimitada llanura de los que empezamos.

Esta es la razón, éste es el motivo que nos tiene aquí esta noche.

Se había anunciado que este discurso sería un estudio completo de la obra de Augusto Arias. Difícil un estudio, además de aburrido que resultaría, por lo que toca a quien se ha encargado esta comisión. Además, físicamente, ni el mismo Augusto podría hacer en un discurso un estudio completo de su obra considerable.

Empero, algo se dirá de la obra en mis torpes párrafos, junto al hecho vital de este hombre y su ambiente.

\* \* \*

En 1903 los "idus de Marzo" no fueron agoreros. Muy al contrario, anunciaron un hecho importante para las letras ecuatorianas: el nacimiento de Augusto Arias.

Año simbólico éste, pues también trajo a la vida a la figura mayor de nuestra poesía, Jorge Carrera Andrade.

Augusto el ambateño nacido en Quito. La sangre de sus antepasados, viejas raíces frutales de una tierra matriz de hombres de letras, se vertió en la rugosa piel verde y parda de Quito.

Cuántas veces Augusto en su adolescencia quiteña, cuando estudiaba en el Colegio "Mejía" —otro hecho significativo—, caminando por estas calles que no descansan de subir y bajar, aspiró el aire colonial y sintió la visión —porque la visión también se siente— grabada en el vieja alma española de su progenie, para volcarla en las bellas descripciones del Quito del siglo XVII, en las páginas de su biografía de Mariana Flores Paredes Granobles Jaramillo.

El púber Augusto Arias debió escribir sus poemas en el escondido silencio que limita los instantes dedicados a las tareas escolares, y como un remanso al despertar alucinado de los conocimientos universales del colegio secundario.

Era la primera postguerra. El Ecuador vivía tranquilo, más alegre que sosegado. Eran los tiempos de la buena vida del cacao. Probablemente atronaban las calles de Quito los rumbosos automóviles de la época y el repiquetear de los tranvías. El albo mocora debió haber sido el último grito de la moda, y los acontecimientos dolorosos del año doce se perderían junto al último gemido de la generación modernista.

Augusto Arias tenía 17 años en 1920. Un mes después de cumplir esa edad, publicaba su primer libro de versos: "Del Sentir". Todavía no definitivamente libres de la cadena modernista pero insinuando la próxima ruptura de los lazos dolientes. Ya tenían sus poemas de iniciación la firmeza del seguro oficiante y eran, ellos sí, "frutos de olor de primavera y sabor otoñal", como él mismo lo dijera en el soneto "Un Libro Pequeño".

El grupo que logró inmunizarse del virus modernista lo constituyen principalmente en Quito, Carrera Andrade, Miguel Ángel León, Gonzalo Escudero y Augusto Arias y, no muy desligado todavía del parentesco de Humberto Fierro, el fino poeta Hugo Alemán.

Conviene aquí, sólo para resaltar la trascendencia de esta promoción que inició nuestra auténtica poesía —quizás aún no superada—, repetir lo que alguna vez dije sobre el movimiento modernista ecuatoriano:

"El modernismo no fue la solución para los achaques sentimentales de los ecuatorianos. Aquella generación de grandes poetas, la "generación decapitada", no pudo "torcer el cuello al cisne de engañoso plumaje", como quería el mexicano Gonzáles Martínez (y creo que aún sigue deseando Benjamín Carrión). Más que de Rubén Darío, el genial renovador, estuvieron cerca de los franceses insatisfechos. De Darío sólo tomaron la geometría, ciertos motivos, y el señuelo que nos hace seguir, a todo joven y a toda obra nueva, el derrotero que marca el innovador o el pionero. Como en el juego del "boomerang" australiano, aquellos jóvenes enfermos de exquisitos males", cayeron en una poesía más desolada, más sombría, casi macabra —podríamos decir—, aunque no por eso poesía de inferior calidad que la de sus primos europeos a quienes pretendieron renovar. Y ello era un hecho que respondía a la mecánica histórica de la época. Entonces, como ahora, las ideas se fabricaban en Europa. Nuestros jóvenes poetas, angustiados en el medio ecuatoriano, tan prosaico y cansino, voltearon la mirada a los europeos y en lugar de co-

regir en su poesía lo poco que había que corregir, añadióronla el tono lastimero de nuestra vida nacional parroquiiana y el arabesco forma de nuestro "barroquismo mestizo". Abandonaron al capitán, Rubén Darío, y siguieron navegando en la desvencijada nave de los simbolistas y parnasianos, en un mar de asombros y misterios, en búsqueda de "las últimas sirenas".

En "El Corazón de Eva", publicado en 1927, Arias es ya el poeta dueño de su poesía. Fino, pulcro, definido. El soneto "Eva", no es sino la definición más elegante de este embriagador pero siempre querido maleficio que es la compeñera de la vida: "frívola o enigmática y simple o complicada", como dice Augusto sobre la diosa de la existencia de los hombres.

El poeta entonces, estaba hecho. Más firme sería después, más dueño de sí mismo y de su arte en "Viaje" y "Canto a Beatriz" publicados en 1943 y 1945.

En el "intermezzo" de sus dos épocas de poesía, estuvo hecho también el prosista incomparable.

El biógrafo Augusto Arias es más ensayista que historiador, más ágil y flexible que el novelador de la historia.

Augusto Arias ha sido un devoto de la nacionalidad y de raza. No de otro modo se explica que haya escogido aquellos símbolos humanos de Mariana, Espejo, Montalvo, Cevallos y Martínez, como los personajes de su prosa esmerilada.

En la biografía de Mariana, sinfonía en prosa reluciente, Arias es el evocador del Quito colonial. Ensayo purísimo, bella síntesis del ambiente de la época, de intrigas conventuales, atisbos revolucionarios de los criollos, primeros orígenes del ingenio quitense —hoy orgullosa marca heráldica— y fuente del martirologio para el que ha sido tan pródiga la raza quiteña. En esos años, redivivos por la pluma de Arias, Lope estaría también escribiendo sus comedias de legítimo ambiente español.

En la biografía de la quiteña, Arias trata de humanizar a la mística y reconviene a sus biógrafos anteriores que sólo la han visto como descolorida estampa de breviario, insistiendo en que la santa quiteña sólo pide un "soplo de cariño".

Técnicamente no es el tipo de biografía al que estamos acostumbrados. Es una biografía poética, biografía mensaje, trascendente, vivo; sale de la familia histórica, para penetrar en los predios de la lírica, en un estilo de ensayo de la más alta calidad que pueda pedirse a este género brioso y moderno.

Si la biografía de Mariana está escrita de adentro hacia afuera —del sueño místico al martirio de la realidad—, la biografía de Espejo, "El Cristal Indígena", está escrito de afuera hacia adentro. De la vida del indio expresamente solitario, terco, racionalista en el público gesto y soñador e idealista en

la médula vital, brota como llama insobornable hasta nuestros días el precursor, el periodista literaturizado, el libelista de incipiente ciencia, más novedosa que verdaderamente investigativa para el ambiente pacato de la época.

En el doctor Espejo, orgulloso y cazurro, hay ya la incongruencia y contradicción del mestizo. Arias hace resaltar claramente el don excepcional de auto-crítica de Espejo, aunque sea para justificar las tesis lucianescas en palabras de su contrario blcardino.

¿Pero qué podía hacer un indio intelectual, solitario y marginado, sino luchar con todas las armas de su ingenio, como sigue luchando el quiteño de nuestros días? Su rebeldía alcanza por ello dimensiones superiores porque estuvo dirigida contra los conceptos - ambientes corporeizados en los hombres de la época y en los mediocres del régimen.

Espejo el precursor. Pero por encima del sentido episódico del calificativo ganado en la lucha por la libertad de estos pueblos, debe considerársele en la categoría dialéctica de construir la semilla fértil del mestizaje cultural que algún día dará sus frutos en esta parroquia del mundo definitivamente. Por eso, a pesar de la cierta timidez que se ha querido encontrar en la vida de Espejo, por su condición racial, admira sobremanera la revelación de este primer mestizo de la cultura. Y Arias ha traído incólume a nuestros días, aquel que -dicho en palabras del mismo Arias-, "preparó la pólvora para Bolívar".

Todas las obras selectas de Arias son dignas de un estudio completo. Pero había que resaltar lo más nuestro, lo más cercano a la raza y a la nacionalidad. Por eso tampoco podemos olvidar a "España Eterna". Ensayo que alcanzó fama intercontinental. Otros lo han comentado mejor de lo que podría hacerlo este novicio.

Arias, tranquilo manchego de esta época, pasea sus deslumbrados ojos por el continente español y por el contenido de sus hombres, de sus ciudades, de sus regiones, del espíritu vivo y perenne, de ésta sí, inextinguible hornacina que pese a todos los defectos de la conquista iluminó a América y resplandece en las generaciones del 98 y después.

Arias poeta, cronista, biógrafo, crítico, profesor de literatura. ¿Cómo olvidar ahora el sencillo texto escolar de su "Panorama" en el que cuantos aprendimos, aunque sea apresuradamente y para graduarnos de bachiller, la historia de nuestra literatura?

Augusto Arias por sobre todo, es el buen artesano que con amor y cuidado elabora sus obras límpidas. Leer la prosa de Arias es como deslizarse sobre la nieve, sin ruido. No es la composición opulenta, maniática, de altas olas y profundas

cañadas, que nos hace viajar sobresaltados sobre ríspidos párrafos o deslumbrados ante la exuberante geografía de los estilos fastuosos. Es simple y llana prosa ática, sobria y elegante -de la elegancia que es moderación y no fosforescente oropel. Es la clásica y medida manera de expresión a la que llegan los que dominan por completo el oficio.

No es la prosa del estilo por el estilo, es la prosa del estilo por la obra. Hacer un estilo estilista, o valerse del estilo por el vicio de estilizar, es como el pintor que juega con los colores sin llegar a pintar el cuadro. El que juega con las palabras se engaña a sí mismo. El estilo debe ser a la obra como el hombre a su alma. De tal modo que la circunstancia que se trata de representar, que los hechos que se trata de narrar, tengan una función exacta al órgano del estilo. La transliteración misma de las palabras debe llegar ceñida a la esencia de las ideas, al punto de fusión en la palabra -concepto. No debe ser la batalla enconada entre fondo y forma. Debe ser el brote espontáneo del fondo a la forma pura, en líneas armoniosas. Es una suerte mágica de equilibrio formal y esencial. Debe ser la prosa atlética, apta para todos los ejercicios. No una prosa enjuta y magra como para enseñar matemáticas ni la prosa opulenta que esconde en su frondosidad ciertos excesos y muchas ideas vacías. No debe ser la prosa del dómine, que hechado a la cama por su vieja, bien o mal, adquirida fama, ha convertido su pluma en indócil instrumento de parrafadas sueltas, inconclusas y desatadas, lacónicas como lenguaje telegráfico. Estos, escriben como hablan. Esos párrafos habituales son en la prosa como el fraseo, es sólo parte en la música. Tampoco debe ser la del bisoño, cuya prosa vacilante oscila entre audaces metáforas, ideas brillantes, sutilezas superficiales, giros fastuosos, productos del deslumbramiento adolescente, para luego caer en la llanura monótona del prosaísmo, o en la languidez exánime y agonizante, como el estilo del que dice estas líneas: aprendiz de escritor.

Si el estilo es el hombre debe estar en función de su obra. Y Augusto Arias ha estado siempre en función de la verdad, que es la vida de su país y de sus hombres.

El homenaje que se tributa esta noche a Augusto Arias a través de Augusto Arias, a través del estilo y del hombre, está dirigido al fondo, a la obra, a la sencilla verdad, al oficio nobilísimo de escritor que Augusto Arias representa.

El Grupo "Caminos" lo ha considerado así. Nosotros no constituimos la consabida peña literaria ni el sindicato de intelectuales. Creemos y esperamos que el fruto de esta generación sea un movimiento cultural. Con vanidad o sin ella, deseamos que constituya aquello que Ortega decía refiriéndose, en el umbral de este siglo, sobre las nuevas concepciones de la

filosofía de los valores, un nuevo 'organismo de ideas'. Debe estar seguro el Ecuador que no le fallaremos.

No estamos defendiendo lo caduco. Respetamos y admiramos lo viejo, porque es semilla y porque muchas veces hay en ello un eterno sabor de escondida juventud. Cuántas veces, en cambio, hay en la juventud la frustración prematura, jóvenes ya muertos o atrofiados, paralizados en su estado larvario. Lo caduco es polvo, lo viejo muchas veces es fruta jugosa, madurada y desarrollada normalmente. En la vejez lozana, fresca, como la obra de Augusto Arias, está lo auténticamente clásico, lo perenne, lo dialéctico y dinámico, no en la simple y suicida osadía del mediocre. Por eso no permitiremos que de la verdad y del justo anhelo e inevitable camino revolucionario, pretenda apropiarse la audacia atrofiada y levantisca. Nosotros no necesitamos reducir cabezas de nadie porque las cabezas inservibles se evaporan por sí mismas. La Historia siempre se encarga de recoger lo que vale y desechar lo inútil. Como en ninguna otra actividad humana, en el arte se cumplen inflexiblemente ciertas leyes de generación espontánea. Y lo que queda, por sincero y auténticamente revolucionario, alcanza la estatura de lo clásico. ¿No es clásico, acaso, el anhelo de justicia, vieja meta del hombre, o el simple esquema de hacer el bien y evitar el mal?. ¿Y no es esto revolucionario?.

Sabemos muy bien que los cambios tendrán que llegar. En la decisión suprema e irrenunciable, estaremos con la causa de la justicia de este pueblo. Pero mientras tanto, de nada sirve pregonar una beligerancia de cantina, para, en la hora de la verdad, parapetarse detrás de las mesas de los cafés o esconderse debajo de la cama. Nosotros sí saldremos a la calle. Como ha salido la obra del Grupo, a la claridad del medio día, no a escondidas, en recitales tenebrosos.

Augusto Arias perdonará esta premeditada digresión. Pero era necesario clarificar las cosas.

Insisto en mi idea del comienzo de que el lazo dialéctico —y excúsenme el abuso de la palabreja de moda— es el que une lo valioso de una generación con la promesa o la realidad de la siguiente.

El homenaje a Augusto Arias es también a ese nexo perenne, verdadero eje de la vida de los hombres y las cosas.

Augusto Arias, hombre joven en el cenáculo académico y maduro en la peña de la juventud, aceptará este homenaje en nombre del oficio que es él mismo. A ése, su caro oficio, le tributamos nuestra admiración.

En un país donde las ideas caminan de cabeza y los hombres pisan las arenas movedizas de la relatividad de las ideologías, donde no se sabe en qué punto termina la verdad de

los unos y empieza la de los otros, porque todos hablan de lo mismo, constituir por lo menos un hombre entregado imparcialmente a un oficio noble, es ya una proeza.

Y Augusto Arias se ha entregado a ése, su oficio. Ha sido el arquetipo de la honradez intelectual.

Este no es el homenaje de los que vienen para los que se van, porque Augusto Arias nunca se ha ido. Augusto Arias no necesita irse para volver. El siempre ha estado aquí. Encadenado perpetuamente a su arte, sembrado definitivamente en su tierra de verde viento ecuatorial.



## DISCURSO DE CONTESTACION AL GRUPO "CAMINOS"

Cuando Atahualpa Martínez, el dinámico Presidente del Grupo "Caminos" me anunció los preparativos de un homenaje a mi obra de escritor, vacilé al comienzo con el ánimo natural de mi temperamento sin reclamos importantes ni oportunos, pero me bastaron las amables palabras de quien ha sabido templar su fiebre lírica con un sentido de humanidad, para saber que los jóvenes poetas y escritores que se acogen a un nombre sugestivo por lo que promete de viaje -recuerdo las palabras de un escritor nuestro con las que coincidirán las de "Caminos" por su tierna esperanza y su falta de impaciencia, "el placer de marchar cantando no está en llegar sino en ir"-Más que el amigo de sus inquietudes, de sus fantasías y de sus verdades, de su verso que nace dorado como el trigo ecuatorial o con la breve ala de sombra que la golondrina proyecta sobre nuestros maizales, querían consagrar ese testimonio a la fe de sus años mozos, que para la natural resistencia a la que aspira el hombre, prefiere escribir a borrar, y confía en el discernimiento, en la obra de los días que nos parece lenta al principio, pero sin la cual no es posible que coloren los frutos ni se levante el contorno de la levadura.

Quisiera no haber merecido las gentiles palabras de Atahualpa Martínez, el estudio de Darío Moreira, para dedicarles elogio que no sonara a retribución. Pero habéis oído al joven manabita en sus páginas apretadas de ideas, armoniosas y fluidas y le aplaudisteis conmigo, más que por el generoso encomio de mis letras, por la gallardía, ajena a prejuiciados estímulos o a urgencias contemporáneas, con la que ha sabido ver el tránsito de las generaciones y buscar, con voluntad que ha de premiarle a su tiempo, un eslabón que las una, y que justifique, según sus propias palabras, la parábola vital, "lo auténticamente dialéctico y dinámico, lo perenne e indestructible".

Darío Moreira ha recordado, con giro que no se pierde en circunstancias adyacentes, la que pudiera decirse historia, que ya no es corta, a lo menos por la perseverancia, de mis

poemas, de mis artículos, de mis libros. Es cierto, como él ha investigado o intuido, que mis primeros versos fueron escritos "en el escondido silencio que limita los instantes dedicados a las tareas escolares". De niño, antes de llegar a la escuela regida por las señoritas Toledo, me enseñó a leer mi madre y aprendí a escribir casi de inmediato, en letras de imprenta que copiaba de mi silabario, utilizando sólo las mayúsculas por más fáciles de trazar. De un libro que mi padre diera a mi madre cuando eran novios, el "Tabaré" de Zorrilla de San Martín, comencé a reproducir las estrofas que más me impresionaron en esos toscos caracteres que alargaban las *aes* y buscaban la redondez de la *o*, o la curva, como en movimiento, de las *eses*. De pronto, entre esos versos que me conmovían, surgía vacilante, espontánea, desconocedora de su imagen y de su música incipiente, la frase propia. Apareció más tarde el periódico manuscrito, y al ingresar y al primer año del Colegio "Mejía", el papel impreso, ya en la revista "El Crepúsculo", que traía el de la mañana como dijo José de la Cuadra, o en "La Idea", a la que fuera llamado ese "otro niño de cuerpo pequeño y tímida apariencia y acentuada delicadeza en sus actos y en sus palabras", como escribe Hugo Alemán en su libro "Tránsito de generaciones".

Generación aquella que, según Moreira, supo romper los lazos dolientes y se preservó cantando por la herida. Cuantas felices observaciones y juicios en el estudio del joven prosista de "Caminos". Como en un cuento suyo, muy bien logrado, sobre el que le hablé esta mañana, la continuidad de pensar y escribir, con las frecuentes y necesarias divagaciones del oficio antidogmático de la poesía, podía hallar algún *simil* en aquello de "todas las tardes dibujos y siempre el mar...". Dibujamos en el afán de encontrar la forma que dé consistencia a las ideas y a los sentimientos, escribimos a veces en la arena, con deliberación o sin ella, las palabras destinadas a perderse, y el mar, el mar innumerable de Valery o el contemplado de Pedro Salinas, golpea en nuestros cantiles, pule nuestras conchas, vá hacia la sed de nuestros corales remotos, nos golpea en el pecho o en la espalda para librarnos del naufragio, nos sala los labios.

No prescindiré de referirme al señalamiento, por Darío Moreira, de los libros míos que también prefiero, Mariana de Jesús, Espejo, España Eterna. Rendí con los dos primeros homenaje filial a la ciudad de mi nacimiento. Solar en el que pudieron brotar azucenas de blancura tan diáfana, salidas de la raíz de la sangre de una tan preciosa como santa criolla,

y amapolas de encendido vuelo para desprenderse del papáver del sueño de justicia de Eugenio Espejo, es de los que por más fríos que parezcan, esperan sin renegar y saben que en su tierra, bajo soles occiduis o azotes de granizo, se renovarán las azucenas para la tersura del alma y en la gema roja continuará viviendo el símbolo de la llama que purifica.

Hablaron por mí y para mí los jóvenes poetas y escritores del Grupo "Caminos", cuyo fervor, si se mantiene principalmente en la lírica, se adiestra para el camino del hombre que es el aprendizaje que jamás concluye. Grupo en el que se alistan también pintores y músicos, en obediencia a la indiscutible unidad de las artes, a su constante intercambio de atributos que siempre nos hizo pensar en los colores de la poesía y en las palabras de la música y de la pintura. Poetas de nuestra edad a los que siempre quise comprender cariñosamente aún cuando no cante con ellos y en cuyos cuadernos tienen que resaltar las señales contemporáneas, la dureza del tiempo, al lado, desde luego, de una romántica tendencia sin muerte que ha de subsistir en cuanto existan —para citar a uno de los miembros de "Caminos"— espíritus como el de Ana María Iza y un pañuelo que se dijera de subjetiva Verónica para la lágrima que sale sin que podamos detenerla.

Si el negocio, en el que suelen triunfar con justo derecho más los prosaicos que los prosistas, es según su etimología, la negación del ocio, porque es algo que no es el ocio, no faltan quienes hablan, con paradoja y todo, del ocio fecundo de la poesía. No creo en esa espiciosa propuesta. Abro, al azar, el volumen de la poesía completa de Juan Ramón Jiménez, y encuentro que sólo la poesía, igual que una espada pura —son sus versos de rima interior— dá escrito el pensamiento al sol del día infinito con la virtud de su destello, y que quien no sabe con que decirlo porque aún no está hecha su palabra, es porque no ha buscado las palabras de la poesía. Asimismo cuando Juan Ramón, ya en su dominio de eternidades o en la soledad aparente, por libre de influencias adjetivas, de su piedra y cielo, sintióse sencillo y simple en el reinado intemporal de la poesía, dijo de su júbilo de haber logrado su lugar desde donde dominaba el mundo o buscó para la poesía esas imágenes pequeñas y universales, de las cosas que saben penetrar todo, de las cosas que bañan a las cosas, que las envuelven, que las vivifican, al decir que la poesía es rocío de cada aurora, hija de cada noche; fresca, pura verdad de las estrellas últimas sobre la verdad tierna de las primeras flores; caída matinal del cielo al mundo.

Soy de los que piensan que a quien se da poesía ya no puede ofrecérsele más. Mi agradecimiento emocionado para Atahualpa Martínez, para Darío Moreira, para Fausto Terán Egúez. Para Claudio Aizaga por la música suya en la que se levantan sentidos terruñales. Para los queridos poetas Ana María Iza, Carlos Vicente Andrade, Guillermo Ríos Andrade, Manuel Ruiz, Oscar Silva, Félix Yépez Pazos. Para Lupe Rosero que da flexibilidad a mis poemas. Para Pancho Piedra que me acompaña con canciones de mi gusto. Para mi gran amigo, el poeta Enrique Noboa Arízaga, quien me ha dedicado su laureado sonetario a la ciudad de Ambato.

## LA PALABRA POESIA Y OTRAS CUATRO A ELLA REFERENTES

### INCORPORACION AL GRUPO "AMERICA"

Las palabras de don Augusto Arias han sido tan gentiles, que este nuevo socio del Grupo AMERICA faltaría a su deber de honradez si no dejase constancia sincera, por su parte, de la exigüidad de los propios méritos, que en manera alguna lo califican para honor tan escogido como es el de ocupar un sitio aquí, junto a los letrados insignes que forman esta preclara institución.

Sólo un pormenor podrá hacer coherente tal vez mi presencia en el Grupo, y este sí, deseo destacarlo con fervor, porque me parece ver en él algo como la flecha del destino que señala a cada hombre su trayectoria. Me refiero al eficaz papel que el Grupo AMERICA, sin sospecharlo siquiera, ha jugado en mi modesta vocación literaria.

No es esta, por fortuna, la primera vez que aludo a este nexo providencial; que de serlo podría acaso mi testimonio estimarse como fácil oportunismo. Fue en 1956 cuando consigné a otro propósito el dato de que la primera lectura sería de mi vida la constituyeron las entregas sucesivas de la importante revista que publicaba entonces el Grupo, de 1930 en adelante. AMERICA —así se llamaba la publicación— fue un vívido fermento en mi alma de quince años, y su impulso resultó decisivo para el rumbo triple que habían de tomar mis sencillos trabajos en el campo de la Literatura.

No publicaba mucha poesía la revista, pero la que publicaba era de calidad. Un Antonio Montalvo, un Alfredo Martínez, un Augusto Arias firmaban aquellos poemas, y el lector adolescente no tardaría en responder a tal estímulo. Ese fue el punto de partida para ciertas travesuras líricas que cristalizaran, andando el tiempo, en un poemario.

El núcleo de la revista lo formaban ensayos de las mejor cortadas plumas del Ecuador. A lo Montaigne, a lo Lamb, alguna vez a lo Macaulay también, los ensayos de AMERICA

constituyen una colección de crítica literaria que difícilmente tendrá equivalente en otras publicaciones ecuatorianas.

Pues esas disquisiciones exquisitamente inteligentes ¿qué horizontes no habrán abierto al muchacho tempranamente aficionado al filosofar estético? Allí tomaría él ese instinto de doble fase con que el criterio se sitúa ante la obra de arte: primero, gozarla absolutamente, en efusión de niño, como si ninguna otra cosa hubiera que hacer; pero luego pararse a reflexionar sobre la causa de ese deleite, y no menos sobre los factores que tal vez lo limitan. Y con eso, la valiente sinceridad para dar su opinión, con gentileza ciertamente, pero con franqueza también.

Y tengo, en fin, con aquella revista del Grupo AMERICA una deuda que con especial empeño deseo subrayar: en ella comprobé la necesidad del noble decoro en el estilo.

Plumas a la vez brillantes y seguras me mostraban que uno puede ser original y brioso y sin alardear de ignorante ni pedante. Aprendí a distinguir entre novedad y novelería, a advertir lo que va del vuelo del albatros, a los bailoteos del pingüino.

Y comprendí de este modo que uno no empieza a ser persona sino cuando ha superado ya la etapa fatal de la iconoclasia. Todos hemos sido iconoclastas un día —es lo normal— como todos, de muchachos, hemos roto vidrieras. Pero si seguimos rompiéndolas pasados los treinta años, lo único que eso prueba es que no tenemos derecho todavía a que se nos llame "hombres".

Y como un aspecto importante de este decoro en el estilo es la dignidad del idioma, la Revista AMERICA me inició de hecho en el culto de la lengua castiza, limpia en morfología y pura en sintaxis, no importa lo que cueste —y cuesta mucho— este anhelo de seriedad.

\* \* \*

EL DICCIONARIO DE LA LENGUA ESPAÑOLA en su edición 18<sup>a</sup>, 1956, en el vocablo poesía, dice así:

POESIA: Expresión artística de la belleza por medio de la palabra sujeta a la medida y cadencia, de que resulta el verso.

2. Arte de componer obras poéticas.
3. Arte de componer versos y obras en verso.
4. Género de producciones del entendimiento humano, cuyo fin inmediato es expresar lo bello por medio del lenguaje.

5. Fuerza de invención, fogoso arrebató, sorprendente originalidad y osadía... encanto indefinible, o sea conjunto de cualidades que deben caracterizar el fondo de este género de producción del entendimiento humano, independientemente de la forma externa...
6. Obra o composición en verso, y especialmente la que pertenece al género lírico...
7. Cierta indefinible encanto que en personas, en obras de arte y aun en cosas de la naturaleza física halaga y suspende el ánimo infundiéndole suave y puro deleite.

Puestos a examinar estas siete acepciones del término POESIA, ocurren las consideraciones siguientes:

### EL ORDEN

Desde luego, deja que desear el orden en que dichas acepciones se han distribuido. Ante todo, porque contradice a la norma que se impone el mismo Diccionario en las REGLAS PARA EL USO DE ESTE DICCIONARIO que figuran al principio del volumen. El segundo párrafo de estas reglas dice así:

“En cada artículo van colocadas por este orden las diversas acepciones de los vocablos: primero, las de uso vulgar y corriente; después... las familiares, las figuradas, y por último las técnicas”.

En la palabra CIUDAD, por ejemplo, el Diccionario cumple puntualmente esta norma, pues dice así:

**CIUDAD, Población comúnmente grande.**

2. Conjunto de casas y edificios...
3. Ayuntamiento o cabildo...
4. Diputados o Procuradores a Cortes.

En el vocablo POESIA ¿se ha observado la misma disciplina? Vamos a verlo.

Debía ir primero la acepción “de uso vulgar y corriente”. ¿Cuál es? Podemos averiguarlo interrogando a personas vulgares y corrientes también. El que habla lo ha hecho nueve veces, en diferentes países hispanohablantes, incluyendo España. Uno de los interrogados —que resultó no ser tan vulgar y corriente como parecía— dio una respuesta no prevista en la clasificación del Diccionario. Los otros ocho respondieron de una manera que —descartada su natural imprecisión— coincide evidentemente con la que el Diccionario trae en sexto lugar, a saber: **POESIA. Composición en verso, y especialmente la que pertenece al género lírico.**

Según este microplebiscito, la acepción 6 debía, pues, ocupar el primer apartado. Luego —de acuerdo con las REGLAS mencionadas— deberán distribuirse las otras acepciones en el orden siguiente.

Como 2ª, la que tiene ahora n. 2, pues no es sino consecuencia de la actual n. 6, a saber: **POESIA. Arte de componer obras poéticas.**

Como 3ª, la que ahora es n. 7, que consigna el sentido familiar del término: **POESIA. Cierta indefinible encanto que halaga y suspende el ánimo, infundiéndole suave y puro deleite.**

Como 4ª, la actual n. 5, de sentido figurado, pero con algún elemento técnico ya: **POESIA. Fuerza de invención, fogoso arrebató, originalidad y osadía, o sea conjunto de cualidades que deben caracterizar el fondo de este género de producción.**

Como 5ª, la actual n. 1, que es ya indudablemente técnica: **POESIA. Expresión artística de la belleza por medio de la palabra sujeta a medida y cadencia.**

Y como 6ª, finalmente, la actual n. 4, que precisa y completa la anterior: **POESIA. Género de producciones cuyo fin es expresar lo bello por medio del lenguaje, y cada una de las distintas especies o variedades de este género. Poesía lírica, épica, dramática, etc.**

En resumen, para ser fiel a la norma que él mismo se impone, el Diccionario debería consignar las diversas acepciones en el siguiente orden: 6, 2, 7, 5, 1, 4.

Como se ve, dejamos fuera de consideración la acepción n. 3, que dice: **POESIA. Arte de componer versos y obras en verso.** Opino que esta acepción debería simplemente suprimirse. Los motivos de tal supresión aparecerán por sí solos, según espero, después de las observaciones que voy a hacer a continuación.

Estas se refieren a las acepciones que el Diccionario trae actualmente en los números 1 y 4. Son las dos acepciones técnicas, y en su consideración deseo detenerme más despacio, pues es asunto que importa mucho más que la simple cuestión de orden que acabamos de examinar.

#### **PUNTO DE PARTIDA**

Mis observaciones se inspiran en el principio de que las acepciones técnicas del Diccionario deben redactarse de tal manera que no prejuzguen cuestiones discutidas entre los técnicos respectivos; no deben dar nunca la impresión de querer sentenciar autoritativamente alguna *quae adhuc sub iudice lis est*.



5. Fuerza de invención, fogoso arrebató, sorprendente originalidad y osadía... encanto indefinible, o sea conjunto de cualidades que deben caracterizar el fondo de este género de producción del entendimiento humano, independientemente de la forma externa...
6. Obra o composición en verso, y especialmente la que pertenece al género lírico...
7. Cierta indefinible encanto que en personas, en obras de arte y aun en cosas de la naturaleza física halaga y suspende el ánimo infundiéndole suave y puro deleite.

Puestos a examinar estas siete acepciones del término **POESIA**, ocurren las consideraciones siguientes:

### EL ORDEN

Desde luego, deja que desear el orden en que dichas acepciones se han distribuido. Ante todo, porque contradice a la norma que se impone el mismo Diccionario en las **REGLAS PARA EL USO DE ESTE DICCIONARIO** que figuran al principio del volumen. El segundo párrafo de estas reglas dice así:

"En cada artículo van colocadas por este orden las diversas acepciones de los vocablos: primero, las de uso vulgar y corriente; después... las familiares, las figuradas, y por último las técnicas".

En la palabra **CIUDAD**, por ejemplo, el Diccionario cumple puntualmente esta norma, pues dice así:

- CIUDAD**, Población comúnmente grande.
2. Conjunto de casas y edificios...
  3. Ayuntamiento o cabildo...
  4. Diputados o Procuradores a Cortes.

En el vocablo **POESIA** ¿se ha observado la misma disciplina? Vamos a verlo.

Debía ir primero la acepción "de uso vulgar y corriente". ¿Cuál es? Podemos averiguarlo interrogando a personas vulgares y corrientes también. El que habla lo ha hecho nueve veces, en diferentes países hispanohablantes, incluyendo España. Uno de los interrogados —que resultó no ser tan vulgar y corriente como parecía— dio una respuesta no prevista en la clasificación del Diccionario. Los otros ocho respondieron de una manera que —descartada su natural imprecisión— coincide evidentemente con la que el Diccionario trae en sexto lugar, a saber: **POESIA**. Composición en verso, y especialmente la que pertenece al género lírico.

Según este microplebiscito, la acepción 6 debía, pues, ocupar el primer apartado. Luego —de acuerdo con las REGLAS mencionadas— deberán distribuirse las otras acepciones en el orden siguiente.

Como 2ª, la que tiene ahora n. 2, pues no es sino consecuencia de la actual n. 6, a saber: **POESIA. Arte de componer obras poéticas.**

Como 3ª, la que ahora es n. 7, que consigna el sentido familiar del término: **POESIA. Cierta indefinible encanto que halaga y suspende el ánimo, infundiéndole suave y puro deleite.**

Como 4ª, la actual n. 5, de sentido figurado, pero con algún elemento técnico ya: **POESIA. Fuerza de invención, fogoso arrebató, originalidad y osadía, o sea conjunto de cualidades que deben caracterizar el fondo de este género de producción.**

Como 5ª, la actual n. 1, que es ya indudablemente técnica: **POESIA. Expresión artística de la belleza por medio de la palabra sujeta a medida y cadencia.**

Y como 6ª, finalmente, la actual n. 4, que precisa y completa la anterior: **POESIA. Género de producciones cuyo fin es expresar lo bello por medio del lenguaje, y cada una de las distintas especies o variedades de este género. Poesía lírica, épica, dramática, etc.**

En resumen, para ser fiel a la norma que él mismo se impone, el Diccionario debería consignar las diversas acepciones en el siguiente orden: 6, 2, 7, 5, 1, 4.

Como se ve, dejamos fuera de consideración la acepción n. 3, que dice: **POESIA, Arte de componer versos y obras en verso.** Opino que esta acepción debería simplemente suprimirse. Los motivos de tal supresión aparecerán por sí solos, según espero, después de las observaciones que voy a hacer a continuación.

Estas se refieren a las acepciones que el Diccionario trae actualmente en los números 1 y 4. Son las dos acepciones técnicas, y en su consideración deseo detenerme más despacio, pues es asunto que importa mucho más que la simple cuestión de orden que acabamos de examinar.

#### **PUNTO DE PARTIDA**

Mis observaciones se inspiran en el principio de que las acepciones técnicas del Diccionario deben redactarse de tal manera que no prejuzguen cuestiones discutidas entre los técnicos respectivos; no deben dar nunca la impresión de querer sentenciar autoritativamente alguna *quae adhuc sub iudice lis est*.

La razón de este principio está en la naturaleza misma del Diccionario. Este registra innumerables términos que se refieren a problemas prolijamente debatidos por especialistas, sobre todo en materias de alcance filosófico. Volúmenes enteros han dedicado estos investigadores a dilucidar tal o cual aspecto menudo de su polémica, y mal podría el Diccionario pretender zanjar en cinco líneas una de esas contiendas especializadas, que ni siquiera caen directamente bajo la esfera de su competencia.

De hecho, es admirable la discreta delicadeza con que el Diccionario suele proceder en estas ocasiones: redacta las acepciones de modo que ninguna de las partes pueda darse por ofendida. El caso del vocablo POESIA debe considerarse como excepción, y esto mismo destaca más la conveniencia de que deje de serlo.

Y precisamente en el término POESIA deberían extremarse —si en alguno— las precauciones. Noción misteriosa —para unos— como el don mismo que ella implica; concepto preciso —para otros— innecesariamente alambicado y que debe restituirse a su intrínseca claridad: bien pudiera el vocablo POESIA ser la piedra de toque para clasificar los temperamentos según las dos vastas categorías en que se divide la Humanidad: místicos versus racionalistas.

Platón, Pascal, Brémond, Drinkwater, Juan Ramón Jiménez, de un lado. Edgar Poe, Paul Valéry, Paul Souday, de otro —para no citar sino los muertos. Los unos exaltan la intuición, en poesía; los otros, la reflexión; los primeros, lo imprevisible del raptó; el cálculo de lo matemático los segundos.

Vico, Baumgarten, Schelling, incluyen la poesía en una estética que es una verdadera filosofía, aunque de carácter intuitivo. De Sanctis, Pater, Haslick, Fiedler, se niegan a admitir en ella nada que con la Filosofía pueda relacionarla.

El arte de cada época o de cada área cultural, determina apreciaciones críticas con ambiciones generalizadoras, y es así como Mallarmé da lugar a la teoría del *ineffable*: la *Poésie pure*; mientras Walt Whitman ocasiona sobre lo poético un concepto más holgado, en la doctrina y en la práctica.

Estos modos diversos de ver la poesía originan posturas diferentes respecto a los requisitos también. ¿Hasta qué punto es necesario, o simplemente útil el verso? ¿Pero qué es el verso, al fin? ¿Y no hay acaso una forma intermedia entre el verso y la prosa? ¿En qué consistiría ésta, qué elementos la integrarían, cómo debería llamarse?

¡Etc., etc. etc.! Las nociones mismas son llamadas a revisión. Las cuestiones crecen, se bifurcan, se complican pro-

gresivamente, suscitando ardientes polémicas— todo un drama se podría componer con este argumento. Y el Diccionario debe tomar en cuenta estas complejidades, y esmerarse porque las acepciones que atribuye al vocablo central POESIA, no provoquen protesta alguna que pueda reclamar para sí el calificativo de justa.

¿Cumple actualmente el Diccionario esta elemental exigencia en lo referente al vocablo POESIA?

Vamos a examinarlo en las dos acepciones técnicas que hemos señalado.

### LAS DOS ACEPCIONES TECNICAS

Acepción n. 1. Dice el Diccionario:

**POESIA.** Expresión artística de la belleza por medio de la palabra sujeta a la medida y cadencia, de que resulta el verso.

**Expresión artística de la belleza.** No pocos rechazarán esta fórmula, calificándola de "estetizante". A partir de Kierkegaard, sobre todo, quienes filosofan sobre la poesía tienden a destacar su capacidad para expresar la vida, antes que su capacidad para expresar la belleza. Lo vital, no lo estético, ocuparía el primer plano. La poesía primariamente estética no sería sino una clase de poesía, y no la más profunda ni valiosa, por cierto.

Para reemplazar esta fórmula habría que buscar, pues, otra redacción. Me permito sugerir esta: "**POESIA. Expresión artística de lo más humano del hombre**".

Como se ve, en la enmienda propuesta se conserva el epíteto "**artística**", involucrando en él lo que hay de indiscutible en el término **belleza**, cuya supresión sugerimos, por la razón indicada. La permanencia de **artística** suscitara alguna discrepancia en los poetas y teorizantes que gustan más bien de cierta negligencia en la forma. Pero sería una discrepancia más verbal que real, pues ellos mismos reconocen que se trata, no de cualquier descuido de la forma, sino de cierto descuido exquisito, nacido del afinamiento que es connatural a los temperamente poéticos.

La expresión de **lo más humano del hombre** trata de interpretar el rumbo vitalista a que antes aludíamos: acentúa la indole eminentemente antropológica de la poesía, no solo en la época actual sino en todas las edades, aun en las más remotas.

Tómese, de cualquier poeta, de cualquier tiempo, los textos que se han hecho universalmente famosos, y se advertirá

que un altísimo porcentaje de ellos —un noventa por ciento, o más— tienen por común denominador esto de ser un sondeo del corazón, un intento de iluminar el enigma del hombre.

Los temas de la poesía son o humanos o humanizados. Hablan del amor y el dolor, del júbilo y la tristeza. Vicios y pasiones, sueños y desengaños del hombre en sus diferentes edades y calidades, son el *leitmotiv* necesario, siempre viejo y siempre nuevo. El hambre de Dios que lo consume, las perplejidades del más allá que lo llama, harán, siempre de este Prometeo eternamente encadenado, un símbolo, crucificado en alaridos por los siglos de los siglos.

La fauna, la flora, el paisaje, no inspiran sino en la medida en que dan ocasión a la ruskiniana *Pathetic Fallacy*, y en este sentido tiene plena razón Schleiermacher, cuando dice que al hombre no le interesa sino el hombre. ¿No fue justamente este nuestro vívido anhelo el que vino a satisfacer Dios al humanarse?

Pues todo este acervo complejo de vivencias tales como aparecen en los documentos poéticos del mundo, es el que pretendemos condensar en la fórmula que sugerimos: **POESIA, Expresión de lo más humano del hombre.**

Podrá objetarse que este carácter humanístico no es exclusivo de la poesía, pues con ella lo comparten todas las otras artes también. Y es verdad. Pero es que nuestra fórmula precisa a continuación: por medio de la palabra: **POESIA, expresión de lo más humano del hombre por medio de la palabra** .

Otra objeción podría aducirse, desde una posición escolar: es la existencia innegable de una poesía de tendencias meramente objetivas; el caso extremo lo tendríamos en el Parnasianismo. Mas para hoy está fuera de controversia el sustrato íntimamente subjetivo de tales objetivismos, como lo evidencian, por lo demás, los poemas de los grandes parnasianos —un Leconte de Lisle, un Heredia.

Continuemos revisando esta acepción de Poesía tal como consta en el Diccionario. La segunda parte de ella se muestra más vulnerable aún que la primera.

Después de haber dicho que **POESIA** es la expresión de la belleza, añada: **por medio de la palabra sujeta a la medida y cadencia, de que resulta el verso.** Inconvenientes de este segundo texto:

1º—En el mejor de los casos adolece de ambigüedad: ¿pone el verso como esencial a la poesía, o no? Por ambiguo lo tuvieron algunas personas de talento cuya opinión pedí. Y la ambigüedad en ninguna parte es menos aceptable que en un Diccionario.

2º—Mucho más numerosos son quienes entienden este texto del Diccionario como una exigencia positiva, a saber: "Poesía es la expresión de la belleza por medio del verso". Ahora bien, que el verso sea esencial a la poesía no lo admite nadie tal vez. No lo admite ni el mismo Diccionario, puesto que para ilustrar luego la acepción n. 5 aduce la sentencia: **Esta obra en prosa está llena de poesía; aquella en verso carece de ella**".

3º—El texto no parece cumplir la norma lógica de que la definición sea más clara que lo definido. Para esclarecer el concepto de poesía acude al concepto de verso, sujeto a controversias tan increíblemente sutiles, que nadie que un poco se haya internado en ellas pensará siquiera en admitir la definición que de verso da el Diccionario, a saber: **un conjunto de palabras sujetas a medida y cadencia según reglas fijas**.

En resumen, un texto de Diccionario avocado a tan serios inconvenientes no ofrece garantías suficientes para poder quedar como está. Por eso en vez de él venimos propugnando una redacción simplificada que, como hemos dicho, quedaría más o menos así:

**POESIA. Expresión artística de lo más humano del hombre por medio de la palabra.**

Una objeción surge de inmediato: la acepción así redactada ¿no abarca más de lo que debe abarcar? Según ella podrían, en efecto, designarse como poesía pasajes insignes de Oratoria y de otros géneros literarios. Respondo:

Sí, indudablemente, y es precisamente esa la conclusión a que llegan muchos de los más profundos teorizantes, a saber que lo que una producción de cualquier género tiene de intensamente humano lo debe precisamente a la dosis de poesía que incluye. Pero esta deducción no queda explícita en la fórmula propuesta, con lo cual el Diccionario cumple el deber de dejar libre el campo para esclarecimientos y discusiones que no caen directamente bajo su autoridad.

#### **LA ACEPCION n. 4**

Las observaciones anteriores se refieren a la acepción n. 1. Vamos a aplicarlas ahora a la n. 4, que dice así:

**POESIA. Género de producciones del entendimiento humano cuyo fin inmediato es expresar lo bello por medio del lenguaje.**

No satisface en esta fórmula la designación de la poesía como un producto del **entendimiento** humano. En este punto el acuerdo puede darse como universal, pues la generalidad de los teóricos insiste en que la poesía procede, adecuadamen-

te, no de tal o cual facultad del hombre, sino del conjunto de las facultades humanas, que operan en sinergia vital; lo cual explicaría precisamente el carácter antonomásticamente humano que distingue a la poesía.

La segunda parte de la acepción, según la cual el fin inmediato de la poesía es **expresar lo bello por medio del lenguaje** tendría que modificarse en coherencia con lo expuesto en las acotaciones a la acepción n. 1.

En resumen, para obviar el doble inconveniente de esta acepción n. 4, podría redactársela más o menos así:

**POESIA. Género de producción artística cuyo fin es expresar lo más humano del hombre por medio del lenguaje ...**

Un lector distraído objetará tal vez que no es esto lo que el hombre común entiende por POESIA. Le respondemos recordándole que las presentes observaciones se refieren solo al sentido técnico del término; el sentido popular quedó establecido en la acepción n. 1. (n. 6, según el orden actual del Diccionario).

#### TERMINOS AFINES

Como se deja entender, un cambio de redacción en las dos acepciones técnicas del vocablo POESIA, traería consigo la necesidad de revisar igualmente otros términos afines: poeta, poetisa, poetizar; poética, poema, poemático; poético, poéticamente. Por fortuna, solo cuatro de ellos participan de los inconvenientes que acabamos de indicar. Son los siguientes:

1. POETA, término al que el Diccionario señala dos acepciones:

**POETA. El que hace versos. 2. El que compone obras poéticas y está dotado de las cualidades necesarias para componerlas.**

La primera acepción debería eliminarse sin más, según los razonamientos anteriores. En la segunda podrían introducirse con provecho ligeras variantes.

En vez de **el que compone obras poéticas** podría decirse, **el autor de producciones poéticas**. La expresión **el que compone** molestaría innecesariamente a quienes insisten en el carácter repentino, casi carismático, de la creación poética. Y en cuanto a **obras poéticas**, esta expresión parece sugerir de preferencia productos de larga extensión, inconveniente que se evita con solo decir **producciones** en vez de **obras**.

Sería asimismo ventajoso cambiar la copulativa **Y** por la disyuntiva **O**. La actual redacción dice: **POETA**. El que compone obras poéticas y está dotado de las cualidades necesarias para componerlas.

La nueva redacción diría: **o está dotado de cualidades**, etc. Poner **Y** implica cierta contradicción pues parece decir que para que alguien sea poeta no basta que produzca poesía, sino que es necesario además que pueda producirla —¡como si el acto no probase eficazmente la potencia correspondiente! Al poner **o**, en cambio, simplemente se atribuye el nombre de poeta tanto a quien ha producido ya poesía, como a quien — aunque no la haya producido — posee capacidad para producirla; sentido en el que se usa efectivamente el término **POETA**.

Reunidas, pues, estas modificaciones, la acepción quedaría:

**POETA**. El autor de producciones poéticas, o el que tiene dotes para ellas. Correlativamente deberían modificarse las acepciones asignadas a:

2. **POETISA**. Antes se decía **POETISA**, Mujer que hace versos... (etc. exactamente como **POETA**). La nueva redacción podría decir:

**POETISA**. La autora de producciones poéticas, o la que tiene dotes para ellas. O quizá simplemente así: **POETISA**, femenino de poeta.

3. En **POETIZAR** dice la primera acepción del Diccionario: **POETIZAR**. Hacer o componer versos u obras poéticas. La nueva redacción podría decir:

**POETIZAR**. Hacer poesía (acepción n. 6).

Esta acepción n. 6 es la que largamente nos ha detenido arriba.

4. En **POEMA** dice la 1ª acepción. **POEMA**: Obra en verso, o perteneciente por su género, aunque esté escrita en prosa, a la esfera de la poesía.

Podría modificarse así: **POEMA**. Producción que pertenece a la esfera de la poesía.

Además de los anteriores hay en el Diccionario otros vocablos como **arte**, **verso**, **estro**, **inspiración**, que se relacionan con el término Poesía. Algunos de ellos podrían ser objeto de modificaciones ventajosas. Pero sus inconvenientes actuales no son, ni serios, ni de tal índole que deban corregirse necesariamente al corregir los términos considerados en las presentes notas.

Juzgo, pues, preferible que se deje para otra coyuntura la consideración de este segundo grupo de términos afines al vo-



cable Poesía, y se examine ahora exclusivamente la exposición hecha acerca de los cinco vocablos.

La redacción de estos —integrando el texto con lo que cambia y con lo que permanece— quedaría de la manera siguiente (los registramos en el orden alfabético con que los registra el Diccionario):

**POEMA.** (del latín Poema, y éste del griego *poiema*) m. producción que pertenece a la esfera de la poesía. Principalmente se da este nombre a las producciones de alguna extensión. **Poema épico, dramático.** 2. Suele también tomarse por Poema Epico. **Sinfónico.** Composición para orquesta, de forma libre y desarrollo sugerido por una idea poética u obra literaria expresada en el título, y a veces también explicada en un breve programa o argumento.

**POESIA.** Composición en verso y especialmente la que pertenece al género lírico. **Las poesías de Garcilaso; una poesía de Fray Luis de León.** 2. Arte de componer obras poéticas. 3. Cierta indefinible encanto que en personas, en obras de arte, halaga y suspende el ánimo, infundiéndole suave y puro deleite. 4. Fuerza de invención, fogoso arrebató, sorprendente originalidad y osadía, exquisita sensibilidad, elevación o gracia, riqueza y novedad de expresión; o sea conjunto de cualidades que deben caracterizar el fondo de este género de producciones, prescindiendo de que estén escritas en prosa o verso. **Esta obra en prosa está llena de poesía; aquella en verso carece de ella.** 5. Expresión artística de lo más humano del hombre por medio de la palabra. 6. Género de producción artística cuyo fin es expresar lo más humano del hombre por medio del lenguaje, y cada una de las distintas especies o variedades de este género. **Poesía Lírica, Epica, Dramática, Bucólica, Religiosa, Profana.**

**POETA.** (del latín Poeta) m. el autor de producciones poéticas, o el que tiene dotes para ellas.

**POETISA.** (del latín poetissa) femenino de poeta (O "la autora de producciones poéticas, o la que tiene dotes para ellas").

**POETIZAR.** (de poeta) intr. Hacer poesía (acepción n. 6).

## VIDA DE LA SOCIEDAD

### NUEVO DIRECTORIO

En sesión del viernes 18 de diciembre del presente año y previa la convocatoria de estilo, los señores miembros del Grupo América se reunieron para elegir el nuevo Directorio que regirá los destinos de la Institución en el periodo 1965 y 1966.

Conforme al Art. 20 de los Estatutos, esta vez la elección comprendió al Presidente, Vicepresidente, Director de la Biblioteca de Autores Americanos, Secretario y Tesorero, con el siguiente resultado:

Presidente: señor don Hugo Moncayo.  
Vicepresidente: doctor don Galo René Pérez.  
Director de la Biblioteca: doctor don Paul Engel.  
Secretario: señor don Darío Moreira.  
Tesorero: señor Gonzalo Ramón.

Este Directorio se posesionará en la sesión solemne que al efecto, tendrá lugar a mediados de Enero de 1965.

Los señores Vocales y el señor Procurador continuarán en sus funciones hasta diciembre de 1965.

---

### NOTA DE AGRADECIMIENTO

Nº 102

Quito, a 8 de Octubre de 1964.

Señor General don  
Agustín Mora Bowen,  
Ministro de Gobierno.

Su Despacho:

Señor Ministro:

Encargado de la Presidencia de esta Corporación, de la que fui su primer personero, encuentro que desde hace cinco

años no se publica su Revista de tanto crédito en el Continente. Ni las prensas de la Casa de la Cultura, ni las del Ministerio de la Educación Nacional, le han sido proporcionadas, a pesar de constantes solicitudes presentadas por mis predecesores. ¿Podría el Sr. Ministro, ciudadano de reconocida sensibilidad para los afanes de la cultura, disponer se impriman los números de esta publicación en las prensas del Ministerio de su tan digno cargo? Este es el ruego que le presenta su afectísimo amigo y servidor.

**Hugo Moncayo,**  
Presidente del "Grupo América".

Casilla 399.

---

Oficio N° CAO-64-859.

Quito, a 23 de Noviembre de 1964.

Señor don  
Hugo Moncayo,  
Presidente del "Grupo América".

Ciudad.

De mis consideraciones:

Al referirme a su atenta nota signada con el N° 102, tengo a bien manifestarle que he dispuesto que el señor Regente de los Talleres Gráficos Nacionales realice la impresión de la Revista "América", dándome así el placer de satisfacer el pedido de tan distinguido amigo y maestro.

De usted, muy atentamente,

**DIOS, PATRIA Y LIBERTAD,**

**General de Div. Luis Agustín Mora Bowen,**  
Ministro de Gobierno.

---

## ANIVERSARIO DE LA CASA DE LA CULTURA

El 9 de Agosto de 1944 dictó el Presidente de la República, señor doctor José María Velasco Ibarra, el decreto N° 707 creando la Casa de la Cultura Ecuatoriana. En los considerandos se establecieron claramente los motivos de esta fundación:

“Que la cultura nacional necesita amplio apoyo del Poder Público para su desenvolvimiento y expansión;

“Que para robustecer el alma nacional y esclarecer la vocación y el destino de la patria, es indispensable la difusión amplia de los valores sustantivos del pensamiento ecuatoriano en la Literatura, las Ciencias y las Artes, así del pasado como del presente;

“Que nuestras manifestaciones intelectuales deben ser llevadas fuera de las fronteras patrias, para que el Ecuador, con la plenitud de derechos que le concede su historia intelectual, ocupe el legítimo lugar que le corresponde en el concierto cultural del Continente;

“Que el progreso del país necesita ser dirigido por la investigación científica con fines de aplicación técnica inmediata a la realidad nacional;

“Que en el orden del aprovechamiento de la cultura extranjera, es preciso ofrecer facilidades para que puedan venir al Ecuador valores científicos y artísticos de renombre internacional para dictar conferencias y realizar exposiciones de artes plásticas, conciertos musicales, demostraciones científicas y divulgaciones técnicas”.....

Así quedó establecida en la Capital de la República, la Casa de la cultura Ecuatoriana con el carácter de Instituto director y orientador de las actividades científicas y artísticas nacionales y con la misión de prestar apoyo efectivo, espiritual y material, a la obra de la cultura del país.

Al conmemorarse el vigésimo aniversario de esta creación, el “Grupo América” registra el acontecimiento con efusivo beneplácito, pues que cuanto redundaba en el mayor prestigio de la Patria, encuentra en sus miembros espontánea acogida. El Gobierno concurrió en pleno a la sesión de la Casa de la Cultura y el Presidente de la Junta Militar pronunció en este acto un elocuente discurso de afirmación de la confianza que el Gobierno concede a la función intelectual en el País.

El “Grupo” expresó al señor Presidente de la Casa de la Cultura señor Jaime Chávez, su enhorabuena por nota oficial que puso en sus manos una comisión designada al efecto.

## V CONGRESO INDIGENISTA

Bajo la presidencia del sociólogo ecuatoriano don Gonzalo Rubio Orbe se reunió en esta capital, a mediados de octubre último, el V Congreso Indigenista Ecuatoriano, con la concurrencia de delegaciones de varios países interesados y de representantes de centros culturales ecuatorianos. Nuestro "Grupo" concurrió a tan importante certamen y la Presidencia designó al Profesor Darío Guevara, redactor de esta Revista y al académico don Jorge Garcés, Director del Museo Municipal de esta Capital, para que lo representen en el referido Congreso.

## COMPAÑEROS FALLECIDOS RECIENTEMENTE

Los últimos meses señalan sensibles vacíos en las filas del "Grupo América". Queridos consocios, valores de las letras, han desaparecido físicamente. Quedan su obra y sobre todo su ejemplo espiritual para acompañarnos y confortarnos, y en estas páginas de la Revista, los rasgos de sus plumas que se ocuparon de diversos motivos, de acuerdo con sus preferencias y simpatías.

---

De gentiles perfiles, ALFREDO CHAVES, fue el animador inteligente y preocupado de las últimas promociones literarias y artísticas del Ecuador. Estuvo en las revistas, en los grupos de nuevos escritores y conoció y apreció a los artistas plásticos cuyas obras quiso examinar con juicios del mayor acierto. En colaboración con Alfredo Llerena escribe un libro sobre la pintura del siglo XX, en el que aparece su "Primer Registro Bibliográfico de las Artes Plásticas en el Ecuador". En "Letras del Ecuador", en "El Comercio", sus artículos y notas se dedican a libros de nuestros poetas y escritores, con visión moderna y ponderado criterio. Desde la dirección de la Biblioteca Universitaria o la del Archivo Nacional de Historia, expande sus conocimientos y contribuye al orden de volúmenes y preciosos documentos de la vida nacional. Viaja a países del Exterior para tomar parte en Congresos de Bibliotecarios y en otros certámenes de cultura, y así acrece su saber de la letra que ha de contarle entre los mejores, los más generosos y más buenos.

---

Admirable profesor de Filosofía, JORGE ESCUDERO, se destaca especialmente en la Psiquiatría que constituye su especialización y en la que ha de figurar como de los más preparados del Continente, sin que descuide el campo de su formidable erudición, esencialmente filosófica, pero regida por saber de las ciencias médicas que es como decir también de las naturales, y de la Biología. Un estudio suyo sobre Hegel, consagra al estudioso de filósofos y filosofías, y descubre también al que sabe cuan de cerca deben marchar las ciencias y las letras, a fin de que aquellas encuentren su expresión en la claridad o en la galanura de éstas. Decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central, Profesor del Mejía y de la Universidad, consejero de reformas educacionales, es hombre de magnífica levadura, de noble cabeza y de grande corazón.

---

Escritor desde sus primeros años, EDUARDO SAMANIEGO ALVAREZ, publica un libro de versos intitulado "Initium" y mantiene revistas estudiantiles en compañía de Alfredo Gantotena, de Jorge Villagómez, de Carlos Andrade Marín. Libros de poemas en prosa, de notas de nuestros países, tales como "La Voz Interior" y "Mi Visión de la Selva", acrecen su prestigio, y sin que se postergue el temperamento poético fundamental que hay en él, estudios y experiencias se traducen en su contemplación de panoramas físicos y subjetivos, y así en sus meditaciones como en su tema descriptivo de tierras orientales a las que amó y en las que vivió muchos días de su existencia dedicado al trabajo del agro. Diplomático en veces, visita países fraternos, o en otras oportunidades se consagra a prestar valiosa colaboración a obras de tanta valía como la de la Biblioteca Mínima Ecuatoriana.

---

Fácil idioma y gracia de estilo, se aunaron en los trabajos literarios de HERNAN PALLARES ZALDUMBIDE, de quien guarda nuestra revista cuentos y críticas que llevaron adelante la labor iniciada en las entregas de "Letras", la inolvidable revista del modernismo que dirigió Isaac J. Barrera. Artículos de crítica sobre "Infigenia", de Teresa de la Parra. "La Muerte del Cóndor", de Ventura García Calderón, "Lámparas de Ilusión", de José de Austria, pertenecen al linaje de los más perspicaces estudios y en cuentos suyos como La Fiesta o La Visita, hay el gusto paisajista y los giros de concisión elegante, de imagen ecuatorial, en algo semejantes a los de Gonzalo Zaldumbide, su tío, cuyos papeles arregló, cuya Biblioteca guardó,

constituyéndose en veces como Secretario del autor del Montalvo y el Rodó, el Villarroel y el Aguirre y la Egloga Trágica. De natural sedenio, amigo de sus amigos, efusivo sin afectaciones, dueño de la memoria cordial, Pallares Zaldumbide fue humanista y humano en los viajes y en los libros.

---

Hombre de compleja y fecunda actividad espiritual fue MIGUEL ANGEL ALBORNOZ. En su juventud forma parte de la Sociedad Figaro, compuesta de los mejores valores intelectuales de la época: Luis Napoleón Dillon, Manuel Escudero, Miguel Angel Corral Salvador, Miguel Orrantia, Temístocles Puyol, Sergio Arias y otros. Desde entonces se apunta como fino poeta y ágil relatista, lo que se guarda en periódicos, revistas y su libro de Sueños y Cantigas. Además, sirve devotamente a la educación ya como Rector del Colegio Nacional Bolívar de Ambato y ya también como Director de Educación de Tungurahua.

En la vida pública ocupa muy distinguidas posiciones: Ministro de Hacienda en la administración del doctor Gonzalo S. Córdova y Ministro de Gobierno en el régimen del doctor Isidro Ayora; Legislador durante 17 períodos y Presidente de las Cámaras de Senadores y Diputados; Encargado del Poder Ejecutivo y candidato a la Presidencia de la República en 1944. Como Director del Partido Liberal Radical defendió el legado de Eloy Alfaro y como miembro de la sociedad gozó de estimación y especiales distinciones.

---

Otro miembro del "Grupo América" que nos dió con la eterna ausencia es JUAN PABLO MUÑOZ SANZ. Hombre consagrado a las letras y el arte, deja una permanente trayectoria en la cultura nacional.

Muñoz Sanz triunfó en varios concursos nacionales e internacionales, siendo de mayor mención el premio obtenido en el país con su Glosario de Amiel y el premio alcanzado en Caracas con un ensayo sobre Bolívar.

Ejerció la cátedra como profesor de Filosofía y de Música, en el Colegio Militar y en el Colegio Normal Juan Montalvo, respectivamente. Además, como compositor y músico fue Director de Orquesta y Director del Conservatorio Nacional de Música.

El "Grupo América", al igual que a los otros socios fallecidos, deja constancia de su profundo pesar por la irreparable ausencia de estos valores nacionales.— A. A.

**DOÑA CARMEN BARRERA DE BARRERA**

Con la más sincera emoción enlutamos estas páginas con motivo del fallecimiento de la distinguida dama doña **CARMEN BARRERA DE BARRERA**, esposa de don Isaac y madre del doctor don Jaime Barrera, nuestros tan apreciados consocios.

Con tan lamentable motivo, se expidió el siguiente Acuerdo:

**EL "GRUPO AMERICA",**

Profundamente emocionado por el fallecimiento de la

**SRA. DOÑA CARMEN DE BARRERA,**

dama de altísimas prendas morales e intelectuales, se asocia al dolor que aflige a su familia y, en especial, a sus distinguidos consocios, Don Isaac J. Barrera y Dr. Jaime Barrera.

Quito, a 16 de Septiembre de 1964.

**Hugo Moncayo**, Presidente.— **Rafael Borja**, Secretario.

**DON AURELIO SOTO VALDIVIESO**

Ha muerto en la ciudad de Ambato el doctor Aurelio Soto Valdivieso. Sus funerales constituyeron un luctuoso acontecimiento en ese solar de Montalvo y Mera, Martínez y Cevallos, Vela y otros más, cuyos manes custodian el buen nombre de la Patria y se mantienen en la entrega constante de una obra espiritual que crece en los surcos de la cultura nacional. Así, bajo un cielo tan propicio, la patria final de Soto Valdivieso tenía que encontrar la elegía de los corazones, y así se dejó oír en la palabra cálida y sentida de Rodrigo Pachano Lalama, Julio Castillo Jácome y Alcibíades Morales, personeros seccionales de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, de Circulo de Periodistas y de "El Patriota", vocero ambateño que lo contó como su Jefe de Redacción permanente.

Aurelio Soto Valdivieso fue hombre de letras de variadas proyecciones: poeta de sensibilidad exquisita, prosista de acertadas dimensiones y, sobre todo, periodista de persistente e indeclinable posición frente a los más caros imperativos de su provincia y su país.

Lo conocí en 1930, cuando el dirigía su semanario "El Rayo" y yo sentía los primeros antojos de escribir algo para



ver mis ideas en letra de imprenta. Temeroso de mis deficiencias presas en la incógnita de una espera, remitíle mi primer artículo y se publicó. Luego el segundo y lo mismo, con la invitación de acercarme personalmente para ponerme "El Rayo" a mi disposición. Y eso fue. En "El Rayo" enderecé mis balbuceos literarios y en su Director descubrí al hombre sin egoísmos, al periodista sin amarguras ni venenos, al maestro de letras que estimulaba con los hechos y al patricio que procuraba descubrir espíritus nuevos para elevarlos en ascensos de esfuerzos propios.

Aurelio Soto Valdivieso tiene el primer puesto en el relicario de mi gratitud, y su obra múltiple entregada sin cánones ni bastardas ambiciones, acude a mi memoria en parcelas de arte y pensamiento que imponen mi admiración y mi respeto. Empero, como pelileño recomiendo este ilustre nombre del extinto pelileño, a la veneración de mis paisanos que sufren y soportan heroicamente los golpes fatales del destino, y, al mismo tiempo, gozan en la gloria y el triunfo de los hermanos del terruño.

Aurelio Soto Valdivieso nació, pues, en Pelileo y desarrolló toda su vida en fruto, entre los cármenes de Ambato, ganándose los honores vitalicios y los testimonios de aprecio sin linderos de clases ni de castas. Fue querido y respetado por todos, aunque —como es natural— no faltóle algún vaso de amargura.

Duerma en paz el amigo, el escritor, el periodista, el maestro. Duerma en paz, escudriñando con los ojos de la eternidad, las flores y frutos de su huerto sin muerte, su Tungurahua erguido en bandera de albura y su provincia erigida en columna de suprema laboriosidad ecuatoriana. Duerma en paz y viva eternamente en la gratitud nacional, particularmente en la de este discípulo que le debe la aurora de su pluma.—  
DARIO GUEVARA.

#### ACADEMICOS DE LA HISTORIA EN BUCARAMANGA

La Academia de Historia de Santander eligió en el presente año al doctor Eduardo Santos como Presidente Honorario Vitalicio y también fueron presentados los nombres de los doctores Oswaldo Díaz Díaz, Hugo Moncayo (ecuatoriano) y don Antonio Gómez Picón, como Miembros correspondientes.

DOCTOR EDUARDO SANTOS.— En la primera reunión de la Academia correspondiente al presente año académico, se aprobó por unanimidad una proposición por medio de la cual fue elegido el doctor Eduardo Santos como su Presidente Vitalicio. Este ha sido un reconocimiento a la brillante obra

cultural del ex-Presidente colombiano quien ha dedicado sus mejores años al estudio de la historia de la Patria y quien ha contribuido con sus fondos al sostenimiento de las Academias Nacional y de Historia de Santander. La Casa de Bolívar que se conserva en la ciudad de Bucaramanga fue posible mediante la cooperación económica del ilustre hombre público y muchas otras obras de carácter histórico atestiguan también su interés en la revaluación de muchas figuras de la Patria que estaban olvidadas.

**DOCTOR OSWALDO DIAZ DIAZ.**— El doctor Díaz es autor de varias obras de carácter histórico y literario. Su último libro intitulado: "**Copiador de Ordenes del Regimiento de Milicias de Infantería de Santafé**" obtuvo un resonante éxito en los medios culturales del País. El doctor Díaz ocupa actualmente el cargo de Secretario de la Academia Nacional de Historia y se propone visitar Bucaramanga el próximo 20 de Julio para dictar una conferencia con motivo de su ingreso a la Academia de Santander.

**LICENCIADO DON HUGO MONCAYO.**— Este distinguido intelectual ecuatoriano que ocupó la Embajada de su País ante nuestro Gobierno, también fue presentado como Miembro Correspondiente. El doctor Moncayo ha sobresalido como un escritor castizo y como un estudioso de la historia americana. Ha colaborado en las principales publicaciones culturales del Ecuador y de otros países. Es Miembro de la Sociedad Bolivariana del Ecuador y de otras importantes entidades culturales de América. En la actualidad se encuentra recopilando sus producciones para entregar a los lectores de habla castellana un volumen de su cosecha espiritual.

**SEÑOR ANTONIO GOMEZ PICON.**— El señor Gómez Picón no necesita ninguna presentación en el panorama cultural colombiano. Muchos de sus artículos se encuentran dispersos en los principales periódicos y revistas del País y de Venezuela. Actualmente el señor Gómez Picón desempeña el cargo de Cónsul de Colombia en la ciudad de Valencia y ahí ha desarrollado una magnífica labor cultural en beneficio de los intereses culturales de las naciones hermanas.

La academia se siente complacida con la vinculación de estos valores a la Casa de Bolívar.

(Tomado de ESTUDIO, órgano de la Academia de Historia de Santander Año XXXIII.— Bucaramanga, N° 268).

## SECCION BIBLIOGRAFICA

### BREVE VISION GEOGRAFICA DEL ECUADOR

Por Francisco Terán

Se trata de un ensayo destinado a dar a conocer los rasgos más esenciales de la realidad ecuatoriana en sus aspectos físico, geográfico y económico. Se lo destina a las clases populares de nuestra población. Empieza el autor fijando los límites y extensión de nuestro territorio, y lo hace con cierto detenimiento y sentido histórico y patriótico. Rápidamente examina las visisitudes harto ingratas de esta tarea, inconclusa aún. Ilustra sus datos con oportunas cartas geográficas en boceto y así le explica al pueblo, con sencilla amenidad, los orígenes y estado actual de las negociaciones territoriales.

Pasa luego a ocuparse de la organización política y administrativa del país, estudiándola a lo largo de las tres regiones primordiales, la sierra, la costa y la región oriental y de las 18 provincias en que se divide. Cada una de estas es considerada en una visión integral y sumaria, desde su extensión territorial y la densidad de su población, has-

ta la organización política y sus particularidades locales. Viñetas que exaltan los rasgos y cualidades locales acompañan al texto, dándole un sentido ameno y pintoresco adecuados a la mentalidad popular. El Archipiélago de Galápagos consta en la parte final.

Cierran la descripción numerosos datos relacionados con la altura de las montañas y de las ciudades respecto al nivel del mar, el estado presente de la vialidad del país con sus carreteras y ferrocarriles, la producción económica.

El trabajo de Terán está destinado a la cultura del pueblo y alcanza a plenitud este objetivo. Merece una amplia difusión por el contenido y la forma en que se ha logrado. Gracias al aporte de Terán y a su sentido didáctico, la Casa de la Cultura cumple una de las finalidades primordiales de su existencia, la cultura del pueblo y, añadimos, del pueblo verdaderamente popular.— Antonio Santiana.

## DIEZ TRADICIONES IBARREÑAS

Por José Nicolás Hidalgo

Imprenta Municipal.  
Ibarra.

"Diez Tradiciones Ibarreñas", propiamente, son doce. Se han anexado como apéndice. Todas concurren a refrescar ciertas tradiciones, apartadas de la leyenda, que han corrido de boca en boca, muchas veces a modo de un cuento o humorada, pero marcando ese realismo que quiere ser historia.

De las doce tradiciones ibarreñas, algunas se enlazan con los hechos históricos ecuatorianos y contribuyen a alimentar ese repertorio que nos legaron Calle, Chávez Franco, Pino Ycaza, Gantotena y Jijón y tantos más que rastrearon aquellos injertos de fantasía y realidad. Otras tienen el valor de la información a tono del clima social ibarreño; pero aquéllas que no han salvado la centuria desde sus orígenes, todavía pueden considerarse fuera del folklore ecuatoriano.

De todas maneras es un aporte muy valioso que enriquece el contingente tradicional de la provincia de Imbabura, y a ello, agréguese la correcta redacción de las informaciones, signo de mérito para que "Diez Tradiciones Ibarreñas" tenga su puesto merecido en la bibliografía ecuatoriana del año 60.

Para la publicación de esta obra ha prestado su apoyo el I. Concejo Cantonal de Ibarra, y destacamos este hecho laudable y digno de todo encomio, porque hay municipios y aún altas instituciones de la cultura nacional, que miran con indiferencia o desdén el patrimonio de nuestras tradiciones, olvidándose que los pueblos más cultos del mundo se han afirmado orgullosamente sobre ellas, como sobre las bases de sus estructuras nacionales.

Adelante don José Nicolás Hidalgo. Siga con las mismas inquietudes del folklore ecuatoriano. Ya antes nos dió usted, en empresa bien lograda, "Un puñado de refranes criollos".

## HISTORIA DEL PERIODISMO ARGENTINO

Por Juan Rómulo Fernández

La historia del periodismo en nuestro Continente, está ligada al desenvolvimiento político de éste y a la estructuración paulatina de las nuevas naciones que surgieron por la difusión de los principios filosóficos de la Enciclopedia y del liberalismo inglés y el milagro de la espada de los Libertadores.

Noble emulación en el sagrado deber de fijar la ilustrada

precedencia del periodismo asiste a los historiadores americanos que ponen en esta tarea a contribución sus luces y los datos ciertos que poseen sus archivos. No siempre es fácil la interpretación definitiva que se dá a la real importancia de los papeles periódicos en el desarrollo de las ideas políticas: nosotros mismos que, si bien hemos aceptado las "Primicias de la Cultura de Quito" de Espejo, —5 de Enero de 1792— como el origen de nuestro periodismo, no rechazamos el movimiento de opinión surgido en Guayaquil, no hace mucho, para declarar que su "Patriota", cronológicamente, —su prospecto apareció el 21 de Mayo de 1821—, es el papel periódico de la Independencia, sin que ello implique desconocimiento de que "El Quiteño Libre" de don Pedro Moncayo, —12 de Mayo de 1833—, sea el primer periódico bautizado con sangre en la nueva República, objeto de represión salvaje de parte de quienes reprobaban que el nuevo Estado contase con un órgano de opinión resuelto a defenderlo.

Las Primicias fueron luminoso dardo contra el gobierno colonial, enemigo, ante todo, de los criollos, o sea de los hijos de españoles nacidos en la Presidencia de Quito; El Patriota apareció aseverando que "la imprenta, —son sus propias palabras—, por la primera vez ha hecho un ensayo en este bello país". El periódico de Moncayo, Hall, Zaldumbide y otros próceres, fijó su programa, luminosamente: "Encaminado a defender las leyes,

derechos y libertades..., a denunciar toda clase de arbitrariedad, dilapidación y pillaje de la hacienda pública..., a defender a los oprimidos y atacar a los opresores...". siguió el peligroso camino, a sabiendas de los riesgos, duelos y quebrantos que le aguardaban. Representa pues, "El Quiteño Libre", la iniciación real del periodismo ecuatoriano: no aceptarlo así, tan solo acusaría o un conocimiento imperfecto de estos asuntos o una injusticia más para don Pedro y sus compañeros en el glorioso infortunio.

## II

Las breves consideraciones que preceden, escritas al correr de la pluma sobre tema tan cautivador, parecen del caso al ocuparnos ahora de un valioso libro que ha obtenido recientemente en Buenos Aires el primer premio en el concurso organizado por el Círculo de la Prensa de esta capital, sobre la **Historia del Periodismo Argentino** y del que es autor don Juan Fernández. Primorosamente editado en la Librería Perlado, lo ilustran Busquets y otros artistas de fama en aquel País y lo adornan reproducciones facsimilares de ediciones correspondientes a notables sucesos universales o nacionales. El Concurso se abrió para conmemorar el V Centenario de la Imprenta y según acertada frase del autor de este libro, su punto de mira es "La historia argentina contemplada desde el ángulo del periodismo". Coincidimos con semejante ma-

nera de apreciar el desarrollo de la prensa al servicio de la vida de las naciones y estamos con Benedetto Croce que concibió "la Historia, como la hazaña de la Libertad".

El señor Fernández al tratar de los seis años que comprende, a su juicio, el lapso de la Independencia de las Provincias Unidas del Río de la Plata, del 25 de Mayo de 1810, pronunciamiento de Buenos Aires, hasta la Juramentación de Tucumán, el 9 de Julio de 1816, dice: "Al año siguiente, la revolución se hizo americana y así pudo extenderse triunfante, a través de la cordillera de los Andes, por Chile, Perú y Ecuador..." ¿Ignora el prolijo narrador que en Quito se dió el Grito del 10 de Agosto de 1809? ¿No registró el periodismo rioplatense el sacrificio del 2 de Agosto del año siguiente, días después de ese glorioso 25 de Mayo que realiza las inspiraciones de la Magna y Pontificia Universidad Mayor de San Xavier de Chuquisaca, en la que se forman Moreno y Belgrano y Saavedra y Monteagudo y nuestro Quiroga?

Discurre el autor, ya con pleno conocimiento, sobre la materia que le preocupa y menciona a los tratadistas que después de las inevitables discordancias polémicas propias de estos temas, tienen el 1º de Abril de 1810 como la fecha inicial de la prensa periódica en Buenos Aires. Este dato parecía incuestionable, hasta que el español don José Lázaro en sus **Incunables Bonarenses**, publicado en Madrid

en 1925, dió la fecha del primer periódico publicado en la Argentina, el 8 de Enero de 1781, en que aparece la "**Gaceta de Buenos Aires**"... Este periódico trae en su primer número, noticias de la España llevadas en la embarcación "Tucumán" que solamente había tardado 140 días en su crucero desde la Coruña...

Entre nosotros, la primera publicación impresa, no periódica, aparece en 1755 en Ambato y cuatro años más tarde, en 1759, la imprenta se radica en Quito, conforme a los irrefutables datos proporcionados por el doctor Francisco Miranda Ribadeneira S. J., probo e ilustrado investigador. El **Prospecto de las Primicias**, como hemos anotado ya, circula en 1791.

Ya en lo periódico propiamente dicho, el señor Fernández publica facsimiles del primer número de "**Telégrafo Mercantil**", aparecido el 1º de Abril de 1801; del "**Semanario de Agricultura, Industria y Comercio**" de hoy, miércoles, 1º de Septiembre de 1802; de "**La Estrella del Sur**", en inglés y castellano, 23 de Mayo de 1807; de la "**Gaceta de Gobierno**", de 4 de Julio de 1809 y del "**Correo del Comercio**" de 3 de Marzo de 1810, "dedicado a los labradores". Los últimos días de la dominación española animan esta proliferación de periódicos para el conocimiento de las posibilidades económicas de tan rica colonia y el fomento de su asombrosa economía.

En la época de la Epopeya, los númenes de Belgrano, Moreno, Monteagudo, Saavedra, inician

su obra formidable desde las trincheras de la prensa. "**La Gaceta de Buenos Aires**" de don Mariano Moreno, aparece el 7 de Junio de 1810, a los trece días del nuevo Gobierno, con un postulado de Tácito que exalta la Libertad, como su lema. Nuestro "**El Quiteño Libre**", traerá un concepto de Cicerón contra los Tiranos.

El "Periodismo de la Anarquía" llama el autor al que balbucea en la década de 1820 a 1831. Brillante paradoja la de don José Manuel Estrada, al sostener que "la anarquía fue fecunda, porque ella afirmó la democracia como fórmula incommovible de nuestro ser político". Este juicio se mantuvo vigente cien años, hasta el lamentable, por mil títulos, triunfo de la ceguera colectiva de 1946. "**El Desengañador**" de Córdoba, "**La Ilustración Pública**", "**La Matrona Comentadora**", "**El Argos**", "**Doña Maria Retazos**", "**Derechos de Hombre**", recogieron la actividad del Deán Funes, del Padre Castañeda, del Coronel Dorego, de don Lucio Mansilla, de don José F. de Ugarteche. "No fue el periodismo más brillante", asegura con fundamento el tratadista, pero mantuvo cierta apariencia de vitalidad espiritual entre unitarios y federalistas que preparan el advenimiento de Rosas.

Y, así, llegamos a la guerra de exterminio de 1835 decretada por el Tirano, trabajador, tenaz,

gran patriota a su manera, como lo demuestran sus hazañas en la guerra con Bolivia, el conflicto con Francia, la guerra de la Banda Oriental, la cuestión de límites con Chile, el bloqueo inglés "que terminó con un desagravio de 21 cañonazos de la primera escuadra del mundo al pabellón de la Confederación argentina..." La prensa languidece y toma aspectos de frivolidad aparente en esta época siniestra. Y es Echeverría, don Esteban, quien levanta la postrada pluma y aparece su discípulo Sarmiento que un día tendría la delectación de exclamar en el Senado: "todos los caudillos llevan mi marca", la marca de su pluma! Y Alberdi, el de las Bases, tan alto, tan intuitivo, tan perspicaz!

Y vienen después, los Gutiérrez y los Varela, los Mitre y los Paz. En 1892 cuenta la nueva República con casi trescientas publicaciones regulares, de las cuales los dos tercios son de índole política y noticiosa. Es la época de los grandes diarios americanos, "la edad de oro" del periodismo, el apogeo de "**La Nación**" y de "**La Prensa**". Los Mitre y los Paz formaron clanes intelectuales y se disputarán las direcciones espirituales de su país y la influencia cultural en el Continente por más de cincuenta años, en la milagrosa patria de San Martín.

H. M.

**OSWALDO DIAZ DIAZ.—****"Copiador de Ordenes del Regimiento de Milicias de Infanteria de Santafé".**

(1810-1814).—Historia y Publicaciones del E. M. C.-Bogotá, 1963.

En la Biblioteca que sobre Historia mantiene la Revista de las Fuerzas Armadas de Colombia acaba de aparecer un importante volumen bajo el rubro que señalamos al comienzo de esta nota crítica, ilustrada con comentarios e índices compuestos por el distinguido miembro de Número de la Academia Colombiana de la Historia, don Oswaldo Díaz Díaz.

Este Copiador de Ordenes del Regimiento de Milicias de Infanteria de Santa Fé y que comprende desde 1810 a 1814, pertenece al Archivo de la Academia Colombiana de la Historia, libro manuscrito cuyo título y comienzo faltan, pues empieza, —según la versión del autor—, desde el folio 12. Por su contexto se desprende, se trata de tal Copiador y avanza desde el 10 de diciembre de 1810 al 2 de Julio de 1814. "En estas páginas, obra de distintos amanuenses, aparecen reseñados con brevedad muchos acontecimientos significativos de nuestra historia", asegura y muy fundadamente, el señor Díaz y Díaz.

En tal registro, de los tres años y medio que se conocen en esta obra, aparecen tanto las Ordenes de Plaza como las del Cuerpo mentado. "Unas de sus anota-

ciones son de escasa importancia y reiteradas muchas veces, con el nombramiento de Jefes de Día y de Ayudantes de Semana; pero otras son de mucho interés porque nos van mostrando los pasos iniciales de nuestras fuerzas armadas; la manera cómo de la Ordenanza española se desprenden las reglas y sistemas para la disciplina, la subordinación, el mando de esos regimientos nacidos del entusiasmo patriótico del 20 de Julio y que constituyeron las primeras tropas que la independencia tuvo para su defensa y para su respeto".

En tan preciosas páginas se advierten las diversas formas que tuvo el Gobierno y sus vicisitudes y se encuentran "atisbos de las costumbres religiosas, sociales y populares. Podemos seguir el recorrido de la Semana Santa, o del Corpus Christi, el modo cómo se celebró el primer aniversario de la revolución, la solemnidad de la declaratoria de la Independencia absoluta de Cundinamarca, los cumplimientos de estilo, el conflicto en que se veían los cómicos del Coliseo para poder pertenecer a las Milicias, y muchos otros aspectos llamativos que encantarán al curioso de la historia".

Para valorar aún más esta obra, preceden al Copiador, dos estudios pertinentes para su mejor aprovechamiento: una ojeada histórica y el Estado militar de Santafé y Cundinamarca en los mencionados años. La primera, "es una visión general que permita a los lectores situarse



en la época y el lugar a que el Copiador se refiere", evocándose los primeros días del incipiente Estado. El estudio militar comprende tres aspectos del asunto: los cuerpos antiguos, los nuevos y el Reglamento de las Milicias.

He aquí, en síntesis, el contenido de este valioso libro del académico señor Díaz y Díaz, paciente y probo investigador colombiano. Útil para los estudiosos de nuestra historia, para la oficialidad de nuestros Ejércitos que dispondrán ahora de un material antes desconocido, "para evocar los primeros pasos de nuestras instituciones militares, para conocer la trayectoria inicial de algunos hombres de nuestra emancipación y para recordar las ingenuas costumbres de aquellos primeros días de la naciente república".

H. M.

**"Revista de la Asociación Escuela de Derecho de la Universidad Católica del Ecuador". N.º 15. Editorial Artes Gráficas. Quito.-**

Desgraciadamente sin fecha, acaba de circular esta importante publicación, órgano oficial de la Escuela de Derecho de la ya prestigiosa Universidad Católica del Ecuador, bajo la dirección inteligente y atinada del Licenciado don Mauricio Gándara Gallegos, Presidente de la Entidad a quien acompañan el Vicepresidente de la misma, señor Leonardo Chiriboga Correa y el Secretario, señor René Sánchez Coronel. Se publican en estas páginas dos

importantes Conferencias en un Seminario sobre Derecho Constitucional organizado por la Escuela: las sustentadas por el ex-Presidente doctor don Camilo Ponce Enriquez y la que pronunciara el ex-Decano de la Facultad de Jurisprudencia de la Universidad Central, doctor Juan Isaac Lovato. Este analiza la estructuración y formación del Derecho Constitucional desde 1941, con el establecimiento de la Organización de las Naciones Unidas, la Organización de los Estados Americanos, la Declaración de los Derechos del Hombre, la Carta de Bogotá y la Declaración de Punta del Este y aconseja el ya entre nosotros, prestigioso catedrático y tratadista del Derecho: "No podemos, en consecuencia, permanecer alejados del desenvolvimiento espiritual del mundo y del espíritu de América y en este espíritu tiene que inspirarse la Constitución Política que nos rija".

El Dr. Ponce, a su vez, diserta acerca de las vicisitudes de nuestras Cartas Políticas entre las cuales, "de todo ese mundo constitucional, enmarañado y dialéctico, sólo las constituciones de 1906 y 1.946 han tenido larga duración, verdad que la primera, la de 1906, bajo un régimen político de negaciones (se refiere el doctor Ponce al régimen liberal instaurado por el ilustre General Alfaro), que sólo guardaba la parte externa de las instituciones, mientras coartaba de mil maneras el régimen de libertad individual y las aplicaciones democráticas reales"...

En el análisis de las Cartas Fundamentales, el doctor Ponce analiza brevemente la "Carta de Esclavitud" como fue llamada la expedida por la Convención de 1843 para la perpetuación del mando floreano; la del 45, después de la batalla de "La Elvira" que, a su decir, "nacionaliza el militarismo"; la del 52, presidida en Guayaquil por don Pedro Moncayo, que "introduce importantes reformas e innovaciones, borra el último vestigio de la esclavitud y robustece un tanto al Poder Ejecutivo". Al término del período, dice el doctor Ponce, "le sucede el General Robles que tiene que enfrentar, en el Congreso de 1851, a la oposición demoledora de García Moreno y Pedro Moncayo, mantenedores de la reacción civilista contra el neo-militarismo"...

Concluye el estadista que, "la falta de madurez democrática fatalmente nos ha llevado al movimiento continuo inconducente y a la falta del estado de conciencia popular que determina, en representados y representantes, una vida armoniosa y seria, apta para el desarrollo cultural y económico y para la superación de lo nacional, en lo interno y en lo internacional".

Al tratar sobre la Constitución de 1946, comparable en cuanto a durabilidad, con la de 1906, establece, a su juicio, "una enorme y decidida diferencia", entre ambas, la de que, "mientras la de 1906 amparó un régimen de práctica ausencia de libertades públicas, absolutamente contrarias al enunciado constitucio-

nal, y de tenebrosidades históricas que van del asesinato a los Generales Alfaro y Andrade a la consuetudinaria norma de imponer, por medio del más descarado fraude, a presidentes y legisladores, la de 1946 protegió y robusteció la aplicación progresivamente pura de la democracia representativa, mediante la libertad del sufragio".

Mucho habría que escribirse acerca de estos juicios, mejor dicho, opiniones del combativo y vigoroso político social cristiano doctor Ponce. Eso de arrancar de la venerable Constitución de 1906 como secuela natural, la comisión de atroces crímenes cometidos durante Gobiernos en los que tanta participación tuvo el Partido Conservador, es cosa de arrebatado oratorio no exactamente adecuado a la Cátedra universitaria. Aquello de que la de 1946, de la época del doctor Velasco Ibarra, hubiese robustecido la aplicación progresiva de la democracia representativa, así se ha tenido como exacto en su letra muerta, que en la práctica de nuestros vicios inveterados del sufragio, nunca la República padeció desenfreno tan abiertamente cínico como cuando el propio Presidente doctor Velasco Ibarra se tornó en caudillo electorero en mengüa también de aquellos a quienes decía favorecer con su actividad y su influencia.

Honra mucho y enaltece a la Universidad Católica del Ecuador y a su Escuela del Derecho, la organización de Seminarios como éste y que parecen no preo-

cupar a nuestra Universidad Central en los últimos años. Ocurrir a ciudadanos de influencia y conocimientos para que vieran sus ideas en Cátedra libre sobre temas de importancia nacional, es obra típicamente universitaria ensayada regularmente en otros centros en los que no se ha perdido la dignidad de estos Institutos entregándolos a la palabrería vana y al proselitismo foráneo.

La Revista merece muy cumplidos parabienes por lo ya anotado y por los estudios que completan su sumario: el doctor don Juan Larrea Holguín diserta acerca de "Los Esponsales", el Dr. Víctor H. Bayas sobre "Actio Finium Regundorum", el Lcdo. Arturo Vizcaino comenta aspectos de la Ley Orgánica del Poder Judicial y, por fin, se reproduce in extenso el magnífico *Alegato de Casación* del ilustrado juriscónsulto, y dignísimo ciudadano, doctor don Manuel Elcicio Flor, lamentablemente desaparecido.

H. M.

**"BOLETIN DEL ARCHIVO HISTORICO DE MIRAFLORES".**

Secretaría de la Presidencia de Venezuela.— Caracas, Julio - Diciembre de 1963. Nos. 25, 26 y 27.

Esta publicación bimestral se inició bajo la presidencia del señor Rómulo Betancourt y la dirección del Secretario General de la Presidencia de Venezuela, doctor Mariano Picón Salas y fue

confiada a don Luis Eduardo Pacheco, funcionario eficiente y constante en su tarea. El volumen que comentamos contiene de manera sobresaliente, las órdenes telegráficas cursadas por el Presidente Cipriano Castro, a comienzos del siglo, cuando batía la "extensa y poderosa revolución de Matos". Revelan efectivamente estas disposiciones que se publican por la primera vez, la extraordinaria vigilancia del Presidente Castro sobre los pasos y acciones de sus generales, su capacidad para el comando y su habilidad para sembrar la fe o exaltar el sentimiento de emulación en el grupo de sus colaboradores.

"La Revolución Libertadora" se llamó a la que acaudilló el banquero y general don Manuel Antonio Matos, quien costeó sus ingentes gastos, contratando buques y armas "con empresas extranjeras que tienen su participación en este negocio que se pagará con vidas venezolanas", como dice en su Historia de Venezuela el doctor Siso Martínez. Pero, ¿cuándo no se ha pagado con vidas de patriotas la gobernación de los tiranos, así fuesen civilizados y constructores como éste? El Presidente del Estado de Carabobo, General Luciano Mendoza, se pronunció el 19 de diciembre de 1901. Parte el Vicepresidente Gómez a combatirlo y lo derrota el 22; el General Antonio Fernández, el ex-Ministro de Andrade, también se levantan en armas y ambos son batidos. Igual suerte corre el viejo nacionalista General Loreto. Para el 26 de febrero, Gómez

anuncia la pacificación del país... Vienen luego las interminables acciones marítimas para extinguir el poderoso brote revolucionario. Hasta mediados de 1903 no se consolidará la victoria castriista sino con la toma de ciudad Bolívar.

"Dios y Federación", el lema de don Cipriano afianzado por su lugarteniente, el General Juan Vicente Gómez, quien llenará, en breve y por largos años, la historia de su Patria!

El Boletín trae, además, la correspondencia y papeles interceptados al vencido. Entre estos, su Proclama a los pueblos para alzarlos contra el Presidente. "Unión, Unión, sin esto todo es estéril", impreca a sus compatriotas el General Matos. "Sin esto todo es estéril y el Macaco (Cipriano Castro, así era llamado), se seguirá riendo de nosotros mientras viva!"... Matos había perfeccionado sus estudios en los Estados Unidos y luego, en París y Londres. Nueve años después volvió a su patria, 1868, y conoció en la travesía al General Antonio Guzmán Blanco, futuro dictador, célebre entre otras acciones, por haber patrocinado la monumental recopilación de los "Papeles del Libertador".

Ilustra también esta publicación oficial, la documentación guardada en el Palacio de Miraflores acerca de las gestiones de don Alejandro Urbaneja ante algunos países europeos para el arreglo de sus reclamos por daños y perjuicios ocasionados a sus connacionales durante aquella **Revolución Libertadora**. Co-

mo es sabido, las exigencias de estas Potencias alentadas por el Imperio Alemán, logran interesar a Inglaterra e Italia cuyas escuadras realizan una demostración de fuerza frente a las costas venezolanas. Los Estados Unidos reciben de estos gobiernos la seguridad de que tales movimientos no acarrearán adquisiciones de territorios americanos que pongan en peligro la Doctrina Monroe y con ello cesa su interés en el problema.

El Embajador norteamericano en Caracas propone, frente a esta intervención armada, que Venezuela reconozca y pague la primera cuota de las deudas el 10 de febrero de 1903 y ofrezca abonos anuales hasta la cancelación total, pero Castro se niega. Venezuela es "tierra particularmente atrayente para los constructores de imperios". El 7 de diciembre de 1902, el Ministro de Inglaterra, Haggard, comunica al Gobierno venezolano que "no tiene explicaciones que dar sobre el caso del **Ban Raigt**" y le pide acepte las reclamaciones. Termina asegurando que su Gobierno y el alemán han convenido en actuar juntos y que la nota debe ser considerada como un ultimátum. El Ministro de Alemania envía una comunicación igual y ambos diplomáticos se refugian en sus barcos anclados ya en la Guayra.

Dos días más tarde, el Almirante Douglas, jefe de las operaciones conjuntas de los dos imperios, se apodera de la pequeña flota venezolana compuesta por cinco barcos fondeados

en la misma rada. Castro no se arredra y el día 9 lanza una proclama en la que asegura que "la planta insolente del extranjero ha profanado el suelo de la Patria".

En estas circunstancias, Castro aprovecha el bloqueo para dividir los comandos de la Revolución Libertadora. El General José Manuel Hernández permanecía preso en la Fortaleza de San Carlos desde 1900: Castro dispone su libertad, y se muestra en su compañía, en los balcones de la Casa Amarilla. El Nacionalismo abandona las filas del Ejército Revolucionario acatando a su Jefe Supremo y don Alejandro Urbaneja, su organizador y estrategia máximo, entra al Gabinete a desempeñar la Cartera de Relaciones Exteriores. El General Hernández marcha a Washington, como Ministro Plenipotenciario y Castro domina la situación en el frente exterior y en el interno.

La documentación preservada en Miraflores es abundante y fidedigna: arroja plena luz sobre esta etapa que tanto prestigio acarrió a don Cipriano no solamente dentro de las propias fronteras, sino en el Continente y en el Mundo entero.

Completa este volumen la correspondencia con el Presidente de su negociador, General don Antonio Velutini, para que adelantase el anhelado arreglo de la deuda a Francia y Alemania. Velutini había convencido al fin a Castro "de que en el exterior están las tres cuartas partes de la vida de las naciones" y de que debía atenderse "a las fórmulas", "que pueden no ser necesarias

allá, pero que son indispensables en el trato con estas naciones".

Hacer Patria no es únicamente, construir, abrir caminos, levantar edificios. Es también, y en mucho, mostrar a las nuevas generaciones los sacrificios y desvelos de cuántos, bien o mal, contribuyeron a la permanencia de las instituciones nacionales y a la lenta elaboración que nos determina y protege. Así lo ha entendido el Gobierno venezolano de años a esta parte, como lo demuestra esta publicación periódica que comentamos y su ininterrumpido esfuerzo en este campo, es digno de la más franca admiración.— H. M.

## EL ARCHIPIELAGO DE COLON,

de D. Carlos Manuel Larrea

La espléndida reedición que acaba de hacer la Casa de la Cultura Ecuatoriana del gran libro de D. Carlos Manuel Larrea —El Archipiélago de Colón—, que apareció por primera vez en 1958, es un detalle que no puede pasar inadvertido, pues él revela la justa acogida y difusión que ha tenido obra tan valiosa, dentro y fuera del país.

Las Islas Galápagos que en suerte ha querido el destino que sigieran formando parte del patrimonio territorial desde los primeros años de la República, cuando la desaprensión de nuestros vecinos nos ha dado en cambio atroces dentelladas en las tierras continentales, todavía siguen envueltas en las brumas de

lo incógnito y de la leyenda para la gran mayoría de los ecuatorianos. Nuestro compañero, sa-gaz crítico literario de EL CO-MERCIO —Galo René Pérez—, con indiscutible acierto las llama-mó, cabalmente, en la nota bibliográfica escrita al aparecer la primera edición de la obra que comentamos, "Galápagos, Islas del Desamparo". Y nada más cierto que el ominoso desamparo en que todavía las mantenemos los ecuatorianos. Son tan pocos aún los que las conocen con el contacto directo, que es el único conocimiento que engendra el amor, el afecto, el interés por ver siempre mejor el objeto amado.

Contrasta, en cambio, con tan recriminable desamparo de los ecuatorianos, el interés y conocimiento que de esas islas tienen especialmente los hombres de ciencia y de estudio en general: uno de los datos más sorprendentes que sólo un investigador inteligente y tan amigo de los libros como D. Carlos Manuel Larrea, pudo proporcionar, es el referente a la bibliografía verdaderamente insospechada que existe sobre Galápagos. En su libro constan nada menos que 746 títulos, de los cuales el porcentaje correspondiente a autores extranjeros es inmensamente mayor que el que corresponde a los nacionales.

Las informaciones de orden histórico son exhaustivas; no hay dato ni documento que se refiera al descubrimiento de las islas, a su incorporación al mundo científico, a su aclaración geográfica o a su representación cartográfica, desde las brumosas

leyendas precolombinas, hasta los pasos que en estos días dan el Gobierno del Ecuador y UNES-CO, a fin de salvar para la ciencia librándolas de su casi segura extinción, las invaluable riquezas faunísticas principalmente, con el establecimiento de un Instituto Científico que las proteja e incremente, que no estén consignados en sus páginas. Esto en lo que se refiere a la historia general del Archipiélago, que en lo que se refiere a lo que podríamos llamar la historia de la investigación científica propiamente dicha, los datos e informes pacientemente recopilados y expuestos con tanto método y claridad por el autor, el mérito de la obra sube de punto; las labores de investigación y observación científica realizadas por Darwin, que robustecieron sus célebres teorías evolucionistas; las del sabio naturalista suizo Alejandro Agassiz; las del ornitólogo Simeón Habel; las de nuestro gran geógrafo y geólogo Teodoro Wolf; las de George Baur, quien con más claridad que ningún otro ha expuesto las teorías sobre el origen de las apartadas Islas, etc., están brillantemente sintetizadas y expuestas en las páginas de este libro que todo ecuatoriano debería leer, pues a través de ellas es posible formarse una visión de las Galápagos casi tan clara como la que se podría tener con una visita personal, siempre que se la realice bajo el impulso no sólo de propósitos turísticos, sino de observación y afán de penetrar en sus realidades.

Completan estas informaciones históricas relacionadas con va-

rias ramas de la ciencia, los datos referentes a las exploraciones del Archipiélago en el presente siglo, que son abundantísimas, detalle que revela el creciente interés que mantienen las Islas tanto entre las Instituciones dedicadas a la investigación científica y los hombres de estudio en general, como entre las potencias que quieren asegurar las rutas oceánicas, que juzgan su posición en medio de las soledades del Pacífico como verdaderamente excepcional.

El capítulo dedicado al estudio del Archipiélago contemplado desde el punto de vista geopolítico —esta moderna disciplina que muchos creen que no es sino una forma más cómoda de designar a la Geografía Política, lo cual entraña desde luego un gravísimo error—, es sugerente y sus opiniones las refuerza el autor con valiosos y curiosos documentos de política internacional, cruzados muchos de ellos por las trastiendas diplomáticas o por las de nuestros imprevisivos gobiernos.

La nueva edición ha sido enriquecida con la reproducción de las primeras cartas marinas en las que se adivinan los contornos imprecisos de las Islas, pero a las que se les ubica ya con relativa exactitud, tal el caso de la carta del corsario Ambrosio Cowley, así como con las hermosísimas fotografías de Rolf Blomberg, que con su lente ha sabido captar las más bellas escenas y paisajes de ese mundo todavía casi ignoto.

Sólo un pequeño reparo nos permitimos formular, con el sano propósito de que en la futura

edición que con seguridad no se dejará esperar, el autor si lo acepta desde luego, podría tenerlo en cuenta para la rectificación del caso. Al explicar las características climáticas del Archipiélago, enuncia, naturalmente, como uno de sus principales factores la Corriente de Humboldt, pero consignando la teoría hoy ya desechada sobre su origen en los mares polares, fácil manera de explicar la baja temperatura de sus aguas. Pero la teoría más aceptada en estos momentos es la de que se trata de una corriente vertical ascendente, que al emerger junto a las costas medias de Chile, se convierte luego en una corriente horizontal por influjo de los vientos alisios. Al proceder de los mares antárticos, como lo supuso Humboldt y lo repitió Wolf, cómo explicar que las aguas meridionales de Chile tengan, en la misma época del año, temperaturas mayores que las del norte, que se acercan ya a las regiones ecuatoriales? Por qué, por otro lado, en esos mismos mares meridionales chilenos no aparecen los temibles ice-bergs, que necesariamente deberían aparecer, arrastrados por la corriente, si ésta procediera de los mares antárticos?

Por otro lado, la fantástica riqueza de plankton, formado por las algas pardas y diatomáceas que caracteriza a la corriente, haciendo de ella una de las zonas marinas más célebres para la pesca, sólo puede explicarse porque sus aguas que ascienden de los fondos abismales contienen más sales nitrogenadas, debido a que en el fondo marino

cae gran cantidad de organismos muertos, cuya descomposición da a las aguas mayores propiedades alimenticias, con elementos que ascienden a la superficie gracias al movimiento vertical sugerido por la nueva teoría, expuesta brillantemente por el oceanógrafo Buchanan, la que en síntesis puede exponerse así: "La corriente de Humboldt no proviene de una deriva de aguas frías del polo hacia el Ecuador, sino más bien de un ascenso de las aguas del fondo hacia la superficie. No se trata de una deriva horizontal, sino vertical, que luego toma forma horizontal, por la acción de los vientos alisios".—  
**FRANCISCO TERAN.**

#### **ANTROPOLOGIA MORFOLOGICA DE LOS INDIOS DE LA REGION ANDINA,**

**del Dr. Antonio Santiana**

La circunstancia de haber desempeñado por algunos años la cátedra de Geografía Humana y de Geografía del Ecuador en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central, nos puso en contacto con un libro del Dr. Santiana, aparecido en 1952, que, salvo la más autorizada opinión del autor, lo consideramos como obra fundamental y más acabada, dentro de las ya numerosas publicaciones de carácter antropológico y etnográfico que él ha realizado, como fruto de sus pacientes observaciones efectuadas tanto en nuestro Ecuador, como en algún otro país del Continente.

Las ciencias que pueden considerarse básicas y fundamentales para la formación cultural de los pueblos, son aquellas que tienden cabalmente a aclarar y desentrañar su origen, con sus virtualidades y defectos, así en lo físico como en lo moral y espiritual, porque el hombre constituye el eje y centro de la civilización, siendo unas veces el motor y agente de su desarrollo, y otras el causante de su estancamiento y desaparición. El antropólogo, el etnólogo o el sociólogo señalan, pues, las características del actor que protagoniza el gran drama que llamamos civilización, que desde los más remotos milenios viene representando en los más variados escenarios de la superficie terrestre.

El reparto de los hombres sobre el planeta ha sido determinado por la forma especial de los macizos terrestres, en cierto modo convergentes. Las soledades oceánicas han dividido al hombre, determinando el hecho de que por mucho tiempo los unos ignoren la existencia de los otros. En sus migraciones obligadas por la lucha por la vida, los hombres han encontrado montañas, bosques, pantanos, comarcas sin agua, y la civilización no es sino la lucha contra todos esos obstáculos. Los pueblos vencedores han aprovechado la experiencia colectiva adquirida en diversos lugares, mientras que otros, por su aislamiento, han perdido las iniciativas, siendo incapaces, por sus propios recursos, de salir de ese estado de indolencia, como si hubieran agotado todos los medios capaces para hacerlos progresar.



Las investigaciones prehistóricas y la antropología nos demuestran que el hombre ha habitado desde tiempo inmemorial las partes más diversas del planeta, provisto de distintos objetos construidos por él, y haciendo uso del fuego; y, gracias a tales armas, por rudimentarias que parezcan, logró modificaciones nada despreciables en la fisonomía terrestre.

El cazador paleolítico y los primeros cultivadores neolíticos abrieron brechas y crearon asociaciones animales y vegetales; pero sus trabajos, en las distintas partes del planeta, fueron aislados y sin la menor revelación de unos con otros.

Sin menor duda, cada grupo de hombres encontró en el medio especial donde debía asegurar su vida, auxillares y obstáculos que logró vencer con ingenio e inteligencia, pero al triunfar dejaba marcado un sello característico de autonomía y peculiaridad, y sus vacilaciones y experiencias acumuladas fueron las bases de las primitivas civilizaciones, que podemos juzgar ahora por los restos de las industrias locales, armas, instrumentos, utensilios, cerámica, objetos en los cuales se materializa, por decirlo así, su afinidad con el medio ambiente.

La investigación de cómo fueron, cómo vivieron y de qué fueron capaces esos remotos hombres que se asentaron en las mesetas y serranías de los Andes, así como en las cálidas llanuras aledañas, es el leit-motiv, dentro del ámbito geográfico ecuatoriano, de la mayoría de los estudios e investigaciones realizados por

el Dr. Santiana. Y en estos últimos tiempos ha tenido la suerte de encontrar a una colaboradora eficaz en su esposa, la señora Angélica Carlucci de Santiana. En este matrimonio, por feliz coincidencia, no sólo podemos observar sus amigos los lazos efectivos que los unen, sino esa afinidad espiritual y profesional que constituye el gran acicate para su labor en el hombre que se entrega a las áridas y pacientes disciplinas científicas que demandan especial consagración.

El Instituto Panamericano de Geografía e Historia, cuya sede con tanta justicia y acierto está en la ciudad de México, que lleva la primacía en el Continente en los estudios e investigaciones sobre el hombre americano, tanto en el campo de la Antropología como en el de la Sociología, tuvo la feliz idea de realizar un trabajo de investigación geográfica y humana, que constituyera un verdadero ejemplo para obras similares que podrían efectuarse después en otras áreas de América, y lo calificó de "Plan Piloto". Para su ejecución fue seleccionado nuestro país, que puede considerarse como la síntesis de los problemas que aisladamente aparecen en los otros países del Continente.

Para la realización del proyecto se decidieron sus gestores por el área geográfica que más o menos corresponde a la provincia de Pichincha, o, con mayor precisión, a la Hoya del Guayllabamba. Uno de los temas que debía ser elaborado, como es de suponer, fue el relativo al elemento humano, o sea el estudio del desarrollo de la población

desde sus remotos orígenes considerando su tipo físico, sus condiciones de vida desde los tiempos anteriores a la conquista española hasta nuestros días, su composición étnica, su economía y, en fin, todos los importantes asuntos que considera la Antropología Social.

El trabajo del Dr. Santiana recién publicado por el Instituto Panamericano de Geografía e Historia, como parte de los estudios del Plan Piloto, versa sobre uno de esos valiosos temas, que lo ha titulado Antropología Morfológica de los Indios de la Región Andina, que ha sido complementado con un importantísimo capítulo de estudios arqueológicos realizados en asocio de la Sra. Angélica Carluci, que lo han titulado El Paleoindio en el Ecuador, mediante investigaciones del hombre físico y la cultura desarrollada por él en tiempos tan lejanos como los que precedieron al periodo Formativo Agrícola, el cual, según aclaraciones de los autores, no puede hacerse dentro de los límites estrechos y convencionales de la actual provincia de Pichincha escogida por el Plan Piloto.

Tanto éste con los anteriores estudios antropológicos del doctor Santiana constituyen una valiosísima contribución al mejor conocimiento de nuestros aborígenes, médula de la nacionalidad, que con tanto acierto iniciaron científicos de gran valor, nacionales y extranjeros, entre los cuales merecen especial recordación Jacinto Jijón y Camaño, Paul Rivet, Max Uhle y algunos más.

Que él y su señora no desmayen en investigaciones tan meritorias, que han de ayudar eficazmente a aclarar los brumosos orígenes del hombre americano y de las todavía desconocidas civilizaciones por él creadas y en las cuales nuestro pequeño Ecuador jugó especialísimo papel, es nuestro mejor deseo.— **Francisco Terán.**

### ECUADOR, PERFIL DE SU PROGRESO,

de José Alfredo Llerena

Este es otro de los buenos libros aparecidos el último año. El autor, con mucho acierto explica que se trata de un conjunto de "Notas de Geografía Económica". Si el lector se detiene a observar que este trabajo lo ha realizado un periodista, que por añadidura es un literato y un ensayista que se ha dedicado preferentemente al examen de temas de arte, con hondo sentido crítico, tal vez quede sorprendido. Pero si se recuerda aquel acertado símil que compara a la Geografía con el hall de un amplio edificio, en el que convergen todos los servicios de tal modo que correspondiendo a cada uno de ellos, sin embargo no forma parte de ninguno, encontrará muy natural que un literato pueda abordar también asuntos geográficos, y con buen éxito.

En efecto, todos están obligados a pasar y cruzar por el hall del símil, para entrar a los compartimentos de ese edificio que representa a la ciencia: el histo-

riador, el sociólogo, el médico, el biólogo, el periodista, etc. ineludiblemente necesitan relacionar sus actividades o sus estudios con los conocimientos geográficos. Igualmente, los contactos y reflejos de los varios compartimentos del edificio del siml, han determinado la subdivisión del hall, no muy precisa desde luego, en variadas especializaciones, que para cultivarlas debidamente, es menester que el geógrafo incurriere en los campos vecinos: si el contacto es con la historia, surge la Geografía Política; si con la economía, la Geografía Económica; si con la biología, la Biogeografía; si con la meteorología, la Climatología, etc.

Queda explicada, pues, la incursión del ágil periodista y crítico de arte, señor Alfredo Llerena en los campos de la Geografía: en apretada síntesis nos ofrese en su pequeño libro unos cuantos capítulos muy sugerentes de Geografía Humana y Económica de nuestro país, con ciertas observaciones y provechosas sugerencias.

Los fundamentos de su ensayo, según señala el autor, han sido los resultados del censo de 1950 y los valiosos trabajos de la Junta de Planificación, más las investigaciones de algunos hombres de estudio, como las contenidas en el libro del Dr. Saunders publicado por la Casa de la Cultura, con el título de La Población del Ecuador, y que es la síntesis y análisis de las conclusiones a que legó el aludido censo,

Preceden el ensayo de Alfredo Llerena algunas consideraciones de Geografía Humana, que deben

ser la base de todo estudio de índole social en nuestro país, y que en síntesis podrían ser las siguientes, si él me permite añadir algunas que seguramente se le escaparon dado la brevedad de su trabajo: La población del Ecuador, que según el censo de 1950 fue la de 3'200.000 hab., al finalizar la década ha llegado a 4'400.000 en números redondos, lo que significa que el crecimiento vegetativo ha alcanzado la elevadísima cifra de 33 por mil, que es uno de los más altos de América Latina. Este dato es índice de alentadores aspectos positivos, a la vez que de deprimentes aspectos negativos, paradoja que podríamos explicarla así: este alto crecimiento vegetativo revela que han sido saneados amplios sectores geográficos, de los cuales, por ejemplo, se ha erradicado la malaria, como en el caso de los valles serranos azotados por el paludismo; que han desaparecido, gracias a los avances de la higiene y de la educación, enfermedades que antes diezaban la población como la fiebre amarilla, la bubónica, etcétera; que los nacimientos se realizan cada vez con menores riesgos para la madre y para el niño; que las formas de alimentación están mejorando; que el deporte está fortaleciendo a la juventud, etc.

Pero, por otro lado, este alto crecimiento vegetativo revela también que el grado de cultura de nuestro pueblo no ha avanzado paralelamente con las manifestaciones de progreso material señaladas. La elevada natalidad es comúnmente signo de irresponsabilidad en la paterni-

dad. Para confirmar el aserto, basta recordar que más del 50% de nacimientos de la Costa, que tiene un crecimiento vegetativo mucho mayor que el de la Sierra, corresponde a hijos ilegítimos. Estos y un buen porcentaje de hijos también legítimos son seres que vienen al mundo, sin seguridades de buena alimentación, sin seguridades de educación, sin seguridades de eficientes medios de defensa para la lucha por la vida. Es una regla demográfica indiscutible, que a pueblos altamente civilizados corresponden bajos crecimientos vegetativos, pero con escasisima mortalidad infantil y a pueblos poco civilizados, o subdesarrollados como se dice ahora con piadoso eufemismo, corresponden en cambio altos crecimientos vegetativos pero con alta mortalidad infantil y un bajísimo promedio general de vida.

Y éste, desgraciadamente, es el caso del Ecuador.

Otro curioso dato que reveló el censo fue el relativo a la proporción de los sexos. Lo normal en casi todos los países del mundo, es que el elemento femenino sea mayor que el masculino. Pero en el Ecuador, sólo en la Sierra, a excepción de Loja, se cumple la regla, en tanto en el resto del país el elemento masculino supera a veces notablemente, como en el caso de Galápagos, al femenino. Esta realidad acaso explique ese sinnúmero de crímenes pasionales que registra, por ejemplo, la crónica roja de los periódicos del Litoral. Ahí tienen los sociólogos un interesante dato que deberían desentrañar. En nuestro concepto el

fenómeno se origina en la fuerte migración masculina de la Sierra hacia la Costa, en busca de mejores medios de vida.

Otro dato: la desproporción considerable entre la población urbana y la rural: a la primera corresponde tal vez un 25% a lo sumo, y a la segunda un 75%, lo cual refleja el escaso grado de industrialización alcanzado por el país. Pueblos altamente industrializados, con una agricultura mecanizada, tienen un marcado predominio de población urbana con mejores niveles de vida; y pueblos como el nuestro, preferentemente agrícolas y productores de materias primas de origen forestal, con métodos de trabajo harto primitivos todavía, tienen en cambio un predominio notable de población rural, con índices de vida terriblemente bajos. Aquí puede encontrarse una de las fundamentales explicaciones de nuestra raquítica economía.

Y por fin, esta última observación en la que el autor, con mucha razón se detiene, es la referente al grado de instrucción alcanzado por nuestro pueblo: el porcentaje de analfabetismo que llega casi el 60% en las provincias de mayor población indígena, como las de Cotopaxí y Chimborazo, es una cifra aterradora. En la Costa los mayores porcentajes corresponden a las provincias de diseminado poblamiento, como las de Esmeraldas y Manabí.

Estas realidades nacionales, por dolorosas que sean, deben señalarse con valentía: ellas constituyen rico veneno de enseñanzas para el sociólogo, para el

educador, para el estadista, y Llerena ha sabido exponerlas en su libro con inteligencia y con propósitos de superación. Sólo que habríamos deseado que su ensayo fuera más extenso y acabado.

Los capítulos dedicados al estudio de los recursos económicos, como el referente a las fuentes de energía, a las posibilidades agrícolas, pesqueras, forestales, mineras, etc. consignan datos recogidos preferentemente en las

fuentes de información periodística, y que el autor ha sabido aprovecharlos para hacer consideraciones acertadas y presentar sugerencias para el mejoramiento de nuestras condiciones económicas, enfermas siempre de pequeñez y angustia.

En resumen, la rápida incursión de Alfredo Llerena en el campo de la Geografía Económica de nuestro país, la consideramos feliz y digna de todo encomio.—Francisco Terán.

---

**Publicaremos juicios bibliográficos sobre los libros que se nos envíe en doble ejemplar.**

---

**La Dirección recuerda a los señores socios su obligación de colaborar en estas páginas.**

---

**Agradeceremos se acuse recibo de esta Revista para futuros envíos de nuestra Editorial.**

---

## REPRODUCCIONES ESCOGIDAS

Valiosa esta monografía que el ilustrado académico y editor de nuestros primeros libros del Cabildo y otros primorosos documentos de consulta para la historia nacional, señor Licenciado don J. Roberto Páez, ha dedicado recientemente al P. Velasco, nuestro historiador, páginas que nos complace reproducir a continuación. Comienza en nuestros días a reverdecir el culto a la legítima nombradía del historiador del Reyno de Quito, puesta en entredicho más de una vez y de manera alevosa por la misma Academia de la Historia, hace unos lustros. El Licenciado Páez revisa la obra del insigne jesuita con probado conocimiento. Lástima omite en su estudio el juicio que mereció la obra del ilustre riobambeño a plumas de otras banderías, por lo mismo más apreciable. Don Pedro Moncayo, por ejemplo, glosando los "Apuntes para la Historia de Quito" de don Pablo Herrera, escribió acerca de Velasco preciosas anotaciones. Su Historia, dijo, "es una rica mina abierta a todos los talentos, un inmenso arsenal, cuyos materiales informes y amontonados unos sobre otros, pueden ser recogidos, labrados y pulimentados por un espíritu investigador, paciente y laborioso, que quiera hacer ese servicio a su Patria, siguiendo el ejemplo y las huellas del Padre Velasco: Hay tres cualidades que sobresalen en el historiador del Reyno de Quito: el amor a la justicia, el amor al bien y el amor a la Patria...".

H. M.

### LA INSIGNE FIGURA DEL RIOBAMBEÑO PADRE JUAN DE VELASCO

El Movimiento cultural ecuatoriano, a través de los hombres que lo impulsaron y que, a la vez, tuvieron la más franca ideología católica; en otros términos, el aporte que los católicos han dado al progreso de las letras en nuestra Patria, tendría que ser materia de un libro que habría de componerlo, con serena imparcialidad, el escritor dotado del criterio de un severo historiador y de la suficiente erudición, que le capacitarían para desenvolver con acierto tan complejo y a la vez hermoso tema.

El libro habría de comenzar por la época hispánica, para extenderse hasta nuestros días, consignando en sus páginas desde los nombres de don Eugenio de San Cruz y Espejo, del que sabemos, a ciencia cierta, que escribió sermones "para que fueran predicados, y en efecto lo fueron por su hermano y por otros sacerdotes", como afirma el Ilustrísimo González Suárez, hasta el preclaro del mismo insigne Arzobispo de Quito, cuya contribución para el adelanto patrio es sin disputa uno de los mayores, toda vez que en el Dr. González Suárez admiramos no sólo al historiador de la Patria y al padre de la arqueología ecuatoriana, sino también al erudito autor de los estudios de crítica literaria; al biógrafo de grandes figuras americanas y europeas y al consumado expositor de las verdades religiosas, tanto como al autor del "Nuevo Mes de María" y de las "Visitas al Santísimo Sacramento". ¿Y qué decir del literato que se advierte en la "Hermosura de la Naturaleza y sentimiento estético de ella", libro del que se ha afirmado que encierra más poesía que muchos tomos de versos?

Desde la obra del hijo de Daule, el Jesuita, Juan Bautista Aguirre, ingenio de veras universal, hasta la del ambateño don Juan León Mera, qué inmenso aporte el de los católicos ecuatorianos al progreso nacional.

Anhelamos que surja algún día el autor que estudie este aspecto tan interesante y noble de nuestra historia. ¡Quién nos diera un Marcelino Menéndez Pelayo, que escribiera no ya la "Historia de los Heterodoxos Españoles", sino la "Historia de los pensadores católicos ecuatorianos"!

Recordemos, por el momento, la contribución de un ecuatoriano benemérito al avance de los conocimientos en nuestro país. Rememoremos brevemente la vida y escritos del que es, sin disputa, uno de los pilares de nuestra vida intelectual y uno de los orgullos más legítimos del Ecuador y aún de América: el hijo de Riobamba y de la Compañía de Jesús, Padre Juan de Velasco.

En hora buena hemos vuelto ya definitivamente los ojos al nombre y fama de este dignísimo hijo de Ignacio de Loyola y de la provincia del Chimborazo. Algunos eruditos hablaban de él, antes de hoy, más para criticarle que para ensalzarle. Teníamos casi olvidada la fama de este que fue el primero de los historiadores ecuatorianos; el que experimentó, antes que nadie, lo que podríamos llamar el sentimiento de ecuatorianidad y el que fue, sin disputa, el padre de los orientalistas ecuatorianos, en cuanto que a él debemos la más cabal y la más completa descripción de los afanes y sudores con que los Misioneros de Quito descubrieron, evangelizaron y conquistaron la Región Oriental de nuestra patria. Hemos de confesar, con rubor, que no hicimos, hasta hace poco tiempo, todo el aprecio que debíamos del nombre y de la inmensa obra del jesuita ecuatoriano Padre Juan de Velasco.

Por cierto que acerca de él no faltaron ensayos y estudios apreciables. Si hubiéramos de enumerar algunos de ellos, citaríamos el de don Pedro Fermín Cevallos, impreso en Quito en 1861, en "El Iris", publicación literaria, científica y noticiosa que veía la luz en nuestra capital en aquel año y que se entregaba a los lectores el día cinco de cada mes.

Recordaríamos también las páginas de don Juan León Mera en la primera edición de su "Ojeada histórico-crítica sobre la poesía ecuatoriana", impresa en Quito en los talleres de Juan Pablo Sanz, en 1868 y, antes de las dos publicaciones mencionadas, el juicio de don Pablo Herrera, en la primera edición de su "Ensayo sobre la historia de la literatura ecuatoriana", que vio la luz en Quito, en la imprenta del Gobierno, el año de 1860.

En sus "Memorias Intimas", consignó el Ilustrísimo González Suárez estas frases, que son el mejor elogio del Padre Juan de Velasco:

"Tendría yo unos doce años de edad, cuando lei por la primera vez la Historia de Quito, escrita por el Padre Juan de Velasco, y la lectura de esta obra despertó en mi la afición a los estudios históricos relativos a nuestra Nación: no sé qué pasó en mi cuando hube leído la Historia Antigua de Quito. Me puse inquieto y me sentí agujoneado por una impaciente curiosidad de descubrir y de saber todas las cosas de los Incas y de las antiguas tribus indígenas, que habían poblado el territorio ecuatoriano antes de la venida de los españoles: así nació en mí, no diré sólo la afición, sino la pasión por los estudios históricos y por las investigaciones arqueológicas".

¡Qué honra para un escritor ecuatoriano haber despertado la vocación histórica en González Suárez! El gran Arzobispo había de consagrar no escasas páginas al que fuera su iniciador en las arduas investigaciones del pasado, cuando, andando los años, acometiera la magna empresa de escribir la "Historia General de la República del Ecuador", de la que, desgraciadamente, no alcanzó a dejar sino los volúmenes relativos a nuestra vida bajo la dominación española.

Fue en la "Sociedad Ecuatoriana de estudios históricos" creada en los primeros años de este siglo, bajo los auspicios del mismo gran Arzobispo de Quito, y en el "Boletín" de ella, en donde revivió el nombre de Juan de Velasco, a través de estudios que se consagraron a discutir su veracidad como historiador y la validez de los hechos por él consignados en su "Historia del Reyno de Quito". Los ataques provocaron la defensa. De la duda surgió la controversia. Se oyeron diversos pareceres; desapareció la oscura noche que amenazaba cubrir el nombre y la obra de Juan de Velasco. Tan cierto es que el silencio es la peor de las persecuciones, y que, en cambio, toda discusión, toda controversia, todo enunciado de diversos pareceres, denota vida, movimiento e importancia.



Un autor no está definitivamente muerto sino el día en que nadie se preocupa con sus obras. Donde no hay interés por un libro y por las tesis que en él se defienden, reina el olvido, que es la muerte literaria más lamentable. Discutir las afirmaciones de un autor, es devolverle a la vida; es declarar que no ha fallecido, que es aún actual e interesante, que es un contemporáneo nuestro y que su palabra nos interesa y emociona. Poner en duda las afirmaciones del Padre Velasco, equivalía a llamarle al concierto de las ideas en el siglo veinte y volver por su fama, en trance de desaparecer, con mengua de los antecedentes de país culto que el Ecuador podía invocar ante las demás naciones, desde la época hispánica.

A las tesis históricas contrarias al Padre Velasco, replicaron con otras las que defendían su veracidad, particularmente aquella afirmación suya en orden a la existencia en nuestro territorio de una dinastía de Reyes de Quito, denominados Schyris.

Tuvimos así las "Tesis de Prehistoria Ecuatoriana", del Reverendo Padre José Le-Gohuir Rodas, de la Compañía de Jesús, publicadas en la "Revista de la Asociación Católica de la Juventud Ecuatoriana", que, en los años de 1918 a 1920, reunió en sus páginas preciosas manifestaciones del pensamiento católico ecuatoriano. El Padre Le-Gohuir dejó sentadas la veracidad del Padre Velasco, su seriedad histórica y la importancia de las fuentes en las que se había inspirado.

En 1925, el doctor don Leonidas Batallas, que había sido antes Director de la Biblioteca Municipal y Secretario del Concejo de Quito y al que había distinguido con su amistad el Arzobispo González Suárez, presentó al Tercer Congreso Científico Panamericano, reunido en Lima, un libro de doscientas páginas, titulado "Vida y Escritos del R. P. Juan de Velasco S. J.", trabajo importante del que se hizo una segunda edición mejorada, en los Talleres Tipográficos Nacionales, en 1927.

Por fin, en 1943, fue enriquecida la literatura histórica ecuatoriana con una obra de veras importante; un trabajo de primer orden digno de figurar en la biblioteca de todo ecuatoriano amante de las letras. Estamos hablando de los dos volúmenes, en cuarto mayor, obra del Reverendo Padre José Jouanen, titulados "Historia de la Compañía de Jesús en la Antigua Provincia de Quito. 1570-1773".

En este documentadísimo trabajo y particularmente en el tomo segundo, se analizan la vida y escritos de Juan de Velasco, a la luz de los Archivos de la Compañía de Jesús, y se sientan las bases para la estima cabal de nuestro compatriota.

Dos años antes, en 1941, el mismo Padre Jouanen había suministrado valiosos datos para la vida del gran hijo de Riobamba, en el Prólogo que escribió para la "Historia Moderna del Reyno de Quito y Crónica de la Provincia de la Compañía de Jesús del mismo Reyno", obra inédita de Juan de Velasco, que comenzó a publicar en la capi-

tal el Instituto Ecuatoriano de Estudios Amazónicos, y que por desgracia no ha sido completada en su edición. Cuantos amamos el prestigio de la patria y de sus hombres, nos hemos de empeñar en que se editen los tomos que aún faltan por publicarse de esta obra del ilustre hijo de Riobamba.

Faltaríamos a la justicia si no dejáramos constancia de las magníficas páginas que el distinguido compatriota y conocido publicista don Isaac J. Barrera escribió sobre el Padre Velasco en su "Historia de la Literatura Ecuatoriana", que es sin duda alguna el mejor monumento levantado, tras años de trabajo, de fatigas y de investigación, para el conocimiento de nuestras letras. El mismo publicista, nos había dado un resumen de la vida de Juan de Velasco, en el libro que en 1922 publicara con el título de "Quito Colonial" y en el que dedicó un capítulo entero a la obra del insigne jesuita riobambeño. Ni hemos de olvidar tampoco la contribución del infatigable literato don Augusto Arias al conocimiento de nuestros valores nacionales, entre los cuales Velasco ocupa lugar muy distinguido.

En 1957, en Cuenca, cuna de preclaros varones, uno de sus más altos prestigios intelectuales de la hora presente, don Gabriel Cevallos García, publicó el tomo primero de sus "Reflexiones sobre la Historia del Ecuador". De las seiscientas páginas que forman el volumen, las primeras ochenta y dos dedicó el autor a estudiar la obra del Padre Juan de Velasco, al que denominó protohistoriador de la Patria, analizando sus trabajos históricos a la luz de la filosofía de la historia, y aseverando que ella señala el paso decisivo y franco entre la que había sido simple crónica de los acontecimientos ocurridos en el territorio y la ponderada consideración de los mismos.

Los Cronistas habían escrito por encargo de las autoridades de España, para conservar el recuerdo de los hechos de los castellanos en las tierras por ellos descubiertas y sojuzgadas; el historiador Padre Velasco había compuesto su libro sobre el Reyno de Quito, para dejar sentados los antecedentes de nuestra nacionalidad, que un día habrían de servirnos para alcanzar vida independiente y autónoma.

Su obra comenzó por la descripción de las bases materiales del País, su geografía, sus recuerdos; para investigar, luego, los elementos culturales que podían significar para él un fundamento de vida autónoma y propia.

No se podrá pasar por alto las páginas eruditas y profundas de don Gabriel Cevallos García, cuando se trate de apreciar la obra del Padre Velasco. La defensa que de él ha hecho, como historiador veráz, lleno de fundamento en sus apreciaciones, conocedor del territorio sobre el cual escribía, es ciertamente digna del mayor respeto. A la luz de la crítica histórica, los trabajos del Padre Velasco, lejos de perder valor y prestigio, aparecen como fundamentales para nuestra Patria y desde luego como la afirmación más valiosa, por ser la primera, de nuestra ecuatorianidad.

El mismo año de 1957, la Casa de la Cultura Ecuatoriana, sede de Quito, tuvo el acierto de publicar parcialmente una obra inédita de Juan de Velasco, que venía conservándose manuscrita por el lapso de ciento sesenta y cuatro años. Se trataba de editar por lo menos la parte que en la colección de poesías llamada por Velasco "El Ocioso de Faenza", correspondía a los jesuitas, compañeros suyos de destierro, de la Provincia de Quito.

Nunca se alabará suficientemente aquella decisión de la Casa de la Cultura y el acierto que ella tuvo al encomendar este trabajo al distinguido poeta y escritor, señor Licenciado don Alejandro Carrión Aguirre. Se salvaba así de posible ruina uno de los grandes tesoros literarios del Ecuador, que por nuestro inexplicable descuido corría el riesgo de desaparecer cualquier momento.

El Sr. Lcdo. Carrión Aguirre llevó a cabo la empresa con gran celo y nos dió con el título de "Los poetas Quiteños del Ocioso de Faenza", dos fuertes volúmenes; el primero de los cuales dedicó a estudiar las amarguras de los jesuitas desterrados de América y el valor de las poesías de los quiteños citados en su libro por Velasco, y el segundo, a reproducir las composiciones de estos últimos.

No se podrá prescindir del trabajo del Licenciado Carrión cuando se trate de Velasco, al que supo colocar en el sitio que le corresponde entre los grandes de la Patria, pues que, como él mismo lo dijo: "Le somos deudores por la Historia que es la partida bautismal de la Patria y por esta Colección de poemas, en la que se aprecia, por sobre el arte literario, la entereza del alma de los quiteños, intelectuales jamás vencidos por tan dura adversidad". De Velasco dice Carrión que fué: "Gran prócer de nuestra historia, hombre de ciencia, geógrafo, polemista y defensor de América".

La anunciada reunión en el Ecuador de la Undécima Conferencia Interamericana, hizo que en 1960 se acometiera por el gobierno nacional la publicación de la llamada "Biblioteca Mínima Ecuatoriana", que, confiada a personas de reconocida valía intelectual, debía reunir, en síntesis, lo más digno de ser apreciado dentro del orden de la cultura ecuatoriana.

Así nacieron los veintinueve volúmenes de la Biblioteca Mínima, dos de los cuales hubo el acierto de dedicar al primero de nuestros historiadores: el P. Juan de Velasco. Vivía todavía, en hora buena, el sabio patriota e insigne humanista Padre Aurelio Espinosa Pólit y, con sobra de razón, estimó que era llegada, al fin, la hora de publicar la "Historia del Reyno de Quito", tal como había salido de la pluma de su autor, el riobambeño Juan de Velasco, utilizando para ello el manuscrito hológrafo, del que se conocen dos ejemplares: el que se conserva en la Biblioteca de la Real Academia de la Historia de Madrid, y el que guarda el Archivo de la Compañía de Jesús en Quito.

La Historia de Velasco había sido editada por vez primera en

el Ecuador en los años de 1841, 1842 y 1844 por el doctor Agustín Yeroivi. Por desgracia, el editor no respetó el texto original e hizo, como anota el Padre Espinosa Pólit, cuantas supresiones, correcciones y cambios le vino en gana, habiéndose permitido aún, según consigna el mismo Padre, "hacer a tinta sus correcciones en el original mismo de Velasco —aunque sólo en el volumen segundo— dejando afeada y manchada irremisiblemente una de las reliquias más respetables de nuestro patrimonio nacional".

La introducción a la verdadera "Historia" del Padre Velasco, pidió el Padre Espinosa la escribiera el respetadísimo ecuatoriano, docto publicista y cabal hombre de letras, Julio Tobar Donoso, el que llevó a cabo este encargo con la maestría que es la característica de todos sus trabajos. Las noventa y dos páginas escritas por él en el tomo primero de la obra del Padre Velasco son, hasta este momento, lo más cabal y completo que se haya publicado sobre el gran hijo de Riobamba. A ellas han de acudir cuantos anhelan conocer en todo su valor la insigne personalidad del gran Jesuita.

Desde 1961 podemos ya, por felicidad, leer en su verdadero texto la "Historia del Reyno de Quito" y esta gracia la debemos a nuestro compatriota, e inolvidable Padre Aurelio Espinosa Pólit, sin cuyos afanes, hasta el día de hoy habría acaso permanecido inédito este trabajo, que como afirma el doctor Tobar Donoso, "es el que permite valorar la figura y obra de Velasco, a quien tenemos que saludar desde ahora como a uno de los creadores insignes de la Patria".

Falleció el Padre Espinosa Pólit en Enero de 1961, antes de que llegaran de México los dos volúmenes impresos del Padre Velasco. No pudo ver así la que había sido una de sus últimas empresas de cultura, pero el Ecuador entero y particularmente la ciudad de Riobamba jamás podrán olvidar lo que él hizo para que la obra del gran hijo del Chimborazo pudiera ser apreciada en toda su pureza.

Veamos ahora, siquiera en resumen, los títulos que Juan de Velasco tiene para nuestro reconocimiento.

Su cuna se mecía en las faldas del Chimborazo, pues, nació en Riobamba el día seis de enero del año de 1727. Fueron sus padres don Juan de Velasco y doña María Petroche, vecinos ambos de la misma ciudad.

En Riobamba tenían los jesuitas para aquel año un Colegio en que se enseñaba letras, gramática, humanidades y retórica. A él acudió Juan de Velasco para iniciarse en las letras y a los dieciséis años de edad sus padres le enviaron al Colegio Seminario de San Luis, de Quito, en calidad de alumno interno. Permaneció en él desde el 14 de diciembre de 1743 hasta el 14 de junio de 1744, en que regresó a Riobamba.

Dios le llamaba a su servicio y obedeciendo esa voz decidió ingresar en calidad de Novicio en la Compañía de Jesús, en la casa que ella mantenía en Latacunga, el día de Santa María Magdalena, 22 de

julio de 1744. Fue su Provincial el Padre Carlos Brentano y su Maestro de Novicios, el Padre Francisco Zephyrys. Los dos habían sido evangelizadores del Oriente ecuatoriano y de ellos aprendió Velasco a amar la obra de los misioneros y a interesarse en sus trabajos.

El día 23 de julio de 1746, Juan de Velasco pronunció los tres votos religiosos, con los que se ligó perpetuamente con Dios y con la Religión, dedicándose a completar sus estudios de humanidades. Para 1747, le tenemos ya en Quito en el Colegio Máximo, estudiando filosofía en la Comunidad de los jesuitas que contaba entonces con ochenta y siete religiosos. A fines de 1753, se graduaba de doctor en la Universidad de San Gregorio, "no con la pompa y solemnidad con que solían tomarlo los doctores seculares, escribe el Padre Jouanen, esto es con un paseo público por toda la ciudad, seguido de un gran banquete, sino a la manera humilde de los religiosos de la Compañía, que se reduce a dar con buen resultado el último examen, que versa sobre toda la filosofía y teoría".

Luego de su ordenación como sacerdote, los Superiores le dedicaron, en vista de su conocimiento cabal de la lengua de los indígenas, a la tarea de predicar y catequizar a los indios, con cuya ocasión recorrió diversas comarcas del antiguo Reyno de Quito. En 1755, le hallamos en Azogues. Había visitado ya Cuenca, Loja y Guayaquil.

Para 1759 le encontramos en Ibarra, en donde permanece hasta 1761 como Procurador de la Casa de los jesuitas y tiene a su cargo la Congregación de Nuestra Señora de la Luz, una de las grandes devociones de la época hispánica. Con ocasión de su cargo, visita y recorre todas las poblaciones del País; trata familiarmente con los indios del Ecuador, se informa de sus tradiciones y leyendas, las recoge y compara las de los diversos sitios de la Patria.

En 1762 se dirige a Popoyán, en cuyo Colegio de jesuitas enseña filosofía. En Popayán hace su profesión solemne de cuatro votos, el 12 de mayo de 1765. Ha llegado a la edad de treinta y seis años. Sus estudios favoritos han sido en todo tiempo los de historia, geografía y ciencias. No ha perdido en ningún momento su contacto con los indios, y de los Purasés de Colombia recoge la fábula del animal que, a la muerte, se convierte en árbol. Don Isaac Barrera consigna en su estudio sobre nuestro compatriota, que en Popayán dictó clases de Física.

Para las actividades científicas y misioneras de los jesuitas y para la educación de los habitantes de América sobreviene una catástrofe, que no daña tanto a los religiosos de la Compañía de Jesús, cuanto a los pueblos del Nuevo Continente, en donde ellos ejercitaban su actividad benéfica, siendo de advertir que nuestra Patria fue la más afectada en esta ocasión. En 1767 el católico Monarca don Carlos Tercero, expide la Real Cédula que ordena salir inmediatamente de los dominios de España en América a todos los jesuitas.

El Padre Velasco se hallaba en Popayán. El 16 de agosto de 1767 el Gobernador de la ciudad dispone la prisión de todos los jesuitas en la propia residencia de ellos, con orden de salir para el destierro veinticuatro horas más tarde. A los expulsos se les permitía llevar "su cama, ropa vieja, chocolate y tabaco", según ha narrado el mismo Padre Velasco. Por suerte para nosotros, parece que la petaca de nuestro compatriota fue un tanto grande y en ello pudo acomodar también sus libros y papeles, sin que nadie le impidiera.

No hemos de relatar ahora las infinitas penalidades del viaje de los expulsos, desde Popayán hasta tierras de Italia. El largo calvario en que los jesuitas iban dejando sus enfermos y sus cadáveres por todos los lugares por donde se les conducía, ha sido relatado por nuestro mismo compatriota Velasco, que sufrió en carne propia las hambres, desnudeces y enfermedades a que le sujetó, con sus otros hermanos en religión, la Majestad de Carlos Tercero. De Popayán a Cartagena, de Cartagena a la Habana, de la Habana al Puerto de Santa María, de allí a Córcega y de Córcega a Italia, cuántos percances dolorosos, cuántas necesidades y sufrimientos experimentaron los hijos de Ignacio de Loyola. Pocas páginas tan dolorosas en la historia como las de ese martirio y pocas también tan vergonzosas para las autoridades de España que, olvidando todo sentimiento de caballeridad, hicieron gala de ultrajar y vejar a seres indefensos, a los que ningún delito podía imputarse.

A Faenza llegó el Padre Juan de Velasco el día 24 de Octubre de 1768. Escribe a este propósito el Padre Jouanen:

"Por marzo de 1769 había en Italia ciento cincuenta y un jesuitas de la Provincia de Quito, repartidos en la siguiente forma: 88 en Rávena, 45 en Faenza, y entre ellos el Padre Velasco, y 18 en Rimini".

Los sufrimientos del destierro hubieron de volverse más acervos, cuando el Monarca Español obtuvo del Papa Clemente XIV el Breve de Extinción de la Compañía de Jesús. "Menos mal, escribe el señor Barrera, cuando todavía pertenecían a una Orden organizada, aunque en desgracia; las casas y colegios jesuitas de Italia les abrían las puertas. Mas cuando Clemente XIV decretó la extinción de la Compañía, los americanos, sin el nexo de la comunidad, se encontraban desvalidos en tierra extranjera. Entonces fue cuando pasaron por todas las humillaciones. Para vivir se llegaban a los poderosos, contaban los acontecimientos felices o desgraciados de las casas en que se les protegía. Se vieron obligados a pedir socorro al Rey de España, el mismo Rey causante de su desgracia, el que se había apropiado de sus bienes, al que los había extrañado de su patria, al que se apoderó de sus riquezas, y que, por lo mismo, tenía la obligación de ampararlos. Y los amparó, pero con mezquindad, como hacen los grandes. Velasco recibió el mandato y la recomendación de escribir la historia del Reyno de Quito".

Anota el Padre Jouanen:

"La mayor pena y dolor del Padre Velasco en Italia fue el Breve de Extinción de la Compañía de Jesús y una de las causas de la grave enfermedad que le aquejó por aquellos años. El Breve de Extinción se publicó en Faenza el día 24 de agosto de 1775, día, dice el Padre, digno de borrarse del número de los días".

Ese Breve era la culminación de la campaña que contra los jesuitas venían haciendo gobernantes irreligiosos y sectarios del siglo XVIII, que nada lograron contra la Compañía mientras ocupó la Silla de Pedro un varón de temple como Clemente XIII. Preciso fue que ascendiera a ella un Pontífice irresoluto, débil y que se atemorizaba fácilmente, como lo fue su sucesor, para que tuviera buen resultado la campaña contra la Compañía.

La expulsión de los jesuitas de tierras de América, sabemos ya que fue obra del Ministro de Carlos III, Conde de Aranda. El reputado historiador español contemporáneo, don Antonio Ballesteros y Beretta lo dice así, en el tomo V, página 176, de su "Historia de España", publicada en Barcelona el año de 1929. Oigamos su testimonio:

"Aranda a quien Carlos III confió el más elevado puesto político de la nación, la presidencia del Consejo de Castilla, era un gran señor aragonés muy español de sentimientos, pero al mismo tiempo enamorado del enciclopedismo francés y de las ideas anticlericales del otro lado del Pirineo. La fisonomía del Conde era curiosa; de tez morena, cabellos color castaño oscuro, nariz gruesa y curva, siempre embadurnada de tabaco; grandes ojos grises, bizco del derecho; una boca desdentada y la voz ronca, constituían los elementos de una fealdad nada vulgar. Moralmente fue una extraña mezcla de cualidades y defectos. Un hombre de la irreligiosidad del Conde de Aranda que había de ser en 1789 Gran Oriente de la francmasonería, iba a tener entonces una parte principal en el extrañamiento de los jesuitas de la Península".

Lo que la expulsión de los jesuitas significó como retroceso de la cultura en América, ha sido ponderado más de una vez. Ese acto del gobierno español jamás podrá justificarse y es una mancha de la época hispánica de veras indeleble. Las bajas pasiones antirreligiosas y el afán de apoderarse de las riquezas de los jesuitas condujeron al gobierno español a un acto perjudicial para los intereses fundamentales de los pueblos de América. Para la civilización y progreso de nuestra Región Oriental, significó la muerte. El Padre Francisco Compte, de la Orden de San Francisco, en el tomo segundo de su obra "Varones insignes de la Orden Seráfica en el Ecuador", ha escrito:

"Expulsados los jesuitas, se extinguieron casi todas las nuevas reducciones del Oriente. Más de cuarenta pueblos que formaban en 1767 sólo las Misiones de Macas, Canelos, Quijos y Jivaros,

quedaron reducidos casi a nada cuando don Francisco Requena, Comisario de Limites, pasó a aquella provincia a fines del siglo pasado".

Relatar lo que había sido la gran obra evangelizadora de los jesuitas de la Provincia de Quito en el Oriente Ecuatoriano, la inmensa obra de los Misioneros y las penalidades del injusto destierro desde América hasta tierras de Italia, es lo que se propuso el Padre Juan de Velasco en la primera de sus obras, cuya composición acometió y que hubo de llamar "Historia Moderna del Reyno de Quito y Crónica de la Provincia de la Compañía de Jesús del mismo Reyno".

Componer esa ponderosa obra fue la ocupación principal de nuestro compatriota durante su destierro en Italia. Lo hizo así por encargo del Viceprovincial P. Joaquín Alvarez y a ruego de sus hermanos en religión. Para su trabajo y como lo ha declarado el mismo autor en el Prefacio de su obra, reunió cuantos documentos tuvo a la mano y consultó con cuantos misioneros habían trabajado en América. La obra que el autor suponía tendría cuatro o cinco tomos, hubo de acortarse por la mala salud del escritor. Al fin, en el año de 1788, quedó concluido el manuscrito original en tres tomos en cuarto, el primero de 397 páginas, el segundo de 459 y el tercero de 572. Según el testimonio que trae el Padre José Joaunen, en el tomo segundo de su "Historia de la Compañía de Jesús en la antigua Provincia de Quito", el manuscrito original de nuestro compatriota se conserva en el Archivo de la Provincia de Toledo, de la Compañía de Jesús.

No hemos tenido aún los ecuatorianos la suerte de ver publicados todos los tres tomos de esta obra del Padre Velasco. Poseemos impreso apenas el primero, por empeños del doctor Raúl Reyes, ya fallecido, cuando desempeñaba la Presidencia del Instituto Ecuatoriano de estudios del Amazonas, y por generosa dedicación a la tarea de editar este volumen del Padre José Joaunen que corrigió las pruebas y puso al frente del mismo un valioso estudio sobre el insigne riobambeño. Ojalá poseyéramos cuanto antes completo el trabajo de este último.

No lo hemos de confundir con el que tituló "Historia del Reyno de Quito". Su autor acaso comenzó a componer este último cuando se hallaba en América, según apunta el P. Joaunen; es lo cierto que en 1789 estaba terminada esta Historia y que el Padre Velasco la envió a España al Ministro de Carlos IV, Conde Antonio Porlier. La remitió a España, escribe el señor don Isaac Barrera, "en busca de una merced y para que allí fuera impresa. No hemos llegado a saber siquiera, continúa, al cuantía del don, ni si llegó a tiempo, pues que la obra se escribió entre enfermedades y privaciones, de tal suerte que bien pudo decir como Cervantes que la compuso, puesto ya de pie en el estribo, porque el historiador fa-



llecio tres años después de concluida la obra, en 1792. Los manuscritos enviados al Ministro Porlier, permanecen todavía en la Biblioteca de la Academia de Historia de Madrid".

Conocidas son las vicisitudes corridas por la copia que de su libro había guardado el P. Velasco y que la entregó a su sobrino, el Padre José Dávalos, desterrado como él en Italia. El precioso ejemplar pasó primero por las manos de un médico francés, Abel Victorino Brandin, al que lo había dado el ilustre quiteño don Manuel Larrea, luego que lo recibió del P. Dávalos. Brandin quiso publicar mutilada la obra, mas, al fin logró editarla en tres tomos, don Agustín Yerovi, en los años 1841, 1842 y 1844 en esta capital. Sabemos ya cómo se hizo la edición.

La obra del Padre Velasco ha sido apreciada con justeza por su hermano en religión, el Padre José Jouanen, en estos términos:

"El principal mérito del Padre Juan de Velasco, es el que se granjeó como historiador de nuestra Colonia. A pesar de todos los lunares, sus libros de Historia, pese a todas las críticas que de ellos se han hecho, siempre serán, como lo ha dicho el doctor Pólit Lasso, **la piedra angular de nuestro edificio histórico**. La crítica histórica se muestra cada vez más justiciera con el P. Velasco y reconoce en él no sólo al Padre de nuestra historia nacional, sino al primer ecuatorianista y al primer orientalista que hayamos tenido. El amor a su Patria es uno de los rasgos característicos del jesuita riobambeno, que tanto se afanó por darla a conocer ventajosamente en todo sentido. Nadie había dado a conocer el Reyno de Quito, si bien existía alguna que otra monografía particular. Las noticias que corrían venían envueltas en las pertenecientes al Perú y a la Nueva Granada; de modo que la obra del P. Velasco, en lo que respecta a su patria, formó época. Contenía, en efecto, con qué satisfacer abundantemente la curiosidad de los eruditos en geografía, física y política; en historia natural, en sociología, en etnografía, en historia antigua y moderna; en noticias varias sobre las razas, monumentos antiguos, fundaciones y creaciones españolas, estado civil, eclesiástico y religioso".

No es otro el parecer del historiador español don Antonio Ballesteros y Beretta, quien expresa que: "Hacen mal los ecuatorianos en no apreciar suficientemente a Velasco, pues, su historia es una de las pocas fuentes que existen para el conocimiento del Reyno de Quito".

Hay un aspecto más, digno de ser considerado en la obra de nuestro compatriota. En 1941 la Universidad Nacional Autónoma de México, en la "Biblioteca del Estudiante Universitario", dedicó el tomo vigésimo cuarto a los "Humanistas del Siglo XVIII", y confió la introducción al libro y selección de sus capítulos a Gabriel Méndez Plancarte.

¿Quiénes eran esos humanistas del siglo décimo octavo? Pues, nada menos que los jesuitas mexicanos expulsados de América en 1767; esos que, en frase de Enríquez Ureña, difundieron en Europa el esplendor internacional autóctono. Un Francisco Javier Clavijero, un Francisco Xavier Alegre, un Andrés Cavo, un Andrés de Guevara Basoazábal, un Padre José Márquez, un Manuel Fabri, un Juan Luis Maneiro, para no citar sino a los más destacados.

Distinguiéndose todos ellos por su amor al pasado, en cuanto ese pasado podía servir para afirmar, ilustrar y guiar el presente. No fueron anticuarios, fueron humanistas; no fueron albañiles, fueron verdaderos arquitectos. Al "derecho vandálico de Carlos III", según lo ha denominado Menéndez Pelayo, ellos opusieron, en frase de Méndez Placarte, "una montaña de volúmenes, fruto de tenaces vigillias y de operosa dedicación infatigable en los que, sin dignarse siquiera atacar directamente a su verdugo, hacían resonar por toda Europa el mensaje de la patria lejana y formulaban, en la teología, en la filosofía en la historia, en la poesía y las bellas artes, el mensaje de México".

¿Hizo por ventura otra cosa nuestro insigne riobambeño Juan de Velasco? También él como Clavijero y como Alegre, lanzó al mundo el mensaje de ecuatorianidad, en cuanto desde tierras extrañas y lejos de su amado Quito, se ocupó en hacer resonar el nombre de la Patria, los datos de sus orígenes y su historia, por los ámbitos de la vieja Europa.

Estos desterrados no se sienten españoles; tampoco se consideran indios. Ni sueñan con un retorno a los días anteriores a la Conquista. Son americanos, vale decir, mexicanos o quiteños. Si para los desterrados del imperio azteca, México es la patria inolvidable, también para los jesuitas de Quito, las tierras quiteñas son el mayor encanto y la obsesión de todos los días.

Podrían repetir todos ellos las palabras del jesuita Juan Luis Maneiro:

"Tiene la Patria no sé qué dulzura  
que siempre gira el corazón por ella,  
sin hallar otro bien en su amargura  
ni en sus viajes ideales otra estrella".

No anhelan grandezas estos desterrados: lo único que desean es volver al patrio suelo, y así dicen al Monarca que los tiene lejos de la tierra nativa:

"Sepultura, señor, en patrio suelo  
pedimos a tu trono soberano:  
quisiéramos morir bajo aquel cielo  
que influyó tanto en nuestro ser humano".

La alta estima que este grupo de insignes humanistas profesa por las culturas indígenas, es otro de sus rasgos característicos, según anota Méndez Plancarte. El pasado indígena les parece digno de amorosas investigaciones. No de otro modo pensó nuestro compatriota y si en Clavijero se advierte un profundo mexicanismo, en Velasco no puede menos de descubrirse el más puro quiteñismo. Con razón se ha dicho que a Velasco le engrandece más que todo su ecuatorianidad. Y no olvidemos que escribió él, hacia 1787, un "Vocabulario de la lengua Peruano-Quitense, llamada del Inca", vocabulario compuesto de tres mil palabras, que lo tuvo en sus manos el Profesor Paul Rivet y del que reprodujo la carátula, el mismo que, para desdicha nuestra, anda ahora perdido, ya que no se lo ha encontrado en la Biblioteca que lo guardaba en la ciudad de Berlín. Tiempo tuvimos sobradamente para sacar una copia de ese incomparable Vocabulario, antes de la segunda guerra mundial, y evitar que pereciera el único ejemplar que de él se conocía: si no lo hicimos así, es porque, desgraciadamente, no hemos dado importancia a las cosas de la cultura y del espíritu.

Hemos de recordar también que Velasco hizo inmenso servicio a las letras ecuatorianas y a las de América, cuando allá en el destierro de Italia, fija la mente en las cosas de la Patria, recopiló y guardó en cuatro tomos manuscritos la edición preciosa que él llamó "Colección de Poesías varias, hecha por un ocioso en la ciudad de Faenza". Ya hemos relatado la publicación llevada a cabo por el señor Licenciado Carrión Aguirre, de la parte que en ella cupo a los poetas quiteños. ¿Cuándo tendremos la suerte de ver publicados los tomos que de aquella obra están inéditos?

La juventud ecuatoriana y particularmente la que toma asiento en los bancos de las Universidades, tiene que volver su vista al pasado, sin descuidar el presente. Al hacerlo así, aprenderá a venerar los nombres de los que nos dieron patria y libertad; de los que, como el riobambeño Juan de Velasco, emplearon toda su vida en trabajar por la grandeza del suelo en que nacieron, sin que para ello fueran obstáculo ni la pobreza, ni el destierro, ni las dolencias de su cuerpo, ni la carencia total de medios materiales.

Que el ejemplo de varones ilustres como Juan de Velasco, nos sirva en medio de nuestras luchas y de nuestros afanes. Que su memoria no se pierda jamás entre nosotros; que la juventud universitaria sepa unir, estrechamente, el cultivo de la ciencia con el respeto por los hombres que forjaron la nacionalidad y con la práctica fecunda y generosa de las virtudes cristianas, las únicas que pueden salvarnos.

## EN DEFENSA DE LA LENGUA CASTELLANA

Esta página de nuestro tan respetado educador, don Abelardo Flores, es una acotación más a esos "vocablos feroces" que decía don Juan Montalvo en uno de sus más brillantes y postreros escritos, y que pervierten nuestro lenguaje sin enriquecerlo. "No pensaré que los quiteños empiecen a abrir los ojos y ser buenos cristianos, sino cuando dejen de decir "alquilón", declaraba don Juan ... ¿Qué exclamaría ahora el insigne escritor, ante el desenfreno que han tomado esos "vocablos feroces", aún en plumas de cierta prestancia y en gentes de influencia probada?

H. M.

Siendo el Lenguaje una facultad superior que el hombre debe estimar, es un deber prestarle atención y cuidarlo con esmero; por esto se debe conservarlo puro y con respeto, es decir, libre de voces extranjeras, para no degradarlo.

Sin el Lenguaje, el hombre no hubiera progresado hasta el punto en el que hoy se encuentra.

El Lenguaje es una de las fuentes más puras de simpatía y de felicidad, de aquí el que la lectura nos es consoladora.

El Lenguaje es el distintivo que permite reconocer inmediatamente el interior de cada conciencia. Está en íntima relación con la individualidad de cada uno, por lo que permite apreciarla de qué altura es; basta escuchar pocas frases para formar un juicio de su modo de ser.

Si el lenguaje es el vínculo de unión de todos los miembros de una nación, debemos considerarlo como lo hacemos con el pendón de la patria, con el escudo, con el himno; si a estos símbolos respetamos, qué podemos decir del lenguaje!

Por esto debemos preocuparnos que nuestro Lenguaje sea fácil, agradable, sin voces forasteras, de suerte que nos hagamos entender con nuestra propia lengua.

¡Quién lo creyera! Los progresos de la Ciencia y de la Técnica están sirviendo de rápido vehículo a la corrupción y envilecimiento de nuestra lengua y es preciso hacer notar

para interesar a todos, en la campaña que debemos emprender con decisión para detener el alud que acabará por destruir nuestro noble castellano, con el frecuente uso de millares de términos y construcciones de tendencia diferente, como es la inglesa.

El desarrollo del comercio, de la industria, el acrecentamiento del turismo, del periodismo; el uso del teléfono, el empleo del avión y hoy el conocimiento del Cosmos, han influido poderosamente en las costumbres y en otros diversos órdenes de la vida; y ¿cómo no iban a influir en nuestro idioma produciendo una serie de voces que están desfigurando la lengua?

Influye en las costumbres: en efecto, el poder que el cinematógrafo ejerce sobre el individuo es cosa innegable y de fácil comprobación. La tendencia a imitar que hay en toda persona, se manifiesta latente en el individuo; aún en las personas más cultas existe una tendencia inconsciente a la imitación y cuántas veces la razón queda subordinada a ella. Se produce en el individuo un efecto similar al del bostezo.

El cine influye poderosamente en el lenguaje del público, éste no sólo ve leyendas INGLÉSADAS en las películas que se desarrollan y que fueron hechas originalmente empleando el idioma inglés; escucha diálogos en los que se traen muchas veces, frases en este idioma. Si se piensa en la constante repetición de dicciones y frases inglesas oídas en los cines, no cabe duda que ciertas gentes acabarán por llevarlas a la conversación ordinaria; en efecto, a cada paso estamos oyendo frases como estas: VERY WELL, ALL WRIGHT, GOOD MORNING, HOW ARE YOU, GOOD BY, THANK YOU y otras expresiones parecidas.

Hé aquí la principal causa de la infiltración de voces y construcciones inglesas en nuestra lengua, producto de lo que se oye en inglés en las películas.

A medida que nuestro pueblo se ha ido aficionando al cine, ha aumentado entre nosotros el empleo de innecesarias locuciones inglesas. Semejantes expresiones las oímos en labios de gente del pueblo y aún de la gente culta.

¿Qué sucederá a la larga con nuestro idioma, dada la inclinación a imitar y si tenemos en cuenta la importancia que tiene hoy el inglés en todo el mundo civilizado? Además, no hay que olvidar, las relaciones comerciales y otras de diverso orden que tiene el Ecuador, principalmente con Estados Unidos; el empleo generalizado de la lengua inglesa en la correspondencia comercial, etc.

Y qué decir de la radiodifusión, cuando oímos decir que el SPEAKER no es bueno y que con la música de una radio se puede bailar en un DANCING, un TWIST, un FOSXTROT

y luego servirse un COAKTAIL y una copa de BRANDY y que el periodista hace una INTERVIEW.

A este paso, el cine y la radio, dada su enorme influencia, han empezado a corromper la lengua vernácula, transformándola en jerga inglesa; contribuye a todo esto el hecho de que por todas partes se ve una desmedida afición a todo lo que es inglés o yanque y una admiración sin límites por la lengua inglesa. Lo imperdonable es, que los que han aprendido este idioma miren en menos la lengua nativa.

La afición a la terminología inglesa es tal que, frecuentemente oímos: el LEADER, que también es gran SPORTMAN, encargó sus niños a la NURSE y luego pronunció un SPEECH, que fue muy aplaudido.

Alguien en el deporte dice que es SPORTMAN que interviene en un MATCH, en el BASKET BALL, en el BASE-BALL y cuida que el TEAM esté compuesto de buenos jugadores; como los que entran al RING a sostener un MATCH DE BOX, deben ser buenos BOXEADORES para no ver el frecuente KNOCK-OUT; otro dice; estoy invitado a jugar BRIDGE y POKER.

El comercio ha introducido no pocos términos ingleses y así se oye: vendemos siempre CASH MONEY; el TRUST del banano; hoy todo es BUSINESS y BUSINESS; pagué la cuenta con una BILL OF EXCHANGE.

El Arte Culinario no podía quedar atrás y así ha introducido, entre otras, LUNCH y se oye: se nos ha enviado a un LUNCH y no faltará un ICE-CREAM.

También la indumentaria ha regalado nombres ingleses para algunas prendas de vestido, y alguien dice que ha comprado un SWEATER, un JERSEY, que ha mandado a confeccionar un RAGLAN y un SMOKING.

Además, a muchas palabras castellanas se las ha dado acepción inglesa y, así se dice: la FIRMA ABC ha quebrado; hay que FINANCIAR para comenzar la obra; es voluminoso el DIRECTORIO de Teléfonos; el cargo lo desempeñó con HONESTIDAD, pues él es hombre HONESTO; la IRRIGACION es necesaria en verano.

El mal sigue extendiéndose y así al cuidador de materiales de construcción le llaman WATCHEMAN. Si una cosa está bien hecha dicen ALL RIGHT y al despedirse GOOD-BYE.

Sería largo y engorroso continuar citando un sinnúmero de voces inglesas que están inficionando nuestra lengua. El propósito no es hacer ver todos los términos exóticos que inundan el castellano, sino solamente dar una ligera idea de la extensión del mal.

El público no se da cuenta de esta corrupción, porque no le interesan estos estudios y a fuerza de tanto oír cree que son voces correctas; vocablos innecesarios es incontenible en ciertas personas y así se les oye: en este WEEKEND tengo un PICNIC, O. K. Hay que darle CHANCE.

Hoy está la lengua en el período de absorción de vocabulario, si no contenemos este mal, podemos entrar de lleno en el de adopción, y, por consiguiente, de la sintaxis inglesa.

Ya tenemos letreros con términos ingleses: BARBER SHOP (peluquería), DRUG STORE (botica).

Esta mezcla de vocablos ingleses en nuestra lengua, hará de ella un idioma ininteligible; mal que se ha extendido también a otros países sud y centro americanos; si alguien pregunta por el lugar donde se estacionan carros, camiones, automóviles, se le contesta: si Ud. quiere PARQUEAR su carro, el lugar de PARQUEAMIENTO es aquel sitio.

Cuántas voces nos dejan los que vienen de los Estados Unidos por conocer el país o por asuntos comerciales, y las que nos traen nuestros connacionales que han visitado aquel país, nos hablan mitad en español y mitad en inglés.

Se ve, pues, la influencia del inglés sobre el castellano.

No se trata de purismo de la lengua ni de detener su desarrollo normal. La vida moderna con sus nuevas exigencias e inventos trae nuevos términos y serán aceptados si son necesarios, en el caso de no tenerlos en nuestro idioma y siempre autorizados por la Corporación académica; pero servirnos de voces inglesas o inglesadas, del todo innecesarias o trastocar el significado de las palabras, es lo inadmisibile.

Hay vocablos ingleses que ya han sido aceptados por la Academia Española, tales como: TENIS, FUTBOL, ESPLIN, TENDER, CLUB, ROSBIF, BISTE, que expresan ideas y que no las teníamos en castellano.

A lo que debemos oponernos es a esa influencia anormal que corrompe la lengua y que acabará por adulterarla si no nos empeñamos en mantener su tradición, pues todo se puede perder, hasta la libertad, menos la lengua materna.

Si el mal continúa extendiéndose, como consecuencia de las poderosas fuerzas que hay en juego, llegaremos al Bilingüismo como el que ya existe en algunas provincias de México, de Puerto Rico, de Panamá a Islas Filipinas; en estas últimas hay dos lenguas en lucha y habremos confesado que hemos sido incapaces de conservar no sólo la integridad territorial, sino también la lengua que nos enseñaron nuestros progenitores.

El mal está muy extendido. Si se compara el número de galicismos con el de anglisismos que han invadido nuestra

lengua, podemos decir que el galicismo al lado del anglicismo es un riachuelo junto al Amazonas o el Panecillo comparado con el Chimborazo.

Estas comparaciones no significan, en manera alguna, ofensa ni menosprecio para la lengua inglesa, nó, son observaciones porque el inglés tiende a ser el idioma universal, pues hoy mismo las transacciones comerciales se hacen empleando la lengua inglesa. Actualmente hablan doscientos millones contra cien escasos que hablan el castellano. Es el idioma más difundido como medio de expresión del pensamiento y aspira a su hegemonía sobre todas las lenguas; por consiguiente, no debemos cruzarnos de brazos ante las conquistas de la lengua inglesa.

No debemos olvidar que la vida de toda lengua depende de que los que la hablan tengan la firme voluntad de mantenerla incorruptible.

La desmedida afición a la terminología inglesa y la inconsciente deformación de la sintaxis de nuestra lengua le llevarán a un paulatino desmedro, a un período de BILINGUISMO que puede ser más o menos largo, pero que, a la postre, traerá la extinción de la lengua más débil.

Alguien podrá dudar de esto: puede tener el castellano todas las ventajas que nacionales y extranjeros le reconocen, pero nadie puede dudar que es el más débil de los dos.

Entablada la lucha por la hegemonía, nada pesaría la dulzura de su fonetismo, la sencillez de su ortografía, su sonoridad y demás reconocidas cualidades de la literatura castellana; lo que hay que tener en cuenta es el número de habitantes del globo que lo hablan y los medios de que dispone cada idioma para su expansión.

El inglés cuenta con armas que el castellano no tiene; es la lengua de gente más acometedora y tenaz.

No debemos declararnos vencidos y dejar que nuestra hermosa lengua, que no puede defenderse sola ante influencias tan poderosas —como el cine y la radio— degenere y pierda sus bellezas e incomparables cualidades que le son inherentes.

Aprestémonos a la defensa y honremos al idioma que aprendimos desde la cuna y salvémoslo del naufragio que le amenaza.



## INDICE DEL NUMERO 107

	Páginas
<b>La Dirección.—Año del Homenaje</b> .....	1
 <b>Homenaje a don Gonzalo Zaldumbide</b>	
<b>Humberto Toscano.—Discurso de Ofrecimiento</b> .....	7
<b>Gonzalo Zaldumbide.—Discurso de Agradecimiento</b> .....	22
<b>Luis Velazco Aragón.—Zaldumbide y su "Egloga Trágica"</b> .....	27
<b>Hugo Moncayo.—Una Elegía Desconocida de don Julio Zaldumbide</b> .....	40
<b>Julio Zaldumbide.—Elegía a la Memoria de doña Juana Lamas de Moncayo</b> .....	48
<b>Gonzalo Zaldumbide.—Prólogo a la Tercera Edición del "Gabriel d' Annunzio"</b> .....	54
<b>Gonzalo Zaldumbide.—Prólogo a la Segunda Edición del "Gabriel d' Annunzio"</b> .....	65
<b>Jorge Pérez Concha.—Breves Consideraciones acerca de los Orígenes de la Emancipación</b> .....	67
<b>José A. Llerena.—Tragedia de un Douglas</b> .....	86
<b>José A. Llerena.—La Caída de los Recalde</b> .....	90
<b>Alfredo Martínez.—Cuatro Poemas Infantiles</b> .....	95
<b>Julio C. Troncoso.—Don Víctor Eastman Cox y Cartas Reveladoras</b> .....	98
 <b>Homenaje en el Centenario de Unamuno</b>	
<b>Mensaje al Rector de la Universidad de Salamanca</b> .....	102
<b>Hugo Moncayo.—Discurso al Embajador de España</b> .....	104
<b>Conde de Urquijo.—Discurso al recibir el Mensaje</b> .....	107
 <b>El Grupo "Camino" y Augusto Arias</b>	
<b>Dario Moreira.—Discurso de Ofrecimiento</b> .....	112
<b>Augusto Arias.—Discurso de Agradecimiento</b> .....	120
<b>M. Sánchez Astudillo S. J.—La Palabra Poesía y otras Cuatro a ella referentes</b> .....	124

	Páginas
<b>Vida de la Sociedad</b> <i>NN</i>	
El Nuevo Directorio.—Nota de Agradecimiento.— Aniversario de la Casa de la Cultura.—V. Congreso Indigenista.— Compañeros fallecidos recientemente.— Doña Carmen Barrera de Barrera.—Don Aurelio Soto Valdivieso.—Académicos de la Historia en Bucaramanga .....	136

<b>Sección Bibliográfica</b> <i>-VARLO</i>	
"Breve Visión Geográfica del Ecuador" por Francisco Terán, por Antonio Santiana.— <b>Diez Tradiciones Ibarreñas</b> " por José N. Hidalgo, por D. G.—"Historia del Periodismo Argentino" por Juan Rómulo Fernández, por H. M.—"Copiador de Ordenes del Regimiento de Milicias de Infantería de Santa-fé", por Oswaldo Diaz Diaz, por H. M.—"Revista de la Asociación de Derecho de la Universidad Católica del Ecuador", por H. M.—"Boletín del Archivo Histórico de Miraflores", por H. M.—"El Archipiélago de Colón" por Carlos M. Larrea, por Francisco Terán.—"Antropología Morfológica de los Indios de la Región Andina" por Antonio Santiana, por Francisco Terán.—"Ecuador, Perfil de su Progreso", por José A. Llerena, por Francisco Terán .....	144

**Reproducciones Escogidas**

<b>J. Roberto Páez</b> .—La Insigne Figura del riobambeño Padre Juan de Velasco .....	163
<b>Abelardo Flores</b> .—En defensa de la Lengua Castellana .....	177

**Inter - American**

**Review of**

**Bibliography**

Editor:

Armando Correia  
Pacheco

Room 206,

Pan American Union

Washington 6, D.C.

U.S.A.

**El Libertador**

**Organo de la**

**Sociedad Bolivariana**

**del Ecuador**

Directora:

María E. de  
Andrade Coello

Apartado 262

Quito - Ecuador

**NIVEL**

**Gaceta de Cultura**

Director:

Germán Pardo García

Apartado 10414

México, I. D.F.

**HUMANITAS**

**Boletín Ecuatoriano**

**de Antropología**

Director:

Antonio Santiana

Universidad Central

Museo Etnográfico

Quito - Ecuador

## **ESTUDIO**

**Organo de la  
Academia de Historia  
de Santander**

Director:

Joaquín Fonrodona  
Suárez

Bucaramanga - Colombia

## **CUADERNOS**

**de Historia y  
Antropología**

Director:

Olaf Holm

Apartado 3542

Guayaquil - Ecuador

## **BOLETIN**

**Del Archivo Nacional  
de Historia**

Director:

Galo Martínez Acosta

Apartado 67

Casa de la Cultura

Quito - Ecuador

## **BOLETIN HISTORICO**

de la

**Fundación**

**John Bulton**

Apartado 929

Caracas - Venezuela